La corte del rey embrujado

Diego San José

LA CORTE DEL REY EMBRUJADO

Memorias de una dama de María Luisa de Orleans (esposa del Rey Carlos II) sacadas a la curiosidad de estos días.

PRÓLOGO

DE

EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL

MADRID

V. H. SANZ CALLEJA.—Editores e Impresores

Casa central: Montera, 31. — Talleres: Ronda de Atocha, 23

Es propiedad. — Derechos reservados.

A PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

La firme y añeja amistad que nos une a Diego y al que esto escribe me otorga el honor de ponerme al frente del presente libro, simplemente como mensajero o adelantado deseoso de proclamar la mucha devoción en que le tengo y conmigo incontables gustadores de las bellas y bien vestidas letras. A falta de otros merecimientos, pues, amigo lector, sírvete aceptarme y oírme como a un buen señor a quien le enorgullece publicar en letra impresa sus cariños y dar fe de la anchurosa solidez de sus predilecciones.

Diego San José te es de sobra conocido, y hace ya tiempo que apeteces el vinillo picante y gustoso, bien castellano, de su musa infatigable, escanciadora. Es un ingenio que viste a la manera del siglo XX, pero su agilidad, su ternura, su culto de la sátira y su talento no tienen fecha, porque lo mejor es de toda edad, y para poseer valimientos no valen prendas ni hechuras.

Mordaz muy a menudo, travieso y osado, con ecos de la picaresca en su fronda, sin que por ello se asuste el ruiseñor que en lo más intrincado de ella suspira y canta, Diego es maestro en el arte deleitoso de narrar garbosamente. Es uno de esos escritores tan envidiables como afortunados a quienes se les nota y ve complacidos en su creación, sin que el inevitable artificio delate cansancio, agotamiento o picardía. Siempre tiene infinitas historias que contar y siempre se echa de ver cuánto le place contarlas. Este gozo es el que pasa íntegro al lector, y el que ha ido, en paciente y afectuosa labor de alarife, levantando su renombre.

Con estar este camarada pisando apenas el umbral de la madurez ya le precede y anuncia el resplandor y la melodía de una obra considerable por no pocos conceptos, atendida con la calidad la cantidad. Lo reducido de su estatura física no guarda relación alguna con su fecundidad; y así Diego, el corto de talla —«poquito, pero bien peinado», como decimos los bajos, a Dios gracias—, así este ilustre corto de talla prodiga su potencia creadora con energía copiosa e insolencias de gigante, al punto de que, cuando una musa le da un hijo, «quedan las otras ocho encinta», según anhelaba Rubén Darío.

Poesías —no versos—, comedias, cuentos, novelas, crónicas aladas, penetrantes, espirituales y gentiles, tiene compuestas a centenares el autor del *Libro de diversas trovas* y de *La bella malmaridada.* Cualquiera de estos trabajos, ha dicho otro eminente no menos querido, José Francés, «podrían llevar al pie los nombres de Espinel, de Quevedo, de Castillo Solórzano, de Fernando de Rojas, de Mateo Alemán, del Fénix y aun del mismísimo Príncipe de los ingenios, cuyo inmortal libro está siempre a la cabecera de su lecho».

Las sutilezas de estos tiempos, que traen como en carne viva a toda sensibilidad curiosa y ávida, aroman, engalanan y vivifican la prosa de Diego San José, con lo cual sus escritos son bellamente «muy antiguos y muy modernos». Y aunque la modesta musa que para andar por casa tenemos otros guste de lo de hoy, ya que no de lo de ahora, acrece nuestra admiración por el novelista y poeta este jamás ocioso amor que le merece lo pasado y el ayer de oro de las Españas, amor que se nos antoja máscara pulida de un desdén por los abrumadores prosaísmos de la época actual.

En efecto: «ya no hay princesa que cantar», aunque el rascacielos yanqui tenga su hermosura y acucie a los rimadores del mañana, que lo elevarán, como tema de su

inspiración, a la jerarquía de alteza enloquecedora. Las modas, en indumentos y en estéticas, cunden que es un prodigio, pero mienten bellacamente, con astuta algarabía, y alquitaran lo torpe, cuando no exaltan y estilizan lo desgarbado o necio. Toda obra de arte —al menos, así lo creemos honradamente nosotros, los sin mecanismo interior, ni soluciones a la vuelta— tiene mucho de madona: siempre lleva, como una flor o una paloma, un niño en brazos: el corazón. Niño, ala, pluma, fragancia, suavidad y pureza; honestidad, cariño, inocencia y balbuceo... En toda corola brilla la miel y la limpieza de lo oculto, de lo fabricado pudorosamente, que han de gustar los paladares glotones y escarmentados. Y como ahora se propalan las ferias de viejo, disfrazadas de lujos y contorsiones, y las flores de cera pretenden suplantar a las de papel o de trapo, mientras las de verdad desfallecen en el camarín y el conventillo de lo inaccesible, Diego San José permanece vuelto hacia el ayer, rechazando este espectáculo actual, casi todo el insulto para su retina indagadora y fuego para su sed de belleza y de rectitud.

Claro está, y huelga consignarlo, que el oído permanece atento a todo grato bisbiseo y rumor del siglo en curso, y que la pluma que va urdiendo amables fantasías se somete a todos los temblores fecundos y se hincha y se envanece, como una vela de nave, con todos los vientos orientadores. Con lo que Diego San José goza las incidencias y vaivenes de la travesía, sin sucumbir a las hieles y tormentos anuladores del no llegar.

Aplaudamos, por añadidura, en este sobresaliente escritor, el cariño que desde las cuartillas consagra a la Villa y corte y a sus glorias y retablos, así en lo mudable y perecedero como en lo permanente, nativo o arraigado.

De los madriles de antaño y de los de hogaño, tan diferentes por fuera, tan gemelos en lo hondo, ha hablado emocionadamente el autor de *Los hijosdalgos del hampa*, espolvoreando en su elegante prosa el grano de sal y aun la pimienta finísima que habían de darle cumplido adobo. Evocaciones de la Coronada Villa ha hecho, con el colorido de un don Francisco, el amigo de taberneros y de majas, o con la austera honradez de un don Diego, el servidor de reyes y validos. Garabato y prestancia acendradamente madrileños rebosan estas creaciones a que aludo, de las que emana la singular vida de una resurrección.

Si se dejase ir adelante al entusiasmo para hablar de la obra de Diego, ocuparíamos muchas páginas, y el lector de las inmediatas no nos perdonaría. Además, tal vez adoptáramos un tono que no cuadra con el amor que este camarada y nosotros sentimos por la capa, tan española con sus vuelos sin afectación, y sus sencilleces arrogantes, como cortadas por el aire mismo de abril y no por modisto letrado. Adéntrate, pues, lector amigo, en los capítulos que siguen, de los más agudos y amenos que puedas imaginar, y perdona las líneas de antes, escritas, como te dije, en un rapto de adhesión al maestro de las prosas viejas, nunca mustias ni pintadas. Esta *CORTE DEL REY EMBRUJADO*, oloroso ramo de anécdotas, observaciones, pinturas y sucedidos, es de lo más característico en Diego San José, cuya sagacidad resbala a lo largo de la prosa con tanta gallardía como su donosura. Saborea, lector amigo, ese grabado en acero, que se titula *Cómo se vive en una posada de Castilla*. Ríndete ante la justeza y seguro dibujo del Valladolid, de la Segovia y del Madrid de fines del siglo XVII. Sonríe con estos otros sabrosos, perspicaces, pintorescos párrafos que hablan de «Cómo rezan las españolas». Cuélgate, en fin, del brazo de este peregrino literato, y revivirás costumbres y pisarás

aposentos, y tratarás a gentes, y refrescarás historias que han de meter en tu espíritu tanto embeleso como enseñanza. La España de hace trescientos años surgirá ante tus entretenidos ojos, sin cendales de embustería ni arbitrariedades de ignorante que deforma o falsea. No olvides que una de las virtudes literarias de Diego consiste en su maña y buena disposición para escarbar en la historia, seca, amojamada, parcial, obscura y aun fétida, y extraer madrigales, picardías, luces, músicas, corazones y pedazos de corazón, todo ello palpitante, fresco, vivo y con el aljófar de lo reciente. Por su paciencia y su celo de desenterrador, es decir, de príncipe que despierta a la bella del bosque y al bosque entero, merece larga gratitud. Tú y yo, público y colegas, se la otorgamos sin tasa ni reserva, y ello abona la excelencia de narraciones como la presente.

Conque, a ella... que ya es hora. Y no te digo, a la manera clásica tan cara a Diego, ¡Dios te guarde!, porque ya lo sabe repetir él; pero sí a la manera de estos tiempos y de estos madriles, concluyo: «Verás que este libro "es una cosa muy seria". No se lo recomiendes a los que toman "coco" y no bailan más que foxtrot». Léelo despacio: dedícale con un amigo el elogio que merece; échate luego a buscar una novia bonita; huye de los pedantes, de los embaucadores, de los cacos... y ¡a otra cosa!...

E. RAMÍREZ ÁNGEL.

Marzo, 1923.

PREFACIO en disculpa del colector de estas Memorias

Bien puedo jurar por el descanso eterno de mis mayores, y por el sosiego que deseo en la hora fatal de mi muerte, que sin tener propósito de buscarle ha llegado a mí el manuscrito que es causa y ocasión del volumen que tienes entre tus manos, amigo lector.

En la heterogénea biblioteca de una niña bien, asidua concurrente a los tés del Palace, entusiasta del tenis, abonada a las funciones híbridas del Infanta Isabel, andaba yo a la caza de una revista elegante, cuando toparon mis manos pecadoras con un legajillo amarillento, atado con una cinta descolorida.

El viejo envoltorio desarmonizaba notablemente con los periódicos de modas y *sport*, con las últimas obras feministas y alguna que otra novela blanca, recomendada en el Santo Tribunal de la Penitencia.

Leí el rotulillo que cerraba el legajo y vi cómo en una clarísima letra española, ya tomados sus gallardos trazos del color del tiempo, decía:

«PAPELES DE LA ABUELA AMELIA»

Volvía y revolvía entre mis manos el curioso hallazgo, cuando me sorprendió su modernísima propietaria y lindísima amiguita mía.

—¿Le interesa? —me preguntó, y sin esperar a que le respondiese prosiguió, en su afán de satisfacer mi curiosidad:

—Los hallé casualmente, uno de estos días pasados, en una sombrerera vieja en la que había una pamela de mi abuelita. Los traje aquí para regalárselos a unas monjitas que vienen todos los sábados a pedir para el sostenimiento de su monasterio.

—Pues qué —pregunté—, ¿por acaso sus reverencias son dadas a las investigaciones literarias? ¿Poseen, por ventura, alguna culta publicación donde sacan a la curiosidad devota los episodios históricos?

—No es eso —me respondió la madamita, aderezando en su bella cara un mohín de graciosísimo desprecio por aquello que comenzaba a despertar mi admiración—. Las madrecitas elaboran unos bizcochos riquísimos, y, como, según las más autorizadas leyes de las artes pasteleras, el papel viejo es el mejor para poner la masa en el horno, me he recordado de ellas y las pienso enviar ese rollo.

—Pero, ¿va usted a llevar a cabo esa herejía? —exclamé lleno de asombro.

—Pues, ¿eso para qué vale? Créame que si la excelencia de los bizcochos consiste en la antigüedad y fortaleza del papel sobre que se coloca la masa, los que se pongan en esos pliegos han de salir riquísimos, porque tienen más de doscientos años.

Viendo mi amiga el empeñado tesón con que yo daba en defender aquel mamotreto tan cruelmente condenado al fuego como el profeta Daniel y sus tres camaradas, dijo:

—Bah, ya salió a paseo su alma de anticuario. Lléveselos si gusta; de esta manera, puede ser que no tarde mucho espacio en enterarme de lo que dicen, porque usted no dejará de exponerlos a la vergüenza pública, amarrados a las columnas de algún diario, o emparedados entre las páginas de un nuevo libro. Tómelos y que le hagan buen provecho.

Yo, que me hallé con aquel impensado tesoro a mi disposición, no quise esperar un instante más, y dando las más expresivas gracias a la lindísima donante tomé escaleras abajo con la celeridad de quien se ve perseguido de cerca, y no paré hasta dar en la apacible soledad de mi estudio.

Una vez allí, libré el papelorio de sus rojas ligaduras de balduque añejo, y como esclusa que está sujeta por tiranas compuertas, se desparramó aquel preciado caudal de cartas, billetes y un respetable protocolo escrito en fuerte papel de barba con aquellos mismos gallardísimos caracteres que aparecían trazados en la plica, que hacían los opresores oficios de candado.

Y aquí, lector amigo, te presento tal y conforme hube de hallarlos, los barbados y creo que interesantes pliegos.

Como tendrás ocasión de ver, si continúas adelante, son el diario de una dama española que estuvo en Francia al servicio de Doña Luisa de Orleans cuando esta señora, por caprichos del destino y tiranías de la razón de Estado, vino a ser reina de España, al matrimoniar con la desdichada y calamitosa majestad de Don Carlos II de Austria.

Ello, como verás, aunque un tanto deslavazado, parece ser un fidelísimo retrato de aquella época y de las costumbres de entonces.

Plegue a tu buen natural y probada cortesanía que no te parezca mal del todo y aun llegues a recrearte con su lectura.

***

Por estas consideraciones que dejo asentadas, este libro no es una novela urdida con la necesarísima trama de una acción continua, en que se crea, desarrolla y desenlaza un conflicto más o menos pasional; intenta ser no más que un empañado espejillo en que se refleja una época pasada.

La dama que lleva en las puntas de su pluma los acaecimientos de que fue testigo y se entretuvo en asentar los usos y costumbres que halló en su patria, de donde faltaba desde niña, pudo muy bien dejar escrita su vida, pero como esta (a pesar de haberse desenvuelto en lugar tan propio para la intriga como son las estancias en un palacio real) era honesta y sencilla, de aquellas que un admirable ingenio de nuestro tiempo ha comparado con los pueblos felices porque no tienen historia, pensó que no tenía interés, y poniéndose humildemente a un lado del camino se dedicó a observar lo que pasaba ante sus ojos de mujer culta y ansiosa de emociones estéticas, que tanto recrean los sentidos y distraen el espíritu.

Aunque llegó a su patria como extranjera, no echó la fantasía a volar, como acostumbra a hacer la mayor parte de los que pasan la frontera para mirarnos más como a bichos raros que como a semejantes, y así, con el cerebro limpio de prejuicios y enconos, escribió solamente lo que vieron sus ojos; antes bien, tuvo una noble censura para los extranjeros que antes que ella escribieron de las cosas de España, y las vieron con la enemiga que les inspirara el haber sido esta nación la dueña y señora del mundo, cuyo poderío iba decayendo gracias a la mediocridad de la Casa de Austria y a la insensatez y ansia de medro de sus ministros.

Yo me holgaría mucho de que estos *Papeles* fuesen de tu agrado, porque tu favor me animaría para reincidir en la rebusca de documentos históricos, así de carácter público como particular, y darte próximamente una curiosa guía del tiempo de los Felipes, que yo te juro a Dios y como tenemos de ser tierra, que pudiera serte interesante si no tienes por costumbre de andar entre crónicas y pergaminos.

Y ahora, advertido de que no tienes en tus manos una novela, sino una relación ingenua de los tiempos del rey embrujado, te dejo, al volver de la hoja, frente a frente con *Los papeles de la abuela Amelia.*

DIEGO SAN JOSÉ.

BREVE PROEMIO DE LA AUTORA

Durante el largo periodo que permanecí en París, en mi deseo de conocer la tierra donde había nacido y de la que me sacaron muy niña, no dejaba de leer cuanto de ella caía en mis manos.

Los libros que pintaban nuestras costumbres, aparte algunos de *Los sueños* y *El Buscón*, de Quevedo; *El día de fiesta,* de Zabaleta, y *Día y noche de Madrid*, *Solo Madrid es Corte*, de Francisco Santos, no me daban exacta cuenta, porque se atenían solo a la relación de bellaquerías más o menos ingeniosas, dejando siempre a un lado el carácter español y la descripción de usos y costumbres, así es que no tuve más remedio que acogerme a las relaciones extranjeras.

Comencé por las de Brantome, que, como muy aficionado nuestro, nos trata cortésmente y aun a veces nos ensalza (entiendo que de puro agradecido, por haberle dado tantos e ingeniosos temas para sus cuentos). Después cayeron en mis manos las relaciones de Bartolomé Joli, limosnero del rey de Francia, que debió estar muy mal dispuesto contra mis paisanos, por cuanto vino con ánimo de que nada le contentase y así fantaseó a su antojo y nos calumnió de lo lindo. Esto lo he conocido más tarde, pero me acuerdo de que entonces me produjo aquella lectura enconada muy desagradable impresión; las de Villars, las de Brunel, que no dejan de ser más imparciales y curiosas; mas entre todas las diatribas que se han hecho contra España, ninguna hay tan injuriosa como la que en 1664 escribió y publicó Roberto d'Alcide de Bonnecase.

Este buen francés echó sobre la patria española todo el odio que la guardaba el Cardenal Richelieu; no se puede mentir con más descaro ni injuriar con más encono. Para el tal sujeto no hay cosa digna de encomio en esta tierra: ni la pureza de las aguas, ni la diafanidad del sol, que son cosas de todo punto innegables, y en las que, como es natural, nada tiene que ver la personalidad de los españoles.

Luego leí el *Viaje a España*, de la Condesa D'Aulnoy, que también sabe fantasear con gran desahogo; no en vano es conocida en el mundo literario por sus cuentos de hadas, y así toda su relación no es más que un puro cuento. Es de creer que muchas de las cosas que describe no las ha visto, si no, ¿cómo es posible que se atreva a decir (entre otras muchas inexactitudes) que el famoso acueducto de Segovia tiene una longitud de cinco leguas?

Además, esta señora, que acusó a su marido de un crimen de lesa majestad y para evitarse complicaciones huyó a España, dejando a su madre en las manos del verdugo, hace aspavientos de mojigata al pretender juzgar la moral de los españoles...

Dejadas a una parte las genialidades y fantasías de Mme. Catalina Jumel de Berneville, que este es el nombre de la famosa escritora, el libro es ameno y está bellamente escrito, pero su lectura no predispone a visitar a España seriamente, sino como un país exótico que aún no ha logrado ni logrará en muchos siglos ponerse al nivel de las grandes naciones europeas.

Ninguno de nuestros observadores quiere acordarse de que aún no hace cien años éramos los dueños del mundo ni que en esta tierra hidalga y generosa se han mecido las cunas de

los grandes descubridores, y de los ingenios más grandes que ha tenido la Humanidad: Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, Calderón...

De nada, pues, me han servido las lecturas con las que preparaba mi espíritu, distanciado de la patria por las lejanías de la niñez, para cuando sonase el venturoso día de venir a ella. Solo conservaba el idioma como una joya que me dejó mi madre, fortaleciéndolo cada día con versos de nuestras comedias, prosas de los místicos y capítulos del *Quijote*.

Por todo aquello que han dicho nuestros exploradores, y que, salvo honrosísimas excepciones, haríamos bien en arrojar en el vertedero de los desprecios, he querido escribir para mí sola y los míos estas impresiones, que de haber pensado en que salieran a la vergüenza pública hubiese titulado *La extranjera en su patria*.

(Aquí acaba el prólogo de la autora.)

PRIMERA PARTE

De la frontera a Madrid

Con la alegría que me embargaba el ánima por tornar al cabo de los años a la tierra en que nací, y en la que, como he dicho, ya era extranjera, pues salí de ella muy niña, todo me parecía bien a pesar de la ruda mudanza que supone el trasladarse desde la corte bulliciosa y banal de Versalles a la austera y casi monástica de *El Buen Retiro.*

Mi señora, la Princesa de Orleans, que por conveniencias de Estado antes que por ley de amor venía a reinar en España, estaba tan melancólica e imbuida en sus pensamientos, que nos dejaba a las damas de su séquito enteramente a nuestro albedrío.

A buen seguro que cuando el 31 de agosto de 1679 se casó en París por poderes, siendo representante del novio el Príncipe de Conti, se hubiera holgado en trocar a este por el verdadero esposo a quien de allí adelante habría de encadenar su vida.

Al entrar en España cesó la servidumbre francesa, menos la mariscala Clerambaut, aya y camarera mayor de la soberana; el Duque de Harcourt, que venía como Embajador extraordinario, alguna que otra azafata imprescindible por la costumbre que Su Majestad tenía de ella, y yo, en gracia a ser española.

La casa real —que así se llamaba a la nueva servidumbre— la llevaron la Marquesa de Terranova y el Marqués de Astorga. Llegó días después el Duque de Osuna, de la primera nobleza de España, que hacía poco le fuera alzada la pena de destierro que sufrió, no recuerdo en este momento por qué intrigas políticas o enconos de sus enemigos.

De las diversas sabandijas de Palacio que llegaron en torno de los grandes, nunca podré olvidar la mala facha y absurdas y pedestres maneras de un teatino siciliano a quien llamaban el P. Vingtimiglia, el cual venía entre el nutrido acompañamiento del Duque.

Presto echó a una parte la etiqueta y procurando entrevistarse con la nueva reina tuvo la audaz pretensión de solicitar el gobierno espiritual de la augusta dama.

Para llegar al mejor logro de su pretensión intentó captarse la simpatía de damas y mayordomos, contando tales cosas de la vida palatina y la política del reino, que consiguió batir con aires de recelo el corazón de María Luisa.

Como hombre de bajas pasiones y grandes egoísmos, era el frailazo importuno y pesado, malas condiciones que, antes de que partiéramos de Bayona, vinieron a redundar en su propia desgracia, porque despreciándole todos, y más que nadie el Duque de Osuna al ver cómo le ponía en evidencia al recomendarle para presidente del Consejo, le dejaron abandonado a su propia mala ventura.

Desde que saliéramos de Irún, el 3 de noviembre, todo fueron fiestas y regocijos hasta llegar a Madrid; pero eran muy de otra suerte que las acostumbradas en Francia, porque en estas de por acá tienen siempre primer lugar las ceremonias religiosas.

En Quintanapalla, humilde aldea burgalesa, alcanzamos al regio novio, que, no pudiendo dominar la impaciencia por conocer a su hermosa consorte, se adelantó a recibirla.

Solamente el Patriarca de las Indias y estrictamente las personas necesarias para asistirle le acompañaban.

No hay para qué hacer aquí mención del agasajo que se lucieron los recién casados y contento que recibieron en conocerse; quede solo asentado que en aquel mismo día se ratificaron las bodas, que comieron juntos Sus Majestades y por la tarde partieron en la carroza de la novia.

El Rey a primera vista

En todos los días de mi vida he visto, ni pienso ver (¡Dios no me lo consienta!) tan desdichada estampa como la del Rey de España.

En aquel preciso momento de su presentación a la que ya era su esposa más tenía de sombra humana que de persona viviente.

Ninguno de cuantos le veíamos pensábamos que allí había humanidad para salir con bien de la embestida de la primera noche.

Contaba el *apuesto* novio dieciocho años, y por su desdichado aspecto apenas si representaba quince. Los ojos los tenía grandes y melancólicos; según el dicho popular, como de carnero a medio morir; eran de un azul claro y parecían el reflejo de un alma niña y triste; la color era tan pálida que rayaba en amarillenta, y sin ser desgraciado su rostro, le daba muy mala pinta el labio inferior, tan desmesuradamente caído, que parecía repostero de la boca.

La blonda melena era tan pobre de raíz que le caía desmayadamente alrededor de la enorme cabeza, sin que valieran a prestarle alguna sombra de gracia todas las artes peluqueras con tormentos de hierros y rizadores, porque el continuo sudor manado de la extrema debilidad del cerebro se le ponía tan laso que se le pegaba al rostro.

El cuerpo no era desproporcionado, y sin duda que puesto en otro armazón espiritual hasta hubiese llegado a parecer esbelto; pero era tan desgarbado, tan flojo, y se movía con unos ademanes tan torpes, que más parecía maniquí articulado.

Quiso saludar a su esposa con la galantería de una sonrisa, y la mueca que aderezó para florecer la fineza fue tan poco placentera, que mas parecía recibir disgusto que agrado. Así y todo, me pareció advertir que sus ojos mortecinos se encandilaban ante la espléndida belleza y lozana juventud de mi señora.

Según la moda francesa, el escote de la novia era tan extremado que casi se le salían fuera del corpiño los ebúrneos globos del seno, los cuales, dicho sea de paso y con la autoridad de quien la vistió tantas veces, eran tan hermosos que, como aquella famosa Diana de Poitiers, bien pudiera haber hecho devoción de ellos entre las mismas damas de la Corte. Ante tales tesoros de lubricidad, la mirada del rey brilló como la de un gato, y el belfo se le descolgó de forma que mucho temí que haciendo a su dueño ofrenda de galantería femenina, bajase a besarle los pies.

Jamás, ni en los libros del pecado mortal que con tanto escándalo como regocijo corren en Francia, vi tan desdichada caricatura de la lujuria impotente. También mis compañeras de servidumbre advirtieron esta circunstancia, y en todas ellas se dibujó una maliciosa sonrisa que cuidaron de contener para no faltar a la etiqueta protocolaria ni al respeto del señor de mundo y medio.

¡Infeliz majestad! El egoísmo de una beata lasciva que ponía las comezones de su cuerpo y las conveniencias políticas ante los deberes de madre, y el fanatismo y ansia de medro de un jesuita taimado y de índole perversa, habían hecho a su capricho aquel espíritu apocado y aquel cuerpo enfermizo.

Dios se lo perdone a ambos en la otra vida, si es que a tanto quiere hacer llegar su misericordia.

Para todas las damas que veníamos con la que ya era reina de España tuvo Su Majestad palabras de galantería, aunque a dos palabras que nos hablara, más le hubiéramos agradecido que no dijese una más y se apartara a cien leguas de nosotras, porque salía de su boca un hedor plebeyo tan corrompido que no se podía sufrir.

Ello era, según nos dijo después el maldiciente Vingtimiglia, que tenía la costumbre de comer ajos crudos, así como otras personas saborean pastillas de benjuí o almizcle o mascan tabaco.

Al tiempo de despedirnos, dándonos a besar la descarnada diestra, nos repartió unas medallitas de plata con la imagen de Nuestra Señora de Atocha, y a mí, que por ser española o porque le parecí de más buen rostro que las demás, quiso distinguirme, reforzó el obsequio con un lindo escapulario de la Purísima, bordado en oro.

—Tomad —me dijo de cierta manera, entre sacristanesca y lúbrica—, para que me tengáis presente en vuestras oraciones.

Yo le miré al sombrero, a ver si, como Luis XI, le llevaba orlado de santicos de plomo, a fin de poder practicar sus devociones en todo momento, así en el campo como en el coche, pero no lucía sino una magnífica perla de extraordinario tamaño, como una perita pequeña, que llaman la *Peregrina*, la cual quiso prender él mismo en el hermosísimo seno de su esposa.

—Soberbio *entre dos* —pensé después de que la vi tan bien colocada.

Una avería en el coche

Tan pronto como pasaron las fiestas que la ciudad de Burgos dedicó a los augustos novios (las cuales, dicho sea de paso, tuvieron muy poco de notables), se determinó proseguir la jornada hacia Madrid.

A fin de que por el mal tiempo y peor estado de los caminos las dos comitivas no se embarazasen (pues para esto solo se hacía cuenta con la recién casada), se mandó que se dividieran, yendo la de la Reina por Valladolid y la del Rey por Aranda de Duero.

Si celebrada fue la estancia de los soberanos en Burgos, no lo fue menos la despedida que le hicieron los hidalgos burgaleses, y aun parecía que tuviesen intención de seguir hasta Madrid, según el buen trecho que fueron detrás de los coches.

Al pasar un puentecillo sobre el *Arlanza*, que iba tan hinchado y bravío que remedaba las grandezas del Duero, se quebró como un junco la zaga del coche en que iba yo con otras dos damas y un caballero español, llamado don Fernando de Pimentel. No por este percance se detuvo el resto de la comitiva. Viendo que el accidente no era cosa de cuidado,

siguió adelante, y como todos los demás coches iban ya tan apretados que en ninguno de ellos cabía un puesto más, nos fue forzoso quedarnos en Burgos hasta que se gobernara el percance.

La misma gente que salió a despedirnos trajo enseguida más caballerías, y puestas las damas en unos pacientes asnos y Pimentel sobre un caballejo que parecía el ánima en pena del famoso «Babieca», tomamos la vuelta a la ciudad.

No fue el tal regreso plato de mucho gusto para las otras damas, que maldecían del asiento en las posadas españolas, donde todo es pésimo, así las comidas como el hospedaje, la incivilidad de los que las frecuentan y la codicia extremada de los huéspedes que las rigen.

A ellas, antes que a los rigores de la cárcel de Argamasilla, pienso que aludió Cervantes cuando escribió aquello de donde toda incomodidad tiene su asiento… etc.

Tornamos, pues, a la posada de donde habíamos salido pocas horas antes, y no fue como tornar a las ollas del Egipto, sino a una de sus siete plagas, pues ya no se creían las gentes en el deber y cortesía de tratarnos como a personas de la corte, sino como a infelices caminantes sujetos a las tiranías de venteros y ladrones, que, por lo que entonces tuve ocasión de ver, todo es uno y lo mismo…

Las posadas de Castilla

No hay cosa tan pintoresca y tan incómoda como una posada, y esto es lo mismo aquí que en Francia, pues no tienen privilegio las españolas como pensaban mis compañeras de viaje.

Aunque en la que asentamos en Burgos no era de las peores, bien merece dar razón de ella en estos folios como notable ejemplar de las incomodidades a que están sujetos los que tienen la malaventura de trasladarse de una parte a otra por los caminos reales.

Parece privilegio de posadas, mesones, ventas y paradores de esta tierra, cuando se llega a ellos mohíno por las crueldades del frío, no hallar lumbre prevenida para calentarse, ni una sopa hirviente con que aliviar el estómago. Si es verano y el sol es un remedo de los hornillos del infierno, no se hallará una estancia fresca ni un puñadito de nieve con que enfriar el agua.

Suele ser la primera pieza un zaguán lóbrego, mal empedrado, lleno de carros, enjalmas y jaeces de las bestias. Nadie se hará a un lado para dejaros pasar, y todos, como si fuesen seres poco acostumbrados a ver gentes os mirarán con hostil curiosidad.

En una parte del patio está la cuadra, y es forzoso cruzar ante ella para subir al piso por una escalera pina y desvencijada.

Al cabo de la penosa ascensión se llega al aposento, el cual es demasiado amplio para una sola persona, y tan frío como una nevera. Las paredes están adornadas por imágenes devotas de una gran ingenuidad artística.

Es privilegio de las posadas el que las camas estén puestas sobre unos banquillos, sosteniendo, para *comodidad* y descanso del cuerpo, un duro jergón de paja de maíz. Las sábanas son del tamaño de servilletas, las servilletas, en cambio, pueden pasar muy bien

por lenzuelos de las narices, y aun tuvimos que agradecer que aquella posada era de las principales de Burgos, pues en las otras no había más paños de comedor que los que ordinariamente suele usar la gente baja y de poca limpieza, que es el revés de la mano.

Es privilegio de las posadas que todo aquel que desee desentumecer sus miembros al amor de la lumbre haya de hacerlo en la cocina, pues por nada del mundo podrá conseguir que le entren un braserillo en el aposento; pero también este deseo suele quedar fallido, porque muy de antemano tienen los mozos y arrieros tomados los puestos y no los dejarán si viesen entrar en la cocina al mismo Rey. Sin embargo, no suele faltar alguno que se pica de galán y ofrece la mitad de la tápula que ocupa.

Llegada la hora de la cena, toda aquella gente come en una misma mesa y en un mismo plato, y extrañándonos de ello, nos han dicho que aun esto es un lujo, pues en las posadas de íntimo orden no suele haber más que una cuchara y un vaso único para todos los comensales tenedores, ni aun tienen noticia de qué cosa pueda ser.

A nosotras, por diligencia y galantería de don Fernando de Pimentel, no nos obligaron a hacer mesa redonda, sino que nos sirvieron en una sala limpia y clara. Por cierto que nos habían colocado los manteles en el suelo, y cuando preguntamos a la huéspeda que por qué lo hacía así, respondió que porque éramos mujeres, que así comen las españolas, pues las mesas y las sillas solo se usan para los hombres.

Nos reímos de este resabio de las costumbres moras (que solo debe existir en los pueblos lejanos de la corte, pues en ella, hasta la hora presente, no he tenido ocasión de verlo), y le mandó don Fernando que, aunque fuese infringir costumbres ancianas, nos pusiese una mesa.

El buscar las sillas no fue poca obra, porque no habiendo tantas como éramos en la posada, fue menester procurarlas fuera.

Al cabo pudimos cenar, aunque no bien, pues todo estaba asaz cargado de especias, y apenas sonaron las nueve fue preciso recogernos, porque en toda la casa no quedaba un alma en pie.

Pimentel se despidió diciendo que al otro día, al comenzar la tarde, podríamos reanudar el interrumpido viaje. Al despedirse de mí, con más efusión que de mis compañeras, me dijo que por española y por bonita quería hacerme una fineza aquella noche. Le pregunté que en qué habría de consistir, pues en verdad que su merced no me desagradaba, y me rogó que me retirara tranquila, que muy pronto tendría ocasión de saberlo, si no es que el sueño era tan enamorado mío que no me dejaba hasta que el sol viniese a matarle, y diciendo: «¡Quién fuera sol!», me besó la diestra y se despidió hasta luego.

***

En esto de decir finezas a las damas de su amor o de su gusto, son notables maestros los españoles.

La galantería francesa es más ingeniosa, más académica.

En Francia parece que las galanterías se dicen pensando en que puedan pasar algún día (si no ya en el momento de ser dichas) a formar parte de algún florilegio; en España son

más espontáneas, nacen del corazón, no del cerebro, y suele darse el caso de que los patanes y la gente del pueblo son quienes se dan trazas para aderezarlas más bellas.

Un estudiantillo vergonzante, que por acá llaman sopistas, me topó en el patio de la posada, y, sin curar más que de mi buen garbo, me dijo cuando pasé junto a él:

—¡Vaya un ángel para un retablo que tengo en mi alcoba! Si yo fuera San Pedro, no entraba su merced en el cielo; se quedaba en la portería…

Este *piropo* (que también se llaman así las finezas galantes) me gustó mucho más que cuantos hasta ahora me han dicho en la corte de Versalles; valgan por testigos de mayor excepción Lanfontaine, Scarron, Corneille y Molière.

Todavía me duraba el buen sabor del estudiante, cuando pasando ante mí una buena moza de las de la venta, le oí cantar a un arriero que me dijeron ser de la Almunia:

No te me espantes, cachorra
si algún pellizco te pego,
que como yo soy de campo,
tomo la sal con los dedos.

Le dio un respingo la moza, él hizo un sonido gutural por vía de estrambote que recordaba el croquear de la rana y yo no pude menos que gritar para mis adentros: ¡Viva mi tierra!

***

Aún no había dado lugar a que me ensabanase, pues, según mi costumbre, me había quedado haciendo balance del día, cuando en la calle a la que daba la ventana de mi aposento sentí ruido de guitarras y voces de hombres.

Me quedé suspensa un buen rato pensando que eran mozos que iban a rondar, como yo tenía oído que es gentil costumbre en España. Sin duda sería la fiesta para alguna de las mozas de la posada, y al punto recordé que había una, llamada Inés, que más limpia y mejor compuesta, pudiera pasar por belleza.

Así como los rondadores templaron sus instrumentos músicos comenzaron a tañerlos con muy agradables acordes, y en seguida uña voz fresca y clara cantó unas coplas de mucho donaire y gentileza. Dos de ellas se me quedaron fijas en la memoria, pienso que para toda mi vida. Helas aquí:

Con las flores de tu reja
un ramillete hacer quiero,
que llevaré mientras
viva prendido sobre mi pecho.
Estoy cansado del siglo
y he prestado juramento
de profesar de cartujo
dentro de tus ojos negros.

Mudaron de tono los galantes músicos y se oyeron los acordes de una vihuela, tan diestramente tañida que más parecía arpa, y otra voz que a las primeras notas reconocí por la de don Fernando de Pimentel; cantó este soneto:

El sueño, que es tirano de la vida,
rudamente os combate y os adora
con una fuerza tan dominadora,
que quizás a este tiempo estéis dormida.
Aunque vos os mostréis muy condolida,
nada podréis con él, pues que a igual hora,
cada noche os sorprende, mi señora,
y siempre os ha de hallar desprevenida.
Bien se me alcanza a mí por qué el tirano
dispara contra vos tantos enojos
y vendrá algunas veces más temprano
a mirar y cerrar ojos tan bellos
por placer de besaros en los ojos
y quedarse después prendido en ellos.

Tal era la fineza prometida por don Fernando y que me agradó por extremo, haciéndome tanta mella que, si hubiera tenido espejo en que mirarme, me hallara más encendida que la misma grana.

De lo demás que acaeció en el siguiente día

Con tan grato sabor en el alma y tan dulce eco en los sentidos me metí en la cama. Poco debí de dormir, porque, en cuanto quiso ser día, el canto pertinaz de los gallos y las voces de los arrieros, que comenzaban a prevenir sus viajes, quitaban todo sosiego.

Así y todo, tampoco me pareció tan mal la incomodidad como a mis compañeras, que no hacían más que decir que esto no debería consentirse entre personas.

Bien se conocía que la mayoría habían pasado ya el verano de su vida.

Pregunté a mi doncella, que dormía en el mismo aposento, qué hora era la que sentía dar en la Catedral, y me dijo que las cinco. A este tiempo todas las campanas de las iglesias y esquiloncillos de los monasterios cercanos comenzaron a tocar a misa primera.

Como estaba enteramente desvelada, quise asistir a la devoción, pero ella me quitó la voluntad, diciéndome que llovía a mares. Abrí un poco el postiguillo de la ventana y vi cómo era cierto, conque, tornándome del otro lado, al cabo de un poco me quedé dormida y ya no desperté hasta más de las nueve.

Poco antes de mediodía, que ya estábamos todas para sentarnos a la mesa, apareció don Fernando. Se acercó a mí antes que a todas, y me preguntó si le guardaba rencor por haberme robado aquellos instantes de sueño. No hablarle con la boca, sino con los ojos, fue suficiente respuesta.

Dijo luego que el coche estaba ya compuesto y que si no nos parecía mal, enseguida de comer podríamos reanudar la marcha.

La lluvia había cesado, pero el frío persistía.

Era preciso continuar el viaje haciendo jornadas dobles, si podía ser, para alcanzar a Sus Majestades antes de entrar en Madrid, que sin duda caminaban a buen andar.

Comimos, pues, deprisa, y apenas lo hicimos se fue cada una a su aposento para disponer lo necesario. Yo envié a mi doncella, y mientras me quedé gozando de la deleitosa charla de Pimentel...

Cuando avisaron que el coche esperaba ya, la galantería de don Fernando estaba florecida en martelo y trasplantada al huerto de mi corazón.

Desde que nos viéramos en Irún, recelaba yo que nuestras miradas tiraban a este reflejillo.

Nunca sabe nadie dónde le esperan la dicha ni el dolor.

Muy notable despedida nos hicieron los posaderos, y aun miraron a hacernos algunos presentes que por ser tan sólidos como gallinas, algo de la matanza de aquel año y banastillas de frutas curadas, no las admitimos por no haber lugar donde colocarlos en el coche, que ya iban las arquillas muy repletas con las vituallas que necesitábamos para el camino.

Tengo para mí que si hubiera tendido que durar el viaje dos meses no hubiéramos hecho acopio con tan desmedida abundancia.

***

Sería obra de las tres cuando salimos de Burgos, y no habiendo andado arriba de dos leguas, comenzó a encapotarse el horizonte y a conglomerarse apretadas nubes; de allí a poco como si se abrieran las cataratas del cielo, comenzó llover de tan obstinada manera, que bien parecía una segunda representación del Diluvio universal.

En menos de nada se encharcó la tierra y comenzó a crecer el río llevándose puentes y balsas y no había forma de atravesarlo por alguna parte, así es que, si no queríamos perecer, nos era preciso retornar al punto de partida hasta tanto que el temporal tuviera a bien ceder.

Ya era demasiada incomodidad dos retrocesos en tan poco espacio, más que para mí, que en todo hallaba gusto como tuviese cerca a don Fernando, para mis compañeras de viaje. Dos horas después de haber salido de la ciudad burgalesa volvíamos a ella llevando el agua hasta los ejes del coche, que no parecía tal como era, sino balsa rodada a carroza de Neptuno.

Nos fue preciso mudar de ropa.

Al pedir los aposentos que poco antes habíamos ocupado, nos dijo la posadera que no era posible, pues no contando ya con nosotros, los había alquilado a unos mercaderes que llegaron de Santillana, pero que, a cambio de las apetecidas habitaciones, tenía libre una amplia sala dispuesta con catorce camas.

Yo le respondí que solo teníamos necesidad de cinco, de modo que nos buscara otro aposento menos espacioso, ya que en aquél forzosamente habríamos de morirnos de frío, pero respondió que no había más que aquel, y así fue forzoso admitirle.

Nos mudamos, en fin, y buscamos cobijo al amor del hogar en la cocina.

En lo que duró la corta velada, después de la cena, a la que como era natural nos acompañó Pimentel, no dejó este (según dicen por acá) de ponerme los puntos, cosa que no me disgustaba porque era muy devota de su buena gracia y gentil donaire.

Como la cortesía le obligaba a atender a todas, y no había más caballero que él, recuerdo y no olvidaré nunca, que después de que se preocupó por dejar muy bien asentado que yo era entre todas la preferida, intentó divertirnos un poco con el ingenio, contando algunos saladísimos cuentos españoles. Entre ellos, tomando ocasión del intensísimo frío que hacía en Burgos, refirió uno que no quiero dejar de asentar aquí, porque mientras lo voy trasladando desde la memoria a la pluma y desde la pluma al papel, me parece que estoy gozando de la placidez de aquella noche.

Decía de esta suerte:

***

La fama de fray Hortensio, clérigo menor de la orden de gilitos en la cátedra Sagrada, era notable en toda esta parte de la Vieja Castilla desde los pueblos que circundan las aldeas de Guadarrama hasta los más escondidos villorrios que se adentran en el noble reino de León.

Pico de oro le llamaban las viejas devotas que no pierden misa de alba ni rosario rezado a la hora crepuscular en las apacibles y bienaventuradas iglesias lugareñas.

Dicen que allá en el rinconcito de los cielos, donde asientan las ánimas pecadoras que fueron traídas al redil de la confortadora palabra del Espíritu Santo, más de cuatro gozaban de la eterna bienandanza, gracias al imán oratorio de fray Hortensio.

Por mostrarle como ejemplo de sabiduría, no se daban paz ni sosiego, pues le llevaban de convento en convento y él, como era muy humilde, con ejemplar paciencia lo sufría todo para mayor gloria de Dios y desarrollo de la fe católica.

En una de estas evangélicas andanzas vino a caer en esta austera y yerta ciudad de Burgos, magnífico florón de Castilla, donde la más rancia nobleza tiene sus raíces.

Le hicieron tan gran recibimiento, que más parecía propio para un altísimo prelado que para un humilde religioso.

Las damas le enviaban, para que las bendijera, estufillas, guantes y lenzuelos.

Los hombres notables de la ciudad se disputaban su conversación y consejo, y no faltaba quien estaba a la caza de sus palabras como si fuesen perlas para luego hacer glosa y panegírico de ellas ante las gentes que no podían disfrutar la imponderable dicha de escucharle de cerca.

Le ponían los padres a los hijos como alto ejemplo de mansedumbre, y así los muchachos, cuando le topaban en la calle, acudían a besarle la correa y a pedirle estampas.

El día señalado para predicar tan ilustre doctor de la Iglesia estaba la catedral hecha un ascua de oro.

No quedaba gente de rango y de bien en la ciudad que no estuviese recogida en el Santo templo mayor, y aun era más de advertir esta rendida pleitesía si se tiene en cuenta que en aquellos días había arreciado el frío más de lo que aquí suele de ordinario.

Caía la nieve de manera tan copiosa que apenas si se distinguían en las calles las personas y las casas.

Pues con esto y a pesar de esto acudieron devotos a oír el famoso sermón, y tantos fiaban de antemano en él, que ya le miraban figurar como ejemplo en las más notables antologías de sermones que se han formado en España.

El divino fray Hortensio escogió como tema de su oración sagrada las penas y tormentos que los dejados de la gracia de Dios sufren en los tenebrosos reinos de Lucifer.

Comenzó por explicar cuáles eran las causas que hacían perder al alma la divina gracia, y en seguida entró tan llanamente como por los claustros de su monasterio, por los malos tratos que se daban en el Infierno.

Dijo que toda la vasta república de los diablos era un inmenso páramo de hielo mucho más grande que las estepas siberianas, que de trozo en trozo brotaban recios surtidores de agua helada que al dar en las carnes pecadoras las abría como cueros resecos.

Furibundos y glaciales vientos cruzaban toda aquella horrible llanura, y cuantas almas hallaban a su paso en línea recta, las transformaban en estatuas de hielo que a pesar de la inmovilidad proseguían padeciendo los mismos rigores que si fuesen carne mortal.

Y qué sé yo cuántas torturas más, que ponían notable espanto en el ánimo de los sencillos feligreses.

Finó el buen fraile su espeluznante sermón y bien pudo gloriarse de que con él dejó a muchas almas rebeldes camino de la fe y del arrepentimiento.

Recibió agasajos y parabienes de muy insignes personas y hasta de graves doctores de la Iglesia.

Aun el mismo Arzobispo-Cardenal departió con su paternidad en la sacristía, mientras tomaban un suculento refrigerio.

Todos los presentes pendían de los labios de las dos eminencias, y en verdad que el escucharlos era como beber a torrentes la sabiduría.

—Una sola cosa me ha preocupado en vuestra excelentísima plática —dijo el Arzobispo— y es la de que hayáis descrito las penas del Infierno tan al contrario de lo que dicen las Santas Escrituras.

A lo que hubo de responder fray Hortensio: —Señor, lo hice por temor a que ello fuese tanto como fomentar el pecado mortal, pues si a gente de país tan frío como este se le dice que en el infierno todo es hogueras y hornillas no se salva ni uno solo, que allá se nos van todos por la posta...

***

Nos pareció muy bien el cuento, y su humorístico sabor, de una fina ironía, aún no se ha desvanecido de mi memoria a pesar del tiempo pasado.

Dieron las diez con graves y sonoras campanadas en la torre de la catedral, y para irnos haciendo a las costumbres austeras de España nos retiramos al cobijo de las mantas, que, dicho sea de paso, no era todo lo cálido que nuestros ateridos cuerpos necesitaban, y más con el remusguillo helado que nos dejara el sermón de fray Hortensio.

Don Fernando me besó la mano con más pasión que cortesía y se fue a su aposento con gran pesar por ambas partes.

Ahora, al cabo del espacio transcurrido, y con las cosas pasadas, bien en verdad a medida de nuestro deseo, no hay deshonestidad en decir que esta fue la primera noche que deseé dormir con él, y más lo deseaba de fría que de enamorada. ¡Santo Dios!, qué frío es Burgos.

Solamente el pasar de la cocina a la inmensa alcoba, que, con las camas dispuestas en dos filas, remedaba con mucha propiedad una sala de hospital, era como entrar en el pasadizo de una cueva húmeda.

No habíamos hecho más que ensabanarnos las cinco camaradas cuando llamaron quedamente a la puerta.

Pregunté quién era y respondió la huéspeda.

Mandé a mi doncella que se levantase a ver lo que se le pudiera ofrecer y no fue poca la sorpresa e indignación que recibimos viendo irrumpir la estancia a los dueños de la posada acompañados de seis u ocho arrieros, con más trazas de bandidos que de hombres de bien.

—Señoras, no se incomoden vuesas mercedes y continúen durmiendo —dijo la huéspeda—, pues estas buenas gentes no son más que cansados caminantes que tienen derecho, pues lo pagan, a las camas que sobran.

Protestamos firmemente contra aquella bellacada, pero de poco nos valían las voces, pues como nos miraban mujeres solas se iban metiendo todos con gran algazara y ningún respeto.

El marrullero del huésped terció como hombre de paz.

—Para todo hay arreglo, señoras mías, si no es para la muerte. Digo, que este pleito puede quedar sobreseído y aun a favor de vuecelencias solo con que se avengan a pagar las camas desocupadas; estos hombres se darán por contentos y se acomodarán donde buenamente puedan, que ellos son de condición blanda y pacífica, y en donde les dejen descabezarán un sueño, que no necesitan lujos para darles un poco de paz y de sosiego a sus molidos cuerpos.

Consentimos muy gustosas en la proposición, que a esto era donde iban a parar los tiros de los industriosos posaderos, y al cabo nos dejaron en paz y un tanto agradecidas porque también nos dejaron el calor del sofoco.

A la mañana siguiente supimos que aquellos no eran tales caminantes sino vecinos de la posada, que prestaban tamaño servicio cada vez que los huéspedes necesitaban esquilmar a los forasteros. .

De allí a dos días que se sentó el tiempo pudimos salir de Burgos, y esta vez no nos acaeció nada digno de caer en estos folios de mis Memorias...

La ciudad de Lerma y la Condesa viuda de Lemos

Cruzamos altas montañas que llevan el nombre de Sierra de Cogollos.

Al bordear aquellos horribles precipicios mil veces creí que era llegada nuestra última hora.

En el fondo de las profundas simas se despeñaba un indomable torrente que al dar en tierra llana se trocaba en caudaloso río.

Al entrar en un difícil paso que llevaba a un fértilísimo valle, el arriero que nos servía de guía se confió demasiado y cayó por un talud con el rucio que cabalgaba.

Todos pensábamos que su muerte era cosa cierta, pero esta gente suele ser dura como los peñascales que pisa a diario, y solo salió descalabrado, aunque sin el asno (que entiendo que es lo que más sintió), porque quedó tan mal parado por la fuerza del rudo golpe que el rematarle fue obra de caridad.

***

Poco antes de hacerse noche llegamos a la ciudad de Lerma, que es famosa por haber sido feudo del célebre Ministro-Cardenal, favorito de Felipe III, el monarca devoto y abúlico que comenzó a desmoronar la grandeza española.

Mi don Fernando (ya el corazón me ordenaba llamarle de este modo) me dijo que aunque la ciudad es pequeña guarda cosas muy notables. El castillo es monumento muy estimable.

Está situado en una pendiente; lo componen cuatro cuerpos y tiene dobles hileras de pórticos que cierran el patio central y dan paso a los vestíbulos y a varias dependencias.

Las estancias son muy espaciosas y están suntuosamente adornadas.

Vecino al castillo hay un monasterio de esposas del Señor, que visité la misma tarde en la que llegamos.

Quedé más que maravillada de la belleza de las monjitas. A fe que pocos harenes tendrá nuestro Señor tan bien surtidos como este, en cuanto a calidad. Cierto (Dios me lo perdone) que las benditísimas madres, más que convidar a la contemplación divina incitan al amor humano.

Se distinguía sobre todas una que parecía estar en el ardiente verano de su vida.

Se llamaba sor Patrocinio de la Encarnación; era por extremo bizarra, morena, con ojos negros, boca sensual, que más parecía puesta en su hermoso rostro para recibir besos que para cantar alabanzas y decir melifluas ternezas a invisible esposo.

Yo la miraba con notable curiosidad.

Me pesó que don Fernando me acompañara al locutorio porque no quitaba ojo a la hermosa sor Patrocinio.

Por apartarle de allí dije que me holgaría mucho (si lo permitía la regla de la orden) de conocer la clausura, y si hacían labores de aguja, verlas para comprar algunos encajes que me dejaran grato recuerdo de la visita.

Me respondió la abadesa que las damas de calidad tenían desde luego entrada, si no en la clausura, en el estrado y cuarto de labores, además de que allí había una gran señora que no era menos que la condesa de Lemos, quien se holgaría de verme en cuanto supiese que era camarista de la nueva soberana y que venía de Francia.

Forzoso fue que Pimentel se quedara esperando, con lo que se me pasó alguna cosa el mal de celosía, que tan agudos pinchazos me dio en el corazón.

***

En efecto, la Condesa de Lemos, que, como *señora de piso*, vivía retirada en la santa casa, apenas se enteró de que una dama que venía de Francia estaba allí, me rogó por medio de una novicia que le hiciera merced en pasar a su aposento.

No era ciertamente una celda conventual donde por todas partes se reflejaran la austeridad y la sencillez.

A una parte, entre dos amplias ventanas, se alzaba el estrado, tapizado de rojo terciopelo.

En un rincón se veía la cama cubierta por ricas colgaduras carmesí. En otra esquina había un riquísimo vargueño de ébano incrustado en nácar.

Era Su Excelencia una venerable anciana de más de sesenta años.

Su indumentaria, como el aderezo de la habitación, se había quedado muy en los comienzos del siglo, estoy por decir que en las postrimerías del anterior.

Vestía un corpiño de raso negro, abrochado con riquísimos rubíes; el cuello era tan alto que no le consentía mover la cabeza cómodamente; las mangas eran asimismo estrechas y remataban en descomunales hombreras que más parecían acericos.

Se embutía en un descomunal guardainfante que más parecía una pollera.

Aquella mujer debió de ser extraordinariamente bella en su mocedad.

Aún brillaban sus ojos con los reflejos carnales de la mujer sugestiva, y la piel de su rostro, apenas se plegaba por la injuria del tiempo. De no haberme dicho la abadesa la edad que contaba, no pensara yo que pasara muy arriba de los cuarenta.

Me hizo sentar junto a ella y me entretuvo una buena porción haciéndome charlar de la corte de Francia, donde ella estuvo cuando la hermana de Felipe IV pasó a ser esposa de Luis XIII.

De todo me pedía noticia, y cada una que yo le daba referente a la Reina encendía su pálido rostro un vivo carmín de añorante emoción...

Me preguntó noticias de la nueva reina de España y le respondí que el Rey, nuestro señor, había sabido elegir, entre otras aspirantes a su real mano, a mi señora, subyugado por tan espléndida hermosura.

—Plegue al Señor —replicó— que no se pase de la raya como suele ser tan corriente en otras cortes de Europa. Yo conocí a Catalina de Suecia, cuando estuvo en Flandes, y no podéis figuraros... Con los capítulos escabrosos de su vida habría elementos sobrados para escribir un tratado extenso de lascivia y desaprensión. Sus amores con el príncipe de Condé y con nuestro Embajador en Estocolmo, don Antonio de Pimentel.

En cuanto cayó en mis oídos este apellido me dio un vuelco el corazón.

—Este señor —pregunté—, ¿es por acaso pariente de don Fernando Pimentel, que es ahora gentilhombre de Su Majestad?

—Tío suyo es, por cierto —respondió—. ¿Por acaso le conocéis?

—Un poco —le respondí—. Viene en nuestra compañía.

Yo no sé si es que me cortara al decirlo, o la gran práctica que del corazón humano tuviera la Condesa, el caso es que se sonrió con un gestillo malicioso y dijo, apoyando mucho las palabras:

—Yo os fío, amiga mía, que vuestro Pimentel no tiene nada que ver, como no sea el parentesco, con el de la reina de Suecia.

Más de dos horas duró la visita y toda ella fue para mí como una crónica viviente de los reinados anteriores.

Las más interesantes figuras de las cortes de los Felipes aparecieron ante mí, evocados por la amenísima charla de aquella mujer singular.

Privados, ministros, ingenios, artistas. Con la amistad de todos contó Su Excelencia.

El Conde-Duque la agasajó una noche de San Juan en el Buen Retiro.

Lope de Vega le dedicó una loa.

Quevedo le dijo muchas donosuras y tal cual picardía.

Alarcón le defendió un pleito, y Vélez de Guevara la hizo perder otro.

En fin, de cada figura insigne tenía un recuerdo; unos, prendidos simplemente en la memoria, y otros, hincados en el corazón.

Dos veces intenté despedirme acordándome del que esperaba en el locutorio, mas no lo consintió la Condesa, que me detuvo, diciéndome: —Esperad otro poco, hijita. A él pronto le veréis, mientras que, a mí, acaso sea esta la primera y la última vez.

Y por otro buen espacio reanudamos la conversación.

Iba obscureciendo.

Una azafata trajo luces.

Entendí que Su Excelencia comenzaba a mostrar cansancio.

Volví a levantarme.

Esta vez no me detuvo la Condesa.

Para no hacerlo puso como galante disculpa la de que el Amor ya había esperado bastante.

Nos besamos con mucha efusión y salí de la celda donde había permanecido casi tres horas, que, a pesar de estar esperándome don Fernando, me parecieron tres minutos.

Cuando di con él me dijo entre picado y zumbón:

—Pensé que habríais jurado los votos monásticos y no os tornaría a ver más en el mundo, por lo que ya estaba resuelto a hacerme galán de monjas, que es cosa que por aquí se usa mucho.

Le miré y le sonreí como sabemos las mujeres cuando queremos.

La sonrisa y la mirada fueron a un mismo tiempo calma benéfica que apaciguaron las olas de su justificado enojo...

Valladolid, antigua corte de Castilla. Una endemoniada y un modelo vivo de Cervantes

La antigua corte de las Españas tiene bien poco de notable y así no acierto a comprender cómo pudo persuadirse Felipe III a hacerla asiento de la Monarquía, aunque ya tengo entendido que entró por mucha la codicia de su privado y primer ministro el Duque de Lerma.

Quítense el colegio de San Gregorio, la iglesia de San Benito, Nuestra Señora de la Antigua, con algún que otro edificio histórico, como la casa en que vivió Cervantes, la casa en la que feneció Colón, la plaza del Ochavo en que acabó sus días el condestable Don Álvaro de Luna, y no tiene más que otra villa cualquiera.

No menciono la Catedral, aunque me han dicho ser obra del más insigne alarife, Juan de Herrera, porque no aumenta en gran cosa el prestigio de su buen nombre.

Me contaron detalles de la mudanza de la corte a Valladolid, y ellas retratan de forma harto deshonrosa a aquel abúlico monarca que no pensaba en más que en holgarse en tanto sus ministros se enriquecían y el reino se arruinaba.

Obra de otro negocio mercantil del Privado fue el retornar a establecer en Madrid la capital del reino y asiento de la Monarquía.

Con el descabellado proyecto de la traslación de la corte a las orillas del Pisuerga, Valladolid no consiguió cosa de provecho y Madrid se perdía por la posta. Como la industria y el dinero se habían ido en seguimiento del Rey, aquí no quedaron más que miseria y lástima.

Brazos que trabajaban de continuo, no ya para procurar el sustento a los agobiados cuerpos, sino para rendir tributo a los impuestos y alcabalas que eran enormes arcaduces que iban a desaguarse en las insaciables arcas del Duque de Lerma y sus allegados, dejando algunas gotas en la raída escarcela del fanático Felipe III.

En los comienzos de 1606 se hallaba el nieto del César divirtiéndose en el recreo de Ampudia, villa del Privado, donde no era permitido llegar eco alguno de las voces lastimeras con que España se dolía de las dentelladas del hambre, cuando se le presentaron

de improviso el Corregidor y cuatro regidores de Madrid, quienes, ya que el monarca no había atendido su ruego como queja justa, venían a plantearla como negocio, es decir, pagándolo muy bien.

En cuanto Felipe oyó que el puente para pasar del Pisuerga al Manzanares era de oro, prestó cuidadosa atención a todos los capítulos y condiciones que le fueran exponiendo.

El Duque atendía también con muy buena cara.

En aquel punto y hora dio al olvido cuanto le otorgara Valladolid cuando le pidiera el privilegio de tener en su suelo el trono de la Monarquía española.

Su Majestad sería agasajado con doscientos cincuenta mil ducados, pagaderos en dos lustros, y con la sexta parte de los alquileres de todas las casas durante el mismo tiempo.

Además de este servicio —lo tengo leído en conmista de entonces— se ofrecían a dar al Valido las casas que eran del Marqués de Poza valuadas en cien mil ducados, y a pagar a los Duques de Cea, hijos del de Lerma, los alquileres de las fincas del Marqués de Auñón y del licenciado Álvarez de Toledo que se destinarían para su vivienda.

Para todos hubo lisonjeras promesas que pasaron a ser pingües realidades.

El secretario, don Pedro de Franqueza, hizo honor muy bellaco a su apellido, recibiendo de antemano la suma de mil ducados en dinero para que no dejase de machacar cada día sobre el blando yunque de las conciencias del Rey y del ministro, si por acaso les endurecía algún escrúpulo.

Pero bien se pudieron ahorrar los ediles madrileños este agasajo empleando aquella cantidad en procurarse alguna más comodidad y mejor trato en el infierno de las posadas en que habrían de dar mientras durara su interesado viaje, puesto que los ofrecimientos fueron de tanto *peso*, que ya desde las primeras razones estaban el necio soberano y el infame prócer persuadidos de hacer vida en Madrid hasta la misma hora de su muerte.

Se mandó publicar la orden de la mudanza dando como pretexto el ser de utilidad para la salud del reino.

Todos los consejos hicieron punto en el despacho de los negocios para atender a la materialidad del traslado.

Valladolid fue un valle de lágrimas, porque de una mano a otra se le iba todo el prestigio político y comercial, quedando en aquella misma espantosa miseria que cinco años antes quedara Madrid.

Elevó sus protestas la hidalga ciudad, y aun parece que echó en cara al codicioso y desaprensivo ministro los favores recibidos cuando mudó la corte de Madrid; pero a todo hizo oídos de mercader el bueno de don Francisco de Rojas y Sandoval.

El hijo de Felipe II pensó que lo mismo se cazaba en los montes de *El Pardo* que en los cotos de Castilla, y tan devotamente se danzaba con las monjas de Santa Clara, como con las ricashembras de las Descalzas Reales.

A cuatro días del mes de febrero de 1606 hicieron su entrada en Madrid los Reyes, y todo se volvió fiestas y regocijos públicos, puesto que la Villa recobraba la grandeza y prestigios perdidos, aunque no pudo curarse de la miseria.

Fiestas de toros, comedias, romerías, de todo hubo, que Madrid escurría la bolsa abrigando la triste esperanza de que habría de valerle poco.

Los Consejos se trasladaban muy despacio.

La falta de dinero les hacía caminar a paso de tortuga y así los negocios de Estado andaban, como aquel que dice, manga por hombro.

Mas el Rey se divertía y los ministros medraban vergonzosamente.

Al fin y al cabo, estos son empleos que no llevan más obligaciones en el fondo y en la forma...

***

Lo que más me ha placido de la vieja ciudad castellana es la gente y el agua.

La gente es serena y ruda; no parece sino que en el pecho tenga una herida a manera de relicario por donde se le ve el corazón; el agua es clara, y fría es la sangre del *Duero* que fertiliza sus campos y sostiene aquellos cuerpos recios y enjutos que no se doblegan más que sobre la esteva y ante la mies dorada.

Dimos en un mesón de la *Platería* que es el mejor de cuantos antes y después nos cobijaron.

En ella he tenido ocasión de ver una de las facetas más características del espíritu de mi tierra: una poseída de Satanás. Yo no creo que era otra cosa que una pobre mujer dañada del mal que llaman histérico.

La misma tarde de nuestra llegada la vi en la cocina, lejos de la gente que se reunía en torno del hogar.

Era una mujer joven, de facciones bastante agradables, que, sin duda de ninguna suerte, serían bellas en plena salud.

Los ojos los tenía grandes y negros. No parecían sino dos penas cuajadas; el cabello, que se le escapaba a mechones de la estrecha cárcel de una redecilla, era tan negro como los ojos. Una intensa palidez que finaba por tener reflejos de cera le velaba tristemente el bien concertado rostro.

Nadie hablaba con ella; solamente los posaderos, al pasar junto ella, parecían mirarla con lástima. Alguna vieja le hacía de vez en cuando la señal de la cruz, y una en que lo advirtiera, comenzó la triste a lanzar tales voces que se hundía la casa.

El posadero, que sin duda conoció la causa de aquel desconcierto, se tornó a la dicha vieja, quien, temiéndose la rociada, comenzaba a hacerse la escabullida, y le dijo:

—Colgada os vea yo, mala pécora. ¿Que tenéis que hacer sufrimiento a la muchacha? Mirad que no se os olvide que os tengo dicho que os pondré en la calle, sin que lágrimas

ni súplicas me muevan a compasión. ¡Cuerpo de Dios con el trasgo! ¡Vos sola sois el demonio que la tienta!

Aplacó la ventera a la alborotada moza, y como advirtiera que nosotras estábamos conmovidas, nos dijo:

—No pasen susto vuestras mercedes, que no es cosa que lo valga en verdad. Esta pobreta, que es mi hija, está poseída del enemigo con tanta crueldad que no me la deja punto de sosiego. Estamos haciendo diligencias para llevarla a Madrid donde habrá buenos exorcizadores, pues aquí no hay ninguno con sabiduría bastante para poderla reducir. Dicen que allá que hay una riquísima cantera de desendemoniadores en el monasterio de los reverendos padres de Atocha donde parece que asiste mucho Su Majestad.

***

Poco más serían de las doce cuando nos despertaron unos desaforados gritos que del aposento de los huéspedes parecían venir.

Nos pusimos a escuchar y yo conocí bien presto que de no otra persona partían las descompasadas voces que de la infeliz posesa.

Entramos en su aposento y hallamos a la pobre toda patitendida y destapada, y al padre y al hermano, que eran dos hombres recios y fornidos, procurando sostenerla para que con las violentas contracciones e intensos espasmos no se dañase.

La madre de puro entristecida no acertaba a hacer cosa alguna.

La muchacha echaba espuma por la boca, y así en cuanto nos viera aparecer a las damas de la Reina comenzó a decir:

—Salid acá, coimas y daifillas de poco más o menos, que vivís en el pecado con aderezos y remilgos de monjas. ¿Qué?, ¿queréis mi diablico juguetón? Idos allá con vuestro maridillo celestial y complaciente, que este es para mí sola y sobre nadie más que sobre mí tiene de hacer corvetas.

Y se retorcía de tal suerte, que nunca mejor pudo tenerse una mujer por poseída.

En esto llegó un clérigo vestido de sobrepelliz y estola que ya había ido a llamarle un muchacho, y sacando un breviario y un hisopo comenzó a tirar a la moza asperges y latines.

Le dijo la enferma otras cuantas atrocidades, que el natural pudor y el respeto que a mí misma me debo me vedan de trasladar al papel.

Al cabo, el mismo paroxismo la rindió, aunque el clérigo decía ser por obra y gracia del auxilio divino, y cayó en un profundo desmayo que degeneró en piadoso letargo.

—Mañana se hará lo demás; acuéstenla ahora —dijo el cura, y se fue seguido del muchacho que acudió a llamarle.

Y lo demás fue que en el siguiente día a media mañana, cuando ya la muchacha estaba tranquila y fuera lo humano y caritativo dejarla descansar, tornó el clérigo, y volviendo a ponerse sus ropas de ritual, ayudado por dos recios jayanes, le hizo tragar bien cerca de

una azumbre de aceite crudo, espolvoreado de incienso, con cuya extraña medicina, administrada entre hisopazos y latines, quedó la triste muy cerca de acabar.

No era la misma de la tarde anterior, sino una verdadera piltrafa humana que ni voz ni fuerzas tenía para protestar de tamañas atrocidades.

***

Después de comer proseguimos la ruta hacia la Corte.

Vi el *Esgueva*, río tan pobre y sucio que no parece sino sombra del *Manzanares* en sus dilatadas épocas de sed.

Los poetas españoles más insignes de la corte de Felipe IV, como eran Góngora y Quevedo, han hecho sobre esta esperanza de río tantas y tan donosas sátiras como sobre aquel otro que lame los muros de Madrid, y no acierta a regar su campiña.

Pasamos por la *Mantería* que es el arrabal de la gente terne y senado de pícaros y rufianes, así como en Madrid es la *Morería*, en Segovia el *Azoguejo*, en Toledo las *Ventillas*, en Córdoba el *Potro*, en Sevilla *Triana* y en Málaga el *Perchel*.

Al entrar en lo que llaman el *Campo grande* rodeó nuestro coche una verdadera plaga de gitanos que solo se disolvió a fuerza de dineros.

Entre las mujeres había una tan gentil y vistosa que al punto se me representó por aquella inmortal *Preciosilla* de Cervantes, que es perla peregrina entre la gitanería andante.

Mi admiración no pudo dejar de rendir homenaje a su lindeza con menos que con una doblilla castellana.

El *Pisuerga* y el *Esgueva* tuvieron rubor de su poquedad, y porque no viésemos cuán desdichada era, comenzaron a formar una densa niebla que sirviéndoles de cobertor los cubría como a novia primeriza.

El frío intensísimo nos traía sin gobierno de nuestras personas.

Todos veníamos tan callados que no se diría sino que estábamos difuntos.

De poco nos aprovechaban las mantas y pieles en que veníamos envueltos, ni las estufillas con que resguardábamos las manos.

Esta Castilla es tierra que en tocando al clima no tiene términos medios, o aprieta el calor con tanta saña que da lecciones a las calderas de Pedro Botero o arrecia el frío en forma que deja tamañitas a las estepas siberianas.

Al entrar en Cuéllar quedaron muertos, por no poder resistir la temperatura, dos caballos de los soldados que nos daban escolta...

La ciudad de Segovia

Entramos en Segovia, la ciudad de las libertades.

Esta vez no tuvimos la desdicha de padecer posada de arrieros y trajinantes, como hasta aquí nos acaeciera desde el punto y hora en que dejamos la comitiva de Su Majestad por la crueldad del tiempo y poca salud del coche.

Don Fernando de Pimentel tenía en Segovia una prima carnal, llamada doña Leonor, y sabiendo aquel cuán bien recibidas seríamos por su linajuda pariente, y más en cuanto tuviese noticia de que éramos damas de la reina joven, mandó guiar el coche hacia su casa, que se hallaba situada en una linda plazoleta, cercana a la Catedral.

***

Doña Leonor de Pimentel y Ludeña era una dama que iba entrando con mucha bizarría por el espléndido otoño de su vida.

Desde que pocos años antes tuviera la desventura de enviudar de un rico prócer de los notables de la ciudad, que llevaba en sus venas sangre de Juan Bravo, vivía retirada en su palacio, sin salir más que los domingos, que iba a oír misa de once en la iglesia Mayor.

No quiere esto decir que por su apartamiento de las gentes hiciese vida monástica ni sembrada de privaciones; muy al contrario, gustaba rodearse de comodidades y pasaba el tiempo entretenida con la música y los libros.

Muchas veces, a la hora del crepúsculo, en la quietud y serenidad de la plaza, se oían las melodiosas notas de un órgano diestramente tañido, y la gente que acertaba a pasar bajo los balcones del palacio de doña Leonor, que era quien de manera tan excelente regalaba aquellas melodías, se quedaba escuchándolas un buen espacio.

El difunto, que parece que fue hombre de clarísimo entendimiento y gusto exquisito, se había preocupado de surtir copiosamente su librería, de suerte que era un verdadero almacén del ingenio en donde poetas, doctores, filósofos y teólogos estaban en congreso permanente.

Aun parece que leyendo doña Leonor a santa Teresa, sor Juana Inés de la Cruz y doña María de Zayas se aficionó con tanta pasión a las Letras, que llegó a componer una novela ejemplar y aun hizo un bello libro de rimas del cual, mientras caminábamos hacia su casa, para ponerme en aviso de quién era su prima, me recitó don Fernando una glosa, que, a decir verdad, me agradó sobremanera.

***

Admiradas estaban mis compañeras de que en los días que pasamos en Segovia, ciudad muy apegada a las tradiciones, no se observase en ella la austeridad de otros lugares.

Allí no se apagaban las luces a las diez de la noche ni era forzoso el irse a la cama cuando sonaba el toque de queda.

Los criados no servían con la desesperante celeridad, que en otros puntos, por acabar más presto, ni alzaban los manteles antes de terminar la cena.

No se abrían los balcones cuando salía el sol, sino que se dejaba reposar a los durmientes hasta que tenían el sueño holgadamente satisfecho.

Recorriendo las estrechas y empinadas rúas, se me venían a la memoria los pasados tiempos del César, y me parecía ver a aquellos bravos, entre los que hubo un abuelo mío, luchando por las libertades y el honor castellanos.

La calle de la *Muerte y la Vida* es el más señalado lugar de la historia segoviana. Por ella subió a la rastra y en cruenta agonía aquel alguacil que trajera órdenes conminatorias del feroz alcalde Ronquillo.

Segovia entera bajó por esta estrecha vía como un río desbordado que ahogó y deshizo al infeliz mandatario.

El acueducto es formidable monumento, de una belleza incomparable, perpetuo portavoz de las grandezas de Trajano, en cuyo tiempo parece haber tenido su fundación, aunque todavía, al cabo de diecisiete siglos, no se han puesto de acuerdo los sabios acerca de la edad del coloso de piedra.

La tradición popular, que siempre, aun en su forma ruda, tiende a poetizar las cosas y los sucesos famosos, dice que obra tan soberana no se debe a la mano del hombre sino al poder y codicia del diablo, quien lo hizo para servir de agua a la ciudad, a petición de una moza que le ofreció su alma si él se comprometía a librarla de acarrear el líquido y necesarísimo elemento.

Tan colosal compromiso se ofreció a darlo por cumplido en el breve espacio de una noche, antes de que apareciese por el Oriente el primer rayo de luz, pero (también el diablo tiene sus *peros*) le engañó la voluntad; cuando le faltaba por colocar la última piedra (que aún las gentes de hoy señalan el sitio en que tendría que asentarse) amaneció y el príncipe de las tinieblas perdió su apuesta, de lo que vino a resultar que la moza se halló con el agua al alcance de la mano y con su alma en su almario...

No me puedo persuadir con qué ojos habrá visto la Condesa D'Aulnoy este maravilloso monumento, cuando recuerdo que escribió en su *Viaje a España*, que tenía cinco leguas de longitud, aunque ahora, que ya conozco mi tierra por mí misma, entiendo que todo lo vio con los ojos del odio que allende el Pirineo se nos tiene a los españoles por las continuas guerras en que andamos trabados con medio mundo desde que asentamos en el glorioso trono de los Reyes Católicos a la tétrica y malhumorada dinastía austríaca.

También el monasterio de El Parral, fundado por don Enrique de Villena, es cosa que suspende el ánimo y recoge la devoción, pero los segovianos netos estiman y ponen sobre todas las cosas el culto a la Virgen de la Fuencisla, patrona de la ciudad, cuyo santuario, labrado sobre una peña viva, está a la entrada de la población, según se viene de Hontanares.

Antes consentirá un buen segoviano que no quede piedra sobre piedra de su inmortal coloso, que caigan con estrépito las gallardas torres del Alcázar y que quede yermo el lugar donde se alza la cristiana fundación de don Enrique, a que se haga el más pequeño agravio a su santa patrona.

Fuimos a hacer el homenaje de nuestra devoción a la venerada imagen, aunque yo, con las cosas que mi don Fernando iba diciéndome a la par de la oreja, tenía la religiosidad un tanto desviada hacia el camino del pecado mortal.

La virgen, si tuvo novio alguna vez, me lo habrá perdonado.

Bodas reales

A 23 de enero de 1680 hizo su entrada en la corte la Reina, mi señora, y fue notable el regocijo con que se la recibió.

Las calles por donde debía pasar la comitiva estaban notablemente engalanadas, con profusión de colgaduras y tapices en las casas nobles, lucidos arcos de lienzo pintados unos, y otros dispuestos con hojarasca y ramas de laurel. En todos había grandes carteles con salutaciones epitalámicas que querían ser poéticas, y adolecían de la chabacanería y mal gusto que mancillaba nuestra literatura, tan lozana en el reinado anterior.

En el palacio de Oñate, que está frente a las *Gradas* y era el mejor engalanado de todos, esperaban la entrada de la nueva soberana el Rey y la Reina madre.

Un gentío inmenso llenaba las calles haciendo casi imposible el avance de la comitiva, a pesar del rigor con que la guardia Chamberga trataba a los inocentes curiosos para ponerles en orden. Todo el camino que conduce al Palacio de invierno era como una senda de gloria, que hubiera de recorrer una heroína fabulosa que asombrara al mundo con sus portentosas hazañas.

Al paso por la calle Mayor salió a recibirla el Concejo en pleno, y era de ver el lujo de los trajes así en los ediles como en los maceros y trompeteros que les precedían.

El Corregidor se acercó a presentar a la Reina las llaves de la Villa en una primorosa bandeja de plata, y a recibirla bajo palio.

Ciertamente que Su Majestad iba lozana y tan radiante de hermosura que puede decirse sin que parezca hipérbole que llevaba tras sí los corazones.

Cabalgaba en un soberbio caballo andaluz, que llevaba del freno el primer caballerizo, marqués de Villamagna.

El vestido de María Luisa aparecía tan recubierto de valiosísimos bordados que no se veía la tela y así, siendo día de invierno, como el tiempo era bonancible, sudaba con aquel peso como pudiera haberlo hecho en pleno agosto. En la guarnición del sombrero lucía la famosa perla *Peregrina*, verdadero tesoro de la corona de España.

Detrás de la soberana, fuera del palio, marchaban su aya, la Duquesa de Terranova, y doña María de Alarcón, tenienta de aya; seguíamos luego todas las damas, que íbamos sobre poderosas y lucidas mulas blancas; junto a cada una de nosotras había dos caballeros.

Venían después las carrozas que el Rey regalaba a su esposa, y cerraba el espléndido cortejo la guardia de la *Lancilla.*

Al llegar a la casa de Oñate se juntaron los esposos y la Reina Doña Mariana.

En el atrio de la iglesia de Santa María esperaba el Cardenal Portocarrero, Primado de las Españas; entraron sus majestades en el templo y comenzó enseguida un solemnísimo *Te Deum.*

Acabada que fue la ceremonia, prosiguió la comitiva hasta Palacio, adonde se habían adelantado el rey y su augusta madre.

Se acercó Don Carlos a su bella esposa y la ayudó a bajar del caballo, la tomó de la mano la reina vieja y con mucha ceremonia la acompañó hasta sus habitaciones.

Por más de ocho días continuaron, así para Corte como para el Pueblo, las fiestas de las bodas.

En el siguiente de la entrada de la Reina hubo fiesta nocturna en *El Buen Retiro*, la cual, si divirtió a todos, a mí no me trajo sino una gran pesadumbre de la que estuve al cabo de dar cuenta a Dios.

***

El día de la entrada de la Reina, me tocó junto, como caballero acompañante, un hijo del Marqué de Astorga, que desde aquel mismo momento en que por mandatos de la etiqueta se colocó a mi lado, no dejo de hacerme la corte.

Aunque yo no respondí sino a las primeras palabras de cortesanía, el hombre no cesaba en su empeño pensándose o que yo era fortaleza sin dueño o de aquellas frágiles que con pocos asaltos se desmoronan.

A la noche siguiente, en la fiesta de *El Buen Retiro*, aunque vio que don Fernando Pimentel no se me apartó desde que pisé los jardines, no dejó de asaetearme con tanta impertinencia que ya una de las veces hubo de darse mi galán por advertido.

A tiempo de sentarnos a la mesa se las compuso de tal suerte el importuno, que se puso junto a mí. De mejor gana que lo pensé me hubiera levantado por huir del mosconeo, y más cada vez que veía el rostro de don Fernando, a quien el impertinente, de acuerdo con el mayordomo, supo colocar a distancia mía.

Dicen que la comida estuvo magnífica, y que se sirvieron en ella más de dos mil platos, pero yo no puedo contar nada porque pasé por ella como por una pesadilla molesta.

Cuando fue acabada e iba a comenzar el baile, vino a mí don Fernando, y, encarándose con el indiscreto, le llamó aparte.

Pocas palabras hablaron, y aprovechándose de la confusión que había los vi perderse por una de las más frondosas arboledas.

Yo que como mujer conozco muy bien a dónde puede llevar el encono de los celos, quería evitar aquel *paseo*, pues sabía dónde iba a terminar, pero no me determinaba a gritar ni a rogarle a nadie el favor de que los detuviera por no echar sobre mi fama el padrón de coquetería. Al cabo no pude más, y sintiendo una angustia muy grande caí en el suelo.

Cuando volví en mí, me hallé en mi habitación de Palacio, rodeada de algunas de mis compañeras, pero tan débil de memoria, que nada recordaba de lo pasado.

Mis camaradas, por entretenerse durante mi guarda, comentaban las jornadas de la pasada noche y con más interés que todo un desafío que hubo entre el hijo del Marqués de Astorga y don Fernando de Pimentel, de cuyas resultas había sacado el primero una estocada tan diestra que le tenía a punto de acabar.

Aquella noche me acometió una calentura tan alta y pertinaz que, por lo que dicen, me tuvo muchos días más cerca de la muerte que de la vida...

La hiel de las bodas

Mal me sentó aquella magnífica fiesta de *El Buen Retiro*, en la que tanto pensé holgarme.

Ahora que han pasado más de diez años desde entonces, pienso, y creo estar en lo cierto, que tanto mal no puede hacer una impresión, y sin duda lo que más atacó a mi humanidad fue la brisa de la noche, que, junto con la humedad del sitio, por los muchos estanques y arroyos que hay en él, me produjo unas tercianas malignas, para las que parecía no haber remedio.

El mal fue tan apretado y recio que todas cuantas personas me rodeaban se pensaban que no lo pudiese contar.

La Reina se interesó notablemente por mi salud, y aun hizo la señaladísima merced de visitarme en mi aposento, de que se maravilló toda la Corte; por aquí no acostumbran los monarcas a hacer tales deferencias a sus servidores. Yo estaba muy sin vida y mi don Fernando muy sin alma; tanto, que pensando los dos a una que mis andanzas en la tierra tocaban a su fin, determinamos cuajar el noviazgo en boda, siquiera fuese en tan último extremo.

Lo pensamos una mañana en la que amanecí un poco más limpia de fiebre, y, por tanto, con la cabeza algo más despierta, y a la tarde nos casaba un cura viejecito de la cercana iglesia de Santa María.

Aparte de la satisfacción de verme para siempre unida a mi bien amado, tuve la de que aquel sacerdote humilde y venerable como un justo fuese el magnífico poeta don Pedro Calderón de la Barca.

Aquí pienso que estuvo el primer instante de mi alivio, pues en cuanto tuve certeza de quién era su merced, le tomé la sarmentosa diestra, y besándola muchas veces como si fuese reliquia, dicen que acertaba a decirle:

—¡Válgame Dios, Padre y poeta mío, y quién me adelantara esta dicha! ¿Conque es su reverencia quien dijo que la vida es sueño y dio aquella perpetua autoridad y eterna vida al villano Pedro Crespo?...

Y el viejo insigne me respondía amablemente:

—¡Vaya, señora!, no piense en tales niñerías, que no valen la pena ante esta grandeza de los dos amores en que navega vuesa merced: el amor de Dios y el del hombre, de quien se hace esclava y señora. Sosiéguese, que yo le fío, como ese sol es luz del cielo, que por bien enamorada tiene de concederle su Divina Majestad una larga tregua junto a don Fernando.

Y dijo bien don Pedro, pues de allí adelante comenzó a ceder la enfermedad, aunque muy despacio, y al cabo me vi fuera de todo peligro.

Todas las tardes, antes de ir al rosario, venía a visitarme y me entretenía con su charla que era amenísima y estaba salpicada de flores de ingenio.

Aunque era expansivo y franco y acostumbraba a entretenerme con el relato de capítulos de su vida, solía tener un discreto silencio para aquellos que estaban en la vanguardia de sus mocedades. Me hablaba de cuando fue soldado en las campañas de Flandes e Italia, oficio para el que valía tan poco según declaración propia, y no porque fuese apocado y pusilánime, que en todos los años que estuvo empleado en el servicio del Rey no pasó de cabo de escuadra.

Pero no me habló, y era lo que más me holgara, de unos amores que yo sé que tuvo con aquella famosa comedianta de su mismo apellido, y fue el entretenimiento más empeñado en que se zambulló la galantería de Felipe IV.

Tampoco me dijo gran cosa de sus pendencias, pues fue hombre levantisco y poco sufrido, y aunque yo le azucé con el rumor de unas cuchilladas que durante el ensayo de una comedia suya en *El Buen Retiro* hubo por cierta cómica mal casada, también se zafó discretamente diciéndome:

—Esas cuentas ya las saldé con encajarme este hábito a los pechos, y ni memoria me queda de ellas, Dios sea loado.

Como tenía tan dilatada edad y había conocido a la gente más ilustre de su tiempo, el hablar con él era darse un curso histórico del siglo.

Había conocido y aun tratado como a camaradas, aunque ellos estaban ya en la cumbre de su gloria, a Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Ruiz de Alarcón, Rojas, Velázquez, el Conde-Duque, Lerma, Villamediana, y se recordaba bastante del manco inmortal que escribió el *Quijote*.

A este le admiraba sin reserva de ninguna especie, tanto, que llegó a componer una comedia, que él estimaba en mucho, aunque el senado no le agradeció la devoción sobre aquel monumento de nuestra literatura.

De Lope, aunque literariamente le guardaba en gran consideración, en lo que hace a la persona tenía sus distingos, pues parece que el nombre era tan avaro de su prestigio que no podía sufrir el de los demás y solía darse maña para agriar los triunfos ajenos y añadía que buen testigo de cargo podía ser don Juan Ruiz de Alarcón.

De Villamediana decía que era más la desvergüenza que el ingenio. Se mostraba muy apasionado de don Luis de Góngora, hasta el punto de disculparle el culteranismo con decir que antes era virtud que pecado en la religión de Apolo, puesto que obedecía a su fecundísima inspiración.

—Y si tan grande es el delito, como que ha formado escuela, ¿quién será el guapo que se atreva a lanzar la primera piedra? —añadía dando muestras de una gran exaltación.

Y esto digo yo que habría de ser porque el bueno de don Pedro se acordara a este punto de aquella décima suya, que en toda ocasión pudiera darla entre sus más *cultísimas* muestras el inquieto beneficiado cordobés:

Nace el bruto y con la piel

que dibujan manchas bellas
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel),
cuando atrevido y cruel
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto;
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?...

Decía muy bien de Quevedo, aunque abrigaba la opinión de que su mucha inquietud había perjudicado en la seriedad de su obra, puesto que el pueblo le profanaba sin llegar a comprender la parte seria de su labor.

—Y tenga por cierto vuesa merced —me decía— que según avance el tiempo, será mayor este divorcio entre aquel gran hombre y el vulgo, y no entienda que al decir vulgo me refiero a la gente baja e indocta, que también hay vulgo entre los príncipes.

Para Alarcón tenía tan gran respeto como indiferencia mostraba por Tirso de Molina; decía de aquel que era el primer maestro de hacer comedias, y que solo la envidia y el rencor pudieron rendirle; al segundo le tenía en poco por el rebajamiento que en todas sus obras hace de la mujer, siendo él, por su condición eclesiástica, quien más debiera defenderla, y no pasarlas a la escena por el tamiz del confesonario; este era defecto que también le achacaba a Lope.

—Yo de mí sé deciros —continuaba con verdadera exaltación— que desde que visto estos hábitos, para nada se me ha acordado de que el tribunal de la penitencia es gran depósito de culpas, donde se vacían pasiones, se arrojan pesadumbres y se recogen consuelos, y así no hice nunca traslado de las almas a los puntos de mi pluma.

Don Fernando era testigo de estas visitas, y de ellas se holgaba tanto como yo.

Curioseando en la pacífica vida del gran poeta, llegamos a saber cómo trabajaba, y por ser cosa que no deja de tener curiosidad, pues siempre interesan las vidas de los grandes hombres, tengo que dejarlo asentado en este memorial de mi vida. Lo único que me pesa es no poder trasladarlo con el humilde gracejo y elegante sencillez que tenía el señor don Pedro para hablar de sí mismo; pero allá va como Dios fuere servido, que mi intención no puede ser más loable y devota.

Algo de la vida humilde que llevaba D. Pedro Calderón de la Barca en los años de su gloriosa vejez, y su muerte ejemplar

Apenas reposara un poco la cena (que de ordinario se quedaba en frugalísima colación) y diera gracias a Dios por la merced que otorga con no dejar de darnos el pan de cada día, se retiraba su reverencia a la soledad de su estudio, y una vez en aquella apartada estancia, ya de manera alguna se acordaba de las miserias de este mundo, sino que se metía de lleno en la dorada y culta república de las Letras.

Despyés de que pusiera en orden las ideas agrupándolas apretadamente en torno a la comedia que traía a medio tejer en los privilegiados telares de su ingenio, tomaba la pluma y reanudaba su excelsa labor.

Decía que para no distraer la vista y con ella la imaginación del trabajo en que se empleaba, tenía el aposento desnudo de todo adorno, y aun en la mesa no había más sitio que el preciso para colocar el pliego que escribiera y acomodarse él con no mucha holgura.

Como ya contaba muchos años, aunque aún tenía lozana la mente, tardaba mucho en cincelar los maravillosos versos, porque los meditaba y los pulía con mucha parsimonia.

Así como un pasaje quedaba redondeado a su gusto, lo leía con voz alta y grave, regodeándose y complaciéndose en su lectura.

Y, ¡cómo entiendo que hasta las mismas paredes del aposento debían de tomar gusto y satisfacción cuando entre ellas se perdiera el eco de rimas tan rotundas y floridas como las de *El Alcalde de Zalamea*, que también se llama *El garrote más bien dado*, o aquel bellísimo soneto a unas flores, que puso en *El Príncipe constante*:

Estas que fueron pompa y alegría despertando al albor de la mañana, a la tarde serán lástima vana durmiendo en brazos de la noche fría.

Ese matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana
será escarmiento de la vida humana.
¡Tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron;
cuna y sepulcro en un botón hallaron.
¡Tales los hombres sus fortunas vieron!
En un día nacieron y expiraron
que pasados los siglos horas fueron.

Cuando el día comenzaba a clarear, dejaba su merced la pluma, y despabilando por vez postrera la cansada mecha del velón buscaba más satisfecho que rendido el grato camino de la alcoba.

Pausadamente comenzaba a desnudarse y mientras tanto rezaba sus devociones rebozándolas impensadamente con el recuerdo de la última escena que dejó escrita.

Muchas veces le acaecía que en este repaso general, advertía algún tropiezo, y tomando de nuevo el velón acudía a subsanarlo.

Cuando ya por entero entraba en el blando reino de las sábanas blancas era día claro por toda la Corte de las Españas.

***

Como esta labor intensa durante la noche hasta más allá de las fronteras del alba le arrojaba con mucho placer en las dulzuras del sueño, tuvo que rogar al párroco de Santa María que le trasladase a la una la misa que acostumbraba a decir a las nueve, y el buen

clérigo, que era muy aficionado a los versos de Calderón y sabía hacerse cargo, no tuvo inconveniente en concederle tan sencillo favor.

Aunque el devoto menester de don Pedro era el último, solía tener más devotos que todos los anteriores. Acostumbraban a oír su misa los más de los ingenios cortesanos y muchas damas de la nobleza.

La sola persona que no miraba bien esta mudanza de horas era el sacristán de la parroquia, hombre viejo, impertinente, zafio, romo de entendimiento y malhumorado.

No había cosa que tanto le incomodara como esperar al glorioso anciano, pues además de que la hora se le hacía insufrible, por ser la postrera de su obligación, como su merced tenía muy alto concepto de la conciencia sacerdotal, oficiaba con mucha mesura, por hacer más solemne la ceremonia del incruento sacrificio.

Cuando, ya pasadas las doce, guardaba el recado del ministro que había oficiado a tal hora y prevenía el de Don Pedro, todo era denuestos y porvidas, sin darse punto de sosiego en mirar al reloj que estaba sobre la misma puerta de la sacristía.

—«Un cuarto de hora falta para ser la una y aún no ha venido el viejo —decía—. Como se pasa la noche haciendo coplas y romances, ha de estarse la mañana muy patitendido. ¡A fe que, si yo fuera el señor Obispo, o siquiera el provisor de la diócesis, ya le daría coplitas, ya!»

***

Sonando en el reloj del Salvador los tres cuartos para la una salía su merced de su casa y calle Real de Santa María abajo se encaminaba a cumplir su menester en la parroquia.

Era cosa de mucha edificación y simpatía así por parte de los grandes como de la gente menestral y plebeya el ver con cuánto respeto y profunda pleitesía le hacían paso.

El viejecito insigne correspondía con mucha humildad a la deferencia de las gentes, dando a los muchachos a besar su diestra y quitando el sombrero a los mayores.

Muchos eran los que echaban tras él por tener la honra de oírle decir la misa.

En la sacristía producía muy otra emoción que en la calle.

Con malas maneras le recibía aquel bárbaro mayordomo de los santos y aun se le permitía alguna descomedida reticencia.

Hubo una mañana en la que parece que a tanto llegó el enojo del insolente que don Pedro hubo de acordarse de que cuando mozo no fue nada sufrido para aguantar insolencias, miró muy fijo al bellaco y le replicó de esta suerte: —Cuando yo era soldado en los ejércitos del Rey, era con mis superiores más humilde de lo que vos acostumbráis a ser conmigo, y nunca me atreví a tratarles por igual, ni ellos me lo hubiesen tolerado. Curad, pues, de que no se me olvide un día que llevo ropas talares, pues, ¡Vive el cielo!, que se os acabe la insolencia.

Pero presto vino en acuerdo de que era ministro del Señor y se le desvaneció el enojo como nube de verano.

Y ello quiso ser a tiempo en que el mal educado sacaba las vestiduras, pero tan confuso por la inesperada réplica, que enganchó en un clavillo una puntilla del alba y la rasgó toda. El buen licenciado, por consolar al aturdido y quitarse asimismo la pesadumbre del enfado, le dijo en tono muy festivo y gentil:

—Ved aquí cómo de trascordado os pone la cólera, que confundís las horas, me reprendéis porque vengo tarde, y aun vengo al romper el alba...

**

Una tarde no fue don Pedro; pensé que como estaba dando de mano a un auto sacramental que iba a representarse en los carros del Corpus de aquel año, se habría quedado a terminarlo, puesto que estaba próxima la solemne festividad.

Tampoco fue a la siguiente, ni en el resto de la semana, y ello ya me alarmó sobremanera; envié a preguntar y supe que el insigne viejecito había sufrido una caída que le dejó muy mal parado.

En persona de algunos años menos, ciertamente que no hubiera tenido gran importancia; en el venerable creador de *El Alcalde de Zalamea*, degeneró en una parálisis parcial que fue recta y segura senda para la otra vida.

Ya no volví a verle.

Don Fernando me tenía enterada minuciosamente del proceso de la enfermedad.

Cuando vio su merced que su mal no tenía remedio, dispuso sus negocios temporales como a todo buen cristiano corresponde.

Llamó al escribano Juan de Burgos y otorgó testamento a 20 de mayo de 1681, cinco días antes de asistir al lugar que por derecho le correspondía en la Gloria.

Reclinado en un amplio sillón y teniendo enfrente al escribano, dictaba Calderón sus disposiciones postreras, y no parecía sino que cada párrafo era resumen de su vida pasada.

Trató en el primer folio de su entierro, y según la severidad y sencillez con que dispuso que fuese llevada a cabo la cristiana ceremonia, se diría que pugnaba por acallar con este silencio los vítores con que grandes y plebeyos le habían premiado las flores del ingenio.

Trató de las mandas y dejó por mayor heredera a la Congregación de Sacerdotes naturales de Madrid, y el gran número de misas que dejó mandadas para bien y descanso de su alma se le representaron sin duda las tempestades de su mocedad.

Trató de legados y propinas y se acordó de los fieles servidores que habían sido testigos de su íntimo vivir y máquinas vivientes de su voluntad.

El 25 de mayo, domingo de la Pascua de Pentecostés, siendo las doce y media del día, murió con la tranquilidad del justo.

Al día siguiente se hizo el entierro, que fue por todo extremo humilde.

Iba el cuerpo de don Pedro vestido con los hábitos sacerdotales, bajo los que llevaba el tosco sayal de San Francisco.

Por sudario le valía el hábito capitular de Santiago, de cuya Orden era caballero.

Formaban el acompañamiento, según su postrera voluntad, doce religiosos de la Venerable Orden Tercera, doce sacerdotes de la Congregación con cruz alzada, doce niños de la Doctrina y otros doce de los Desamparados.

Llegó la fúnebre comitiva al Templo del Salvador, y cantada que fue la vigilia por el coro de capellanes, se dio sepultura al cuerpo en la bóveda de San José.

Nació su merced con el siglo y si no se fue con él como la dinastía austríaca, bien hasta las lindes del postigo le hizo compañía.

Con don Pedro Calderón de la Barca se fue a la mansión de la inmortalidad aquel oro puro que embelleciera dos centurias y diera tantos bienaventurados y venerables a la religión de Apolo.

Puede decirse que los ingenios que quedaban —todos podían tutearse como rufianes— eran tierra seca y baldía.

Con mi capellán se perdía la llave del cofrecillo de sándalo en que se encierran las más ricas joyas del Teatro español.

Le mandé decir veinte misas en el mismo altar en que él solía celebrar la suya, y como homenaje a su nombre imperecedero, hice voto literario de firmar estas páginas con el título de una de sus más bellas comedias: *La dama duende*.

Particularidades matritenses

La primera tarde en que pude salir a orearme de tan larga enfermedad, me envió la Reina un coche de Palacio. Era cosa notable por el lujo, y se asemejaba algo a los que se ven en la corte de Francia.

Era una carroza cerrada, con cristales, pero pesada y estrepitosa en extremo, pues al rodar sobre los puntiagudos guijos de la Villa no se pensaría sino que rodaba un formidable tren de artillería.

En el interior había una cornisa dorada, casi tan grande como la de un aposento, y todas las molduras estaban forradas de oro, privilegio que solo es otorgado en España a los Embajadores y a los nobles extranjeros.

Las cortinas eran de damasco.

El cochero montaba sobre la caballería de mano del tronco delantero.

Formaban el tiro seis orondas mulas que no las tuviera mejor un Arzobispo.

Pregunté cómo no era aquí uso el que el cochero fuese en el pescante, y me respondió mi esposo que así era antaño y él lo había conocido, pero que se suprimió en tiempos del Conde-Duque de Olivares, porque su cochero divulgó cierto secreto de Estado que Su Excelencia iba tratando con el presidente del Consejo de Castilla.

Los tiros son de seda y cuerda y sumamente distantes uno de otro; esto obliga a que en las calles sea forzoso el ir al paso, pero en campo abierto pueden tomar grandísima celeridad. También esto que llaman tiros largos es privilegio de la nobleza.

Bajamos al Soto del Manzanares, que es sitio ameno y fresco, situado en la margen de este pobre río sobre el que han llovido más sátiras y vejámenes de los poetas que aguas de las nubes y de la sierra.

Pude apreciar, y lo dije a mi marido, que Madrid no tiene murallas ni defensas militares, a lo que me respondió que tampoco las necesitaba, porque sus mejores baluartes son las cresterías y sinuosidades de Guadarrama.

***

Los lugares más concurridos de la devoción matritense son las iglesias de la Victoria, El Buen Suceso, San Felipe el Real y las Calatravas, aunque bien puede asegurarse que más devotos acuden a las lonjas que al interior de los templos.

Los españoles tienen la devoción por norma, y son, en verdad, los más desalmados herejes que he visto en parte alguna, pues ni rezan, ni asisten con recogimiento a la misa; con el hecho mecánico de acudir ya piensan que han cumplido con Dios, si no es ya que solo lo hacen por fuerza de la costumbre adquirida.

En las iglesias suele ser donde conciertan y mantienen los martelos, donde van a verse y murmurar de vidas ajenas, discutir de modas y telas; en fin, que las iglesias valen para todo lo contrario que para el devoto fin a que fueran consagradas.

Muchas mujeres, sin ser religiosas de monasterio, llevan colgando de la cintura un larguísimo *rosario* que casi arrastra por el suelo. Re pasan el devoto adminículo entre los dedos en todo momento; cuando enamoran, cuando murmuran, y aun tengo para mí que cuando pecan en el deleitoso campo de las sábanas.

Devoto hay que piensa hacer una muerte y se confiesa de ella con oportuna anticipación.

La seguridad por acá anda tan mal como en París.

En menos de quince días se han registrado ciento veinticinco asesinatos entre la Puerta de Sol y la Platería.

La policía vale muy poco porque es medrosa y está mal pagada.

Cuando es hora de encender luces, es peligrosísimo el estar fuera de casa. Cada vez que a mi marido le anochece fuera de ella me dan ahogos de viuda.

(Aquí acaba la primera parte).

SEGUNDA PARTE

Los alcázares del Rey.— El palacio viejo

La mansión en la que moran los monarcas de España no ofrece por fuera particularidad alguna notable.

Es de tan sencilla apariencia y pobre ornamentación que no parece sino uno de tantos casuarios como forman esta gran aldea que es capital del reino.

Ni aun puede decirse que el tamaño venga a salirle por fiador, ya que no disfrutan mucha menos extensión el palacio del Duque de Osuna, en el alto que llaman de las Vistillas, el de Medinaceli (que antes fue Duque de Lerma) en la bajada del Prado, y el de Uceda, al fin de la calle real de Santa María.

Lo mejor que tiene el Alcázar es el emplazamiento, pues está situado en la margen izquierda del *Manzanares* («Arroyo aprendiz de río», le dijo en una de sus desenfadadas sátiras don Francisco de Quevedo) y tiene por fondo las magníficas arboledas de la *Casa de Campo* y los nevados picachos de Guadarrama.

Los aposentos son amplios en demasía, pues más que habitaciones se diría que son patios cubiertos.

Las galerías y corredores son verdaderos laberintos, que por angostas y empinadas escaras acaban en los terrados donde como en una pequeña ciudad se agrupan las viviendas de la plebe palaciega, o en los oscuros y húmedos sótanos donde a su vez cruzan pasadizos secretos que van a dar a la otra parte del río y a los monasterios más próximos como son la Encarnación y Santo Domingo el Real.

En uno de estos corredores parece que fue encontrado el soberano cierta noche que en un momento de lucidez (espacio fugaz como el que separa el relámpago del trueno) quiso libertarse de la perniciosa tutoría de su madre y de la influencia inquisitorial del P. Everardo.

Aquellos intestinos del Alcázar parece que datan en su mayoría de los tiempos de Felipe II, y no parecen sino un símbolo de la política tortuosa y sombría de aquel soberano; los otros fueron abiertos de orden de su hijo y sucesor en el trono, monarca tan abúlico, muelle y devoto que al decir de un satírico y cortesano ingenio, gobernaba los destinos de esta desventurada nación, digna en todo de mejor suerte, tumbado en una cama, teniendo un crucifijo en una mano y un naipe en la otra.

***

Los cronistas de Madrid más autorizados, como parece que son Fernández de Oviedo y los clérigos López de Hoyos y Jerónimo de Quintana, cuyas obras circunstanciales gozan de mucho favor y predicamento entre los eruditos de la Corte, dicen que fue en tiempos del bastardo don Enrique de Trastámara cuando se dio principio a esta fábrica, pero no como Alcázar de la Corona, sino como fortaleza de la Villa.

Don Juan I parece que le dio alguna más importancia, y al conceder a León V de Armenia el señorío de Madrid y permitirle vivir en esta Villa, parece que el tal prócer reedificó las derruidas torres y tomó una de ellas por estancia.

Gran cosa es que la urbanización de las ciudades esté sujeta al capricho de los soberanos, como si ellos, por ser quien plugo a Natura que fuesen, ya tuvieran que entender en todo, y cuántos hay sobre las páginas de la Historia que no saben ni aun el oficio en que nacieron.

Intervengan ellos o no personalmente en las obras públicas de sus Estados, lo cierto es que así los edificios como las calles parece que toman el sello de la monarquía en que fueron trazados.

¿Habrá quien, viendo el maravilloso Alcázar de Toledo, no perciba en aquella esbelta fábrica la huella señoril del César y quien, contemplando el austero monasterio de El Escorial, pueda atribuir su fundación a otro monarca que al fanático, al reconcentrado, al impenetrable Felipe II?

Los jardines de Aranjuez y de *El Buen Retiro*, ¿no tienen todo el espíritu galante de Felipe IV?

Enrique III, a quien por su poquedad de ánimo y de salud apellidaron *El Doliente*, no solo tomó por vivienda el Alcázar en algunas ocasiones, sino que celebró en él sus bodas, con la infanta Doña Catalina y recibió en sus cámaras a los embajadores del Pontífice, los reyes de Francia, de Aragón y Navarra, y con tal afecto miró la fortaleza, que mandó hacer en ella importantísimas obras, tales como la construcción de fortísimas torres, fundando, además, para su recreo y esparcimiento, el Real sitio de *El Pardo*, distante de Madrid dos leguas.

También el cuarto Enrique fue huésped del Alcázar y en él dispuso muy ostentosas fiestas para festejar a su dama Doña Guiomar de Castro, sacando de una de ellas la hermosa favorita azotado el rostro por la mano celosa de la Reina Doña Juana de Portugal.

En una pieza de esta regia mansión vino a la vida aquella infanta infeliz tan traída y llevada por la murmuración y a quien el vulgo soez dio en llamar *La Beltraneja* y fue amarga pesadilla de los Católicos Reyes Isabel y Fernando. Estos monarcas, en las cortas etapas que estuvieron en Madrid, gustaron más de las casas de don Pedro Lasso de Castilla, que están en la plaza de la Paja. En otras ocasiones se acomodaron en el Alcázar, pero nunca fue por mucho espacio.

Carlos I fue quien mandó acomodar la vieja fábrica de forma que fuese digno y cómodo aposento de la Corte y monarquía de España, pero tampoco él hizo asiento en ella, puesto que habitó el palacio cuyo terreno ocupa hoy el monasterio de las Descalzas Reales que fundó la infanta Doña Juana, su hija.

Desde entonces hasta ahora ha sufrido el Alcázar tan notables alteraciones, que de su antigua condición solo conserva algunos torreones en las partes del Norte y poniente que dan al Campo del Moro.

Las habitaciones reales están amuebladas con inusitada riqueza; hay en ellas verdaderos tesoros de arte, figurando entre los más valiosos un lienzo de Miguel Ángel, que representa *La Oración en el huerto*, por el cual es fama que pagó Felipe IV cinco mil doblones.

La tapicería flamenca también tiene maravillosos ejemplos y las paredes sustentan la más bella colección de pinturas que se ha visto en ningún otro palacio de Europa.

Los techos están pintados por Lucas Giordano.

La traza del edificio se debe a los arquitectos Covarrubias y Vega.

Los Consejos y covachuelas del Estado están en el patio central.

Este Alcázar es el que pudiéramos llamar de invierno. El de verano, que fue el preferido por Felipe IV, está en la otra parte de Madrid, rodeado de magníficos jardines que son maravilla de la corte.

El Buen Retiro

Aunque sea a vuelapluma, no quiero dejar de decir algo de esta otra mansión regia, por ser una y otra escenarios de mi vida cortesana, mientras asistí en la servidumbre palatina hasta que Dios fue servido de llevarse a mi ama y señora Doña María Luisa de Orleans (q. g. h.).

Dicen que el verdadero fundador de este lindísimo vergel fue Felipe II, que, gustando de retirarse durante algunas épocas del año, como la cuaresma, a una estancia que por allí tenía a la que llamaban el *cuarto*, la hizo rodear de jardines a la manera de los que su esposa Doña María disfrutaba en Inglaterra.

Años más tarde, después de haber estado en el mayor olvido durante el reinado de Felipe III le pareció bien al Conde-Duque de Olivares, para dorada jaula de su abúlico rey, y determinó aderezar el deleitoso lugar convenientemente. Quedó, pues, habilitado como parque real el año de 1630.

Fue la primera obra la de ampliar los jardines, en torno a una casa en la que se guardaban rarísimas especies de aves, traídas de los más remotos países a la cual llamaba el vulgo *El gallinero*.

Por real cédula trocó este nombre por el de *El Buen Retiro*.

Tan bien acogió la Villa esta fundación para el esparcimiento de Su Majestad y cumplió lo que en la cédula se le mandaba respecto a no llamarla como tenía por costumbre, que dio generosamente veinte mil ducados para las obras.

La inauguración tuvo lugar la noche de San Juan de 1631.

Famosa por todo extremo dicen que fue la fiesta, y acaso la más costosa de cuantas se celebraron durante aquel frívolo reinado, en el que no había dinero para pagar al Ejército, en el que la Agricultura y la Industria estuvieron a punto de fenecer del grave mal de tributos, impuestos y cargas y se derrochaba a manos llenas en comedias y monterías.

Lope, en *La Vega del Parnaso* y en aquellos versos que llevan por título «A la primera fiesta del Palacio Nuevo» cantó las amables y alegres jornadas de aquella noche, e hizo minuciosa y poética relación de los espléndidos regalos que repartió Olivares entre las damas que asistieron al festejo.

En el estanque grande se han representado muchas comedias de nuestros más preclaros ingenios, y en una de ellas, tengo entendido que fuese la de *El mayor monstruo, los celos*, de Calderón, se incendió la balsa que valía por escenario, y a dichoso milagro se tuvo el que no acaecieran numerosas desgracias.

¡Oh, si aquellos árboles hablaran! ¡Qué de apostillas galantes y divertidas podrían poner al margen de la Historia rígida, seca y ceremoniosa con que se quiere representar a los reyes ante la posteridad!

No acabaré esta brevísima evocación de *El Buen Retiro* (del que tan buenas cosas me dejo en el tintero por andar escritas en relaciones particulares), sin trasladar una leyenda galante, pero falsa, a mi juicio, que me contaron los pasados días, paseando bajo aquellas bellísimas frondas.

Pinta muy bien el carácter literario español.

Parece una escena de las comedias que por acá llamamos *de capa y espada*.

***

Junto a un lindísimo estanque que llaman de las Campanillas, por las que cuelgan de cierta torrecilla chinesca que hay en el centro, se yergue un hermosísimo ciprés: le dicen el ciprés de Villamediana.

Cuenta la leyenda que al pie de este bello arbusto solían verse al caer de las tardes la Reina Doña Isabel y el galano y apuesto Conde.

Tenían este sitio por más seguro para sus entrevistas que las cámaras y aposentos de Palacio, que entonces, como ahora, siempre están bajo el peso de la curiosidad y la intriga.

A tales horas, mientras el Rey se holgaba muy a su talante y gusto cazando inocentes ciervos o bravos jabalíes en el monte de *El Pardo*, o entretenido con las gracias y donaires de alguna famosa comedianta, la bella soberana paseaba por el jardín sin otra compañía que la de un pajecillo demasiado muchacho para cumplir su menester con la debida etiqueta.

En cuanto se alejaban un poco de Palacio, le consentía Su Majestad que se fuera con sus camaradas y ella se encaminaba sola al lugar de la entrevista amatoria, en donde ya esperaba el galán y maldiciente poeta.

Aunque ellos pensaban hacer esta bellacada con todo secreto y sin más testigo que el celestinesco ciprés, acaeció que el Privado, que ya estaba sobre aviso y era enemigo mortal de ambos delincuentes, de la Reina, porque desde que era Princesa de Asturias no le consentía, y de Villamediana, porque de continuo le flagelaba con atrevidas y desvergonzadas sátiras, meditó la muerte del osado Conde.

Una noche, cuando ya los enamorados se despedían, apareció de improviso una cuadrilla de malandrines que cerró a estocadas con el galán. Ni toda su bravura ni su mucha destreza valían de nada contra cuatro hombres recios, viles y bien pagados.

Doña Isabel de Borbón, como todo lo viera perdido, comenzó a gritar:

—¡Favor! ¡Auxilio! ¿No hay quien dé amparo a la Reina?

De una espesa calle de árboles se destacó un favorecedor.

Desenvainó la espada y se terció la capa, y pasando ante la soberana sin hacer muestra alguna de respeto dijo, mientras corría torpemente hacia el grupo en que el apurado Don Juan de Tassis se defendía de los asesinos.

—Señora, un caballero es el que necesita auxilio, que no vos.

Y metiéndose a puras estocadas en lo recio de la pelea, se puso al lado del Conde, y a dos mandobles que le prestó de refuerzo quedó el campo libre de malhechores y aun hubo alguno que se retiró con los cascos rotos.

Tan pronto como Villamediana se vio libre miró quién fuese su providencial defensor.

Cuando le hubo reconocido no pudo ni acertó a hacer más que tenderle la diestra diciéndole:

—¡Gracias, Quevedo! No olvidaré nunca que os debo la vida; yo quisiera que vos sí lo olvidaseis.

Saludó graciosamente don Francisco, sin hacer ademán alguno de pleitesía al volver a cruzar ante la Reina (de esta manera quería dar a entender que no la había reconocido).

Tal es la leyenda que, si como pieza galante es linda, históricamente no puede ser más falsa, puesto que ya dije que *El Buen Retiro*, no fue lugar de preferencia de Felipe IV hasta 1631, y Villamediana fue asesinado en la calle Mayor cerca de su casa, la noche del 21 de agosto de 1622.

**

Como escribo tan deprisa, atropellada por los recuerdos que me vienen en montón a los puntos de la pluma, se me olvidó decir que en el otro palacio estuvo como huésped forzoso Francisco I de Francia, cuando en Pavía fue hecho prisionero por las huestes del Emperador.

Tan gratos recuerdos debieron quedarle de su estancia, que al regresar a su corte de París mandó hacer en el Bosque de Bolonia el magnífico *Chateau de Madrid*.

El Rey

En páginas anteriores hice una leve pintura de Su Majestad cuando fue a Quintanapalla a recibir a su regia consorte; ya entonces no era la estampa muy gentil, pero tenía ventaja muy subida sobre la que goza en Madrid, sobre el fondo natural de la corte y sus habituales costumbres.

Para conocer bien a los grandes como a los pequeños hay necesidad de tratarles en su propio ambiente; en visita todo el mundo procura parecer bien.

Me dieran aquel rey que conocí en tierras de Burgos, que yo le trocara por veinte desdichados como este que se muere de bobo y aburrido en las frondosas riberas del Manzanares.

Carlos II tiene (triste es decirlo) muy poco de monarca, y aun menos de hombre (dicho sea en el sentido más honesto y moral de la palabra).

Su complexión es pobre y raquítica; su carácter débil y sombrío, como la corte que le rodea y la liturgia inquisitorial del país que gobierna.

Como si todavía fuese niño de pocos años, que por sí mismo no puede valerse ni discurrir para su propia atención, está constantemente rodeado de ayos y azafatas.

Ni aun los más íntimos menesteres puede cumplir sin verse libre de la enfadosa tutoría.

Seguramente que muchas veces estará pesaroso de ser quien es, y cuando salga en su carroza por las afueras de la Villa, como es su gusto, mirará con ojos de envidia a esportilleros y gallofos, porque a pesar de su miseria son gente libre que puede campar a su albedrío.

¡Pluguiera a Dios que el nuevo amor de la esposa que le hemos traído de París le fuerce a cambiar radicalmente vida y costumbres, y le dé arrestos para enviar con el diablo a esta feble y lúgubre gentualla que antes tiende a estorbarle los pasos que a dejarle libre el camino!

La Reina Madre

Doña Mariana de Austria, viuda de Felipe IV, sigue reinando en España aun siendo su hijo mayor de edad.

Don Carlos no es más que la pantalla que la encubre.

La misma figura de la augusta señora no la hace nada simpática, ni predispone a sentir por ella otra cosa que el natural y protocolario respeto que es debido a su alta jerarquía.

Es de mediana estatura, desabrida, de modales bruscos, de carácter autoritario y orgulloso; sus facciones son duras y poco agradables; acaso en los años de su mocedad no haya sido enteramente fea.

Viste tocas monjiles.

Más que una Reina parece una abadesa.

Apenas si habla castellano, y cuando a ello se determina lo hace de manera tan oscura y con estilo tan enrevesado que cuesta gran trabajo entenderla.

En todo el tiempo que llevo al servicio de su nuera no la he visto sonreír una sola vez.

No asiste a las fiestas de corte ni aun dentro del mismo Alcázar; lo más que consiente es una breve recepción de los ministros y diplomáticos los días en que hay alguna solemnidad.

Muchas tardes, cuando al caer el sol cruza por las solitarias galerías, parece un espectro que por divina permisión vuelve a los caminos del mundo.

Las jovialidades de mi ama y señora la incomodan de tal suerte, que no tiene sensatez para disimular.

Los pocos que la tratan de cerca dicen que está arrepentida de la boda, y que si estuviera en su mano desbaratarla, ya lo hubiese hecho.

Es tan egoísta, que a nadie cobra afecto; ni aún el mismo P. Nithard, que, según dicen, fue cosa tan *suya*, ha vuelto a reflejarse en su corazón ni acaso en su memoria; por lo menos no se sabe que le haya vuelto a mentar.

Su antecámara difícilmente se ve ocupada por damas y caballeros de la corte; solo privan de continuo frailes, beatas y murciélagos de la curia eclesiástica, como son notarios del obispado, comendadores de las órdenes monásticas y hermanos de las cofradías matritenses.

Padres graves, que tienen fama de grandes teólogos y notables predicadores, los unos orondos y colorados, rellenos como zaques de bodegones manchegos, otros barbudos y hoscos como zaleas, esperando de continuo las audiencias de la Reina Madre.

Gentes de baja estofa y ruines miras suelen ser sus consejeros en el Gobierno.

Desdeña a la grandeza española.

Poetas, artífices y comediantes le son odiosos, y así no gusta de ninguna emoción que le hable al alma.

Un tiempo hubo, desde que quedara viuda hasta poco antes de las bodas de su hijo, que desterró de España y de sus posesiones en Indias el bello arte de las comedias, con cuya absurda y zafia determinación trajo la ruina de infinitas familias y la decadencia de un género literario tan hermoso que ha dado en esta tierra tan maravillosas flores.

Así ha sucedido que como el ingenio no podía dar su fruto sobre el tablado del teatro, tuvo, por dura y forzosa necesidad, que refugiarse en la sátira política y glosa de malas costumbres; de aquí el que esta época haya venido a ser la más fecunda en vejámenes, jácaras y diatribas contra los poderes públicos, no perdonando ni al mismo Rey, cuanto más a los que se encargan de mantener y aumentar la pobreza de su espíritu y debilidad de su cuerpo.

Antes de ahora parece que los ciegos no cantaban por calles y plazas más que las vidas milagrosas de los santos, las hazañas espantables de los facinerosos y los prodigios e influencias de los astros sobre la poquedad de este trozo de tierra en que de tan insegura suerte asentamos la planta, pero ahora dan distinguida preferencia a estas otras en las que se ponen la conciencia de los ministros y la moralidad de Doña Mariana como ropa de Pascua.

No hay sino que pasar los ojos por un papel que tengo a la vista, que se titula «Verdades y mentiras de la Plaza Mayor y Senado de los pícaros».

No se puede ofender con más descaro y descoco, pero parece que a la tal señora todo se le da una higa mientras pueda hacer su capricho y voluntad, los cuales no son otros que proteger a sus paisanos los tudescos. ¡Mala pascua les dé Dios, y sea la primera que viniere!

Aunque por imposición de todo el pueblo fue expulsado el P. Nithard, no se ve palacio limpio de la intriga.

La sombra de Valenzuela

De entre todos los recuerdos del favor que subsisten en este viejo alcázar de la hispana monarquía, el único que parece vivir con más ahínco en la memoria de todos, por haberle conocido, es el de aquel aventurero don Fernando de Valenzuela, que vino a sustituir con mucha ventaja al odiado padre Nithard, que aun en vida de Felipe IV fue el verdadero amo y señor de la Reina Mariana.

Este, por lo que dicen, como hombre mundano, tenía carácter jovial y era gran imán de la simpatía, que por ella y su notable desenvoltura llegó a subir las escaleras de Palacio hasta colocarse en las gradas del trono.

Parece que su merced era un andaluz de gentil donaire, hijo de unos hidalgos rondeños con más pergaminos que dinero.

Había venido a pretender en la corte tomando como primer escalón de sus anhelos al Duque del Infantado, quien le llevó consigo a Roma, cuando Su Excelencia fue nombrado Embajador nuestro en la ciudad eterna. Muy satisfecho de su inteligencia y de la lealtad con que le sirvió, le procuró el hábito de Santiago tan pronto como ambos regresaron a España. De allí a poco murió tan buen valedor, y el mozo Valenzuela buscó el apoyo de aquel a quien tuvo que suceder en el favor de la Reina. Una vez dentro de Palacio, comenzó a poner sitio a la fortaleza que pretendía rendir, comenzando, como dicen por acá, a adorar el santo por la peana. Esto es, requirió de amores a doña María Eugenia de Uceda, la camarista más favorecida por la soberana, y de allí a poco casó con ella y fue nombrado caballerizo de Su Majestad.

Cuando el prelado alemán fue arrojado de España por la voluntad del Pueblo, que acudió a despedirle con denuestos y pedradas, Valenzuela, por mejor captarse la voluntad de Doña Mariana, sirvió de confidente por algún tiempo entre esta y el desterrado jesuita; pasaron los días y teniendo de continuo la viuda de Felipe IV la gentileza y donaire del hidalgo andaluz junto a ella, olvidó pronto al P. Everardo, y se dedicó por entero a su nuevo galán y ministro (todo en una pieza) con gran mansedumbre y pasividad de su azafata preferida.

No es mi propósito, ya que es cosa bien conocida, hacer en este breviario de mi existencia palaciega la historia del desgobierno con que guio los destinos de esta nación noble y descuidada el Marqués de Villasierra (que este título alcanzó el ambicioso intrigante) y sí hacer constar que todavía parece que se nota la influencia de su sombra y de su perdido poder en estas amplias galerías y anchurosas cámaras, y por lo que me ha contado alguna dama de la Reina vieja, aún lleva esta señora consigo una linda miniatura en que está pintada la efigie del perdido doncel, que a la hora de esta dicen que anda desterrado por el archipiélago filipino.

Lo que sí he de relatar, porque es cosa que varias veces me ha contado mi marido, que conoció y aun fue amigo del tal don Fernando, es cómo y por qué vino a caer en desgracia de la grandeza, que es quien le derribó de la alta cumbre en que se había puesto. Al fin, ello es una página más de este reinado deleznable y sombrío en que el fanatismo y la concupiscencia van enlazados en asqueroso y monstruoso maridaje.

Valenzuela (a quien por la espía constante y hábil que en sus principios hacía de la corte llamaban *El duende de Palacio*) no cayó, como Luna, Lerma, Siete Iglesias y Olivares, por hastío de la Corona, sino por la saña de sus enemigos personales y políticos, que quisieron protestar sobre el galán favorito el amor licencioso de la Reina.

Como ya he dicho, este don Fernando no tenía otros méritos para alcanzar el puesto de primer ministro que el ser buen mozo, poseer muy cortesanas prendas y tener un ingenio tan despejado que no pocas veces ciñó en sus sienes el laurel de Apolo escribiendo lindas comedias y gentilísimas rimas.

Llegó un tiempo en que el escándalo comprometió de manera tan grave la dignidad del Trono, que parte de la grandeza decidió quitar la ocasión apoderándose del favorito.

El infeliz monarca, aconsejado por su madre, que veía llegar la tempestad, fue quien, puesto de acuerdo con el Prior del monasterio escurialense, facilitó la huida al caído en desgracia. Ella fue la noche de Navidad de 1676 (hace ahora diez años). Triste nochebuena fue para Su Excelencia.

En la tarde de aquel señalado día recibió fray Marcos de Herrera, prior del famoso monasterio, un papel escrito del monarca que no decía más que estas tres palabras: «Mañana, al amanecer».

Valenzuela salió secretamente de Palacio acompañado por don Alonso de Herreros, oficial de la Secretaría de Estado, única persona que le era adicta en la adversidad. En otro coche esperaban el prior y dos monjes. Les seguía una escolta de veinte soldados. El coche de Valenzuela tomó el camino de El Pardo y el de los religiosos el de Torrelodones.

La noche era de las peores de aquel crudísimo invierno. La lluvia caía a torrentes; los arroyos habían crecido de forma que al vadearles entraba el agua en los carruajes. Después de infinitos riesgos y sobresaltos llegaron al Real Sitio en la tarde del siguiente día.

Aunque pocos favores debió el prior a don Fernando cuando este estuvo en auge, le trató la comunidad con toda suerte de comodidades y respetos. El desgraciado solía consolarse de su malaventura con la charla docta y amena de los religiosos, y con mirar desde las ventanas de su confortable aposento el camino que llevaba a la Corte donde su grandeza quedara por tan entero fenecida...

Distraído estaba don Fernando una tarde con esta grata melancolía, cuando vio aparecer a lo lejos un tropel de gente a caballo; presto conoció que eran soldados y pensando que no otra cosa que su huella podía traerles acudió a cobijarse en el amparo de fray Marcos, quien salió al encuentro de la tropa hasta la misma puerta del monasterio.

Se componía la fuerza de 500 jinetes al mando del Duque de Medina Sidonia, al que acompañaban don Antonio de Toledo, primogénito de la casa, de Alba, el Marqués de Falces, don Luis de Peralta, el Conde de Fuentes, el Marqués de Valparaíso y don Bernardino Sarmiento, capitán de la artillería de Cataluña, que por cierto debía su empleo al mismo a quien venía a prender.

—¿A qué venís, señores míos, con tanto lujo de fuerzas a esta humilde mansión en que todo es paz y mansedumbre? —preguntó el venerable religioso.

—A prender a Valenzuela —respondió rudamente el de Medina Sidonia.

Sin desconcentrarse por la brusquedad, replicó el religioso:

—Y yo le entregaré tan pronto como vuecelencia sea servido de mostrarme la orden firmada por Su Majestad.

—La orden, reverendo padre —contestó don Antonio de Toledo—, la traemos de palabra.

—De esa manera no entregaré el preso, y en ello me ampara el privilegio de asilo que tiene todo lugar sagrado —tornó a decir el fraile.

El furor de los enemigos de Valenzuela fue grande, y se desataron en denuestos contra la comunidad, pero no pudieron hacer otra cosa que cerrar el vasto recinto.

Al día siguiente, después de dar toda suerte de seguridades de que sería respetada la persona de don Fernando, y retirada toda la fuerza, tuvieron con este una entrevista que presenció toda la comunidad, el de Medina Sidonia y el de Alba; no salió en ella muy bien parado el descendiente de Fadrique de Toledo, pues Valenzuela le echó en cara valientemente el encumbramiento que debía a su favor y le censuró mucho el que como pago se prestara a ser cabeza de motín para prenderle.

Medina Sidonia procuraba convencer al exfavorito de que se entregara por su propia voluntad, con lo que evitaría mayores males; pero, escuchando sus justificadas razones contra Toledo, acabó por decir:

—Confieso que si tanto bien se me hubiera hecho, nunca me apartara de vuecelencia.

Viendo que nada lograban por la vía diplomática, miraron si alcanzarían algo más por la de la fuerza, para lo que aumentaron las guardas y colocaron algunas en el interior de los claustros.

Advirtiendo el prior que el peligro crecía por instantes, llevó al perseguido a un escondite seguro, a espaldas de la iglesia, encima del dormitorio del Rey.

Se desesperaron los perseguidores y rompieron la clausura; fulminó fray Marcos sobre ellos todos los anatemas de la Iglesia, pero ni aun así les pudo contener.

Don Fernando, lleno de pavor, oía desde su escondite el ir y venir de sus verdugos y no pensaba sino que su vida se encontraba en los mismos umbrales de la muerte; creyó que estaban a punto de dar con él y acometido de un miedo insuperable intentó ponerse en salvo.

Con la ropa de la cama hizo una cuerda y atándola a una ventana se descolgó por el empizarrado, yendo a parar a uno de los desvanes del templo. De allí salió aturdido al claustro principal, donde se topó con un centinela; a su vista se quedó el infeliz como de mármol, mas quiso la poca ventura que le quedaba que aquel sujeto, un buen hombre y un mal soldado, dejándole libre el paso, le dijo:

—Vaya con Dios vuecelencia, siga este claustro adelante; el santo y seña el *Bruselas*.

Siguió el huido llorando de agradecimiento hasta dar en el dormitorio de novicios, quienes le ocultaron en un camaranchón de la biblioteca, detrás de un cuadro grande; pero, así como poco antes había tropezado con un alma buena, en quien menos podía fiar, dio

después con otra perversa arrinconada en el corpachón pantagruélico de un lego, llamado Juan Rodríguez, que le denunció a don Antonio de Toledo.

Aquella misma noche, que era la del 22 de diciembre de 1677, y tal como fue hallado, a medio vestir, se emprendió el viaje hasta Las Rozas, donde tenía orden de don Juan de Austria de que, sin meterle en Madrid, le llevaran a la fortaleza de Consuegra...

La etiqueta de Palacio

Ya que traigo empleada la pluma en apuntar *cosas* palatinas y bosquejar las principales personas que hacen su farsa en este gran escenario, diré algo de la etiqueta que, según es de ceremoniosa y severa, no se parece en nada a la de Versalles, donde todo es alegre y espléndido, de manera que dentro del respeto debido a la Majestad, no se pierden la magnificencia y el buen donaire; aquí, por el contrario, todo es sombrío y tétrico.

Lo que atañe al servicio de la Reina me parece que menoscaba su propia dignidad. Véase un ejemplo:

La soberana de España ha de retirarse a descansar forzosamente a las nueve de la noche, siendo tiempo de verano, y a las diez en invierno.

Al principio, como estaba hecha a otras costumbres más amplias, no paraba a pensar en este capítulo de su nueva vida, pues con mucha razón pensaba que la hora de acostarse tiene que ser aquella en que se adviertan sobre los ojos las dulces picazones del sueño, pero esto es cosa que aquí no se tiene en cuenta; si está cenando y da la hora precisa en el reloj del Alcázar, sin esperar a más, ni hablarle palabra, se acerca una camarera y comienza a despeinarla en tanto que otra, para no perder tiempo, la descalza por debajo de la mesa. Enseguida la toman poco menos que en volandas, sin dejarla acabar de engullir el último bocado, y la conducen a su alcoba.

Los primeros días protestaba y se resistía, pero sin dejarla de entre las manos la apaciguaban con tales razones:

—Señora, advierta Vuestra Majestad que no somos nosotras, sino la etiqueta de la corte, que lo dispone de esta manera, y así lo vienen haciendo cuantas Reinas ha tenido la Corona de España.

No hay para qué decir que los regios esposos ni comen ni duermen juntos, así es que no hay para qué espantarse de que hasta ahora existan barruntos de sucesión a la monarquía de España, por más de que no faltan rogativas. En pocos casos como este entiendo que tiene justa aplicación el dicho de que a Dios rogando y con el mazo dando.

Aun en las aventuras galantes que se usan por esta corte me dicen que hay rigurosa etiqueta. Cuando el monarca se cansa de una amante es preciso que ingrese en un monasterio, como aconteció con *La Calderona*, famosa querida del monarca anterior.

A propósito de esta *piadosa* costumbre, que también parece seguida en Francia por madeimoselle La Valliére, me tienen referido que gustando Felipe IV de cierta bella dama de su primera mujer, Doña Isabel de Borbón, fue una noche a llamar a la puerta de su aposento.

La tal parece que esperaba la regia visita, porque ya por la tarde en *El Buen Retiro* le había preguntado Su Majestad que por dónde tenía que pasar para dirigirse a su aposento, y la azafata, que no era tonta ni deshonesta, le respondió con mucho donaire:

—Por la sacristía, Señor.

Pues digo que como oyó llamar a media noche, con golpecitos muy pausados y suaves en la puerta de su estancia, como sabía quién era el que pedía hospedaje de amor, respondió por la cerradura de la llave:

—Vaya con Dios, Señor, que por ahora no tengo vocación de monja.

***

El servicio del Rey está atendido por un mayordomo mayor, un sumiller y el primer montero. El primero ordena y distribuye los menesteres palatinos y gobierna la servidumbre; el segundo tiene a su cargo la custodia de la real cámara, y el último dispone las partidas de caza cuando el Rey tiene gusto de emplearse en esta diversión.

Los cargos de gentilhombre son inferiores; llevan como insignia una llave de oro sujeta a la ropilla.

Estas llaves son de tres distintas órdenes: una corresponde al gentilhombre de cámara, otra al gentilhombre sin ejercicio y la tercera, llamada *llave capona*, corresponde a los que no tienen más privilegio ni menester que el de asistir a la antecámara.

Los mayordomos de semana, que tienen los mismos privilegios que los gentileshombres, son segundones de la primera nobleza.

Como su nombre lo indica, cumplen con su empleo semanalmente.

Componen la guarda de Su Majestad tres compañías distintas, que son: la *Guardia flamenca,* o *borgoñona*, equipada por cien alabarderos a las órdenes del Marqués de Falces; la *Guardia alemana*, de igual número de individuos a las órdenes de don Pedro de Aragón, y la *Guardia española*, cuyo capitán es el Conde de los Arcos, que también manda otra guardia especial, llamada de la *Lancilla*, que solo aparece en las grandes ceremonias y en los entierros de las personas reales.

Mucho más podría decir de la etiqueta palaciega, pero tendré que dejarlo porque solo con este tema habría materia para escribir un abultado volumen, y lo que pretendo no es otra cosa que dejar a mis descendientes una breve impresión literaria de mi vida en la corte de Madrid, y tanto es así, que ya se ve cuán poco me detengo en los capítulos que tocan a mis particularidades.

La vida en la corte y elogio de un gran cocinero

Por acá no se hace vida tan bulliciosa como en la corte francesa, aunque ello no quiere decir, ni mucho menos, que los españoles seamos gente huraña y recogida de espíritu a pesar de las fuertes trabas que la religión nos pone.

Se madruga de manera notable; tanto, que quien dando las nueve de la mañana se encuentra todavía ensabanado, ha de ser por enfermo, pues aun la vagancia es aquí

madrugadora, porque no habiendo diversiones nocturnas no tiene motivos para trasnochar.

Enseguida del desayuno es la primera obligación el asistir a misa, aunque ya me parece haber dicho que esto más se hace por costumbre inveterada que por devoción verdadera.

A las doce en punto tocan las *Ave Marías* en todas las parroquias, y suspendiéndose la circulación por unos minutos, los hombres se destocan, las mujeres se persignan y rezan la salutación del ángel; cumplida esta cortesía con la Madre de Dios, tornan a su paso y de allí a poco no se encuentra un alma en la calle, porque todos, como a una orden dada por pragmática real, acuden a comer su olla castellana.

El *cocido* es plato muy sustancioso y de buen paladar, pues que como en zurrón de pobre mendicante, cabe todo lo que se quiera echar, pero así como en invierno es confortable y apetitoso, porque la sopa entona el estómago, y la solidez de los ingredientes que componen la olla refuerza las energías atrofiadas por el frío, en verano se hace insoportable por esta misma fuerza alimenticia. Sin embargo, en casa estamos condenados a cocido perpetuo, porque mi don Fernando es en esto tan español, que, aunque se trastocara el mundo como un calcetín, no renunciaría a estas tres cosas: su misa, su cocido y sus fiestas de toros.

A mí, ¡Dios sea loado!, ninguna de las tres me llevan el humor; la misa, por monótona; el cocido, por pesado, y las corridas de toros, por crueles.

A la hora de comer se cierran los comercios y no se abren hasta después de la siesta, que duerme todo el mundo; en invierno, hasta las dos, y en verano, hasta las cuatro.

A dicha hora de tarde vuelve la vida matritense, y la gente acomodada toma su coche, si lo tiene, y bajan al Prado, donde meriendan sin salir del carruaje yendo después, poco antes de ser noche, a *ruar* por la calle Mayor.

Esto del coche, desde que se vieron los primeros en Madrid, es plaga por la que la generalidad de los españoles se irán al infierno, y esto ya me parece que se ha dicho en muchas comedias. En tiempos del otro rey tanto fue el abuso, que llegó a dosificarse su uso como si fuese veneno; hoy ya no se hace caso, y hasta las verduleras acomodadas no carecen de él.

Los pasados días supe de dos familias que se concertaron para adquirir a medias un carruaje que se vendía de la testamentaría de no sé qué título; compraron el deseado mueble y las codiciadas mulas y se turnaron los días en que tocaba pasear a cada grupo, pero no hallando Cochera ni corral donde meterlo en todo Madrid, tienen el armatoste atado a una reja de la casa y las mulas a pupilo en una posada.

Desde las economías de Oropesa, las damas de Su Majestad no disfrutamos de este lujo con la prodigalidad de antes, y como no vayamos de servicio, a menos de que no lo paguemos de nuestro bolsillo particular, tenemos que ir a pie, pero en buena hora lo diga, y merced a la liberalidad de mi esposo, no soy yo de estas, pues a falta de uno tengo tres carretelas y otros tantos troncos de mulas que dan envidia a muchos títulos del reino. De alguna manera me ha de pagar el sacrificio de comer cocido todos los días.

Los días que no tengo guardia en Palacio, torno del paseo a las siete, y rezando el rosario con la servidumbre (porque no digan y me lleven algún soplo que me pese al aborrecido Tribunal), hago tiempo hasta la hora de la cena.

En Palacio este tiempo no se pasa con tanta ejemplaridad y cuidado del alma, sino intrigando y conspirando en el cuarto de la Reina, aunque Su Majestad no hace muchas confianzas con las damas españolas.

A fe que si yo tuviera aquel carácter entrometido y revoltoso que tenía la nunca bien desparecida Condesa de Terranova, pudiera decir algo de la correspondencia (aparentemente familiar) que mi señora tiene con su augusto abuelo el Rey Luis, pero pienso, como dicen por acá, que bien se está San Pedro en Roma, y el que quiera saber que se vaya a Salamanca.

A las nueve en punto se sirve la cena a los Reyes (ahora ha dado Don Carlos en la flor de comer con su mujer, cosa que hasta aquí era contra la etiqueta, pues los Reyes de España, aunque no con la fastuosidad que los de Francia, siempre han comido solos, con asistencia de la corte).

El monarca tiene gustos muy ordinarios, a los que no puede acostumbrarse la soberana, y así, aunque sentados a la misma mesa, comen distinta vianda.

La Reina, a la francesa; el Rey, a la española. Comienza con una sopa de ajo fuertemente sazonada, y para acompañarla se engulle un manojo de cebolletas en aderezo picante; de segundo plato, suele comerse un trozo de pierna de carnero lardeada, que también lleva su buen porqué de cebolla y salsa de ajo; sigue un plato de ensalada, para hacer lugar a alguna trucha que no hace medio día que triscaba por las revueltas aguas del Jarama, y acaba con un arroz con leche tan cargado de canela que trasciende desde las puertas de Palacio, y aun hay veces que cierra con un queso fuertísimo y podrido, que llaman *Cabrales*, y es muy parecido al Roquefort de Francia.

Parece que en las cocinas del Alcázar aun se sigue guisando según las recetas que dejó compuestas de su mano Montiño, famoso artífice y jefe de las cocinas palaciegas en tiempos de Felipe III.

Este hombre tan notable por su maestría en la ciencia culinaria como por su vida pintoresca, vive aún en el recuerdo de la gente palaciega y, sobre todo, en el de la de escaleras abajo, se cuentan de él maravillas, pues parece que su humilde cargo no le quitaba el ser hombre de corazón y de hidalgas maneras.

Un mayordomo, cuyo padre sirvió en Palacio en los tiempos de este personaje, y por el que guarda notable simpatía, pues dice que le conoció ya viejo y retirado de su menester, me ha dejado un notable libro de cocina compuesto por el dicho Montiño.

Está muy cultamente escrito, y es amenísimo, más que por la parte recetaria, por las curiosidades que contiene.

En el capítulo primero de su obra dice cómo se ha de tener gobernada la cocina, y en verdad que si, como es de esperar, tal estaba la suya, sería una gloria el entrar en ella, pues que por todas partes brillaría la limpieza y buen orden, y no como se tienen la

mayoría que yo he visto en Francia y en España, que se hace fuerza creer que puedan ser covachuelas del estómago.

Tal predica la limpieza en su dicho tratado, que dice que los oficiales y aprendices tienen que ser galanes y de buena estampa, porque con esto andarán limpios y lo serán en su oficio.

¡Bien haya la buena memoria de Francisco Fernández Montiño (que así se llamó el buen artífice de los guisos), que con su pulquérrima teoría hizo que se pudiera comer sin que la repugnancia viniese a estorbar el apetito!

Cómo rezan las españolas

Mi marido, don Fernando de Pimentel, a quien por lo poco que entrometo en esta relación pudiera creer algún malicioso (dado que este cuaderno cayera en la gente de librería) que le tengo en olvido, me ha presentado a la gente más notable de la corte y he tenido el placer de haber sido tan bien recibida por la grandeza como por la alcurnia y rango de mi casa tengo merecido.

Aunque soy española de la más rancia estirpe castellana (como tengo dicho en la primera parte de estas páginas), me cogen enteramente de nuevo las particularidades de mi patria.

Aquí se tiene por más imprescindible la devoción que la obligación, con lo que se vuelve por pasiva el dicho popular que tanto se usa en esta tierra.

También acerca de esto me parece que dejo dicha alguna cosa, pero la materia es tan pertinaz, que pienso que no peco en remachar el clavo.

El primer templo a que me llevó mi marido, cuando salí de aquella enfermedad que me tuvo tan a las puertas de la otra vida, fue San Felipe el Real, que está a la entrada de la calle Mayor, y es la iglesia más visitada de toda la Villa.

Antes que por la santidad de su empleo, es preferido este establecimiento de la devoción matritense por sus famosas gradas, que son no solo la gaceta de España e Indias, sino de todo el universo.

Si algún otro lugar sagrado le ofrece competencia, es el de Nuestra Señora de la Victoria, que está en el lado opuesto, pasada la Puerta del Sol, entrando en la Carrera de San Jerónimo.

San Felipe tuvo su fundación en los tiempos de Felipe II, y fue ocupado por los religiosos de la Orden de San Agustín.

Tiene por vecindad inmediata la casa de los Condes de Oñate, en donde está puesta la estafeta del Correo.

Desde los tiempos del otro Rey parece que se vienen mostrando a la admiración de las gentes las muestras del genio pictórico de la corte, y así han tenido allí su primera pleitesía popular los lienzos de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Martínez del Mazo, Pareja, Carreño y tantos otros como son astros con luz propia en el templo del arte hispano.

Allí dicen que se mostró los años pasados una notable pintura del artífice peregrino de las Purísimas, que representaba al gran padre del yermo, San Jerónimo, azotado por los ángeles. Al pie del lienzo, como leyenda explicatoria, se leían estos versos:

Porque a Cicerón leía,
fuertes azotes le dan
los ángeles a porfía...

Vio el cuadro y leyó estas palabras don Francisco de Quevedo, y con su ático y mordaz ingenio, y ante el regocijo de las gentes que le acompañaban, completó de esta suerte la quintilla:

¡Ira de Dios, qué sería
si leyese a Montalván!

Por lo que me han contado de algunas aventuras moceriles de don Francisco, de esta misma manera le trocó una redondilla en quintilla cierto fraile de aquellos que pinta el desenfadado arcipreste de Hita, y cuya casta no se ha perdido ni se perderá mientras existan cogullas y cerquillos en el mundo.

Parece ser que el inmortal autor de *Los Sueños*, y de las travesuras del Buscón don Pablos tenía trato con cierta hermosa pécora, que fingiendo admitirle a él solo en las *batallas de amor en campo de plumas*, que dijo Góngora, hacía luego penitencia con un reverendo padre de la Merced.

Para dar tiempo al relevo, cuando sonaba el toque del ángelus en la próxima iglesia, se daba maña la buena moza para dejar al poeta. Este a tres veces que se repitió el caso, entró en sospecha, y se puso a la espía para averiguar la causa.

No tardó mucho en aparecer su reverencia, que embocó muy serio y cachazudo en la casa del pecado.

Mohíno se apartó Quevedo, y desengañado; pero como la moza era de la mejor carne de falda que por el entonces había en Madrid, no tuvo fuerza de voluntad para dejar de ir al día siguiente.

Porque le estaba bien a su negra honrilla, no dijo palabra de lo que viera en la tarde anterior, y como sonaron las Ave Marías y le despidió la coimilla, obedeció en silencio.

Cuando llegó al portal pensó en querellarse literariamente, que es como mejor le cumple a un hijo predilecto de las musas, y sacando un lapicillo escribió en uno de los lienzos de la pared:

Mal cuadra, señora mía,
mal cuadra al recato vuestro
cerrar al *Ave María*
para abrir al *padre nuestro*.

Y se fue pensando en que acaso cuando leyese la aludida, cayese de su fraile quedando solo para su poeta.

Mas cuando acudió al día siguiente, al entrar en la casa miró lo primero por la redondilla y se halló con que había crecido en un verso, que no dejaba de estar bien y hasta daba más claro sentido; decía así toda entera:

Mal cuadra, señora mía,
mal cuadra al recato vuestro
cerrar al *Ave María*
para abrir al *padre nuestro*,
que da el pan de cada día.

***

Dado este descanso entretenido de cuya verdad histórica no me comprometo a valer por fiadora, vuelvo a la devoción de las españolas, de quienes puede decirse, sin temor de hacerles agravio ni sátira, que rezan a la buena de Dios, sin menester guía espiritual de su conciencia.

El devocionario es cosa que les estorba.

Hará dos o tres tardes, en una recepción de la Embajada francesa, me refería cierto caballero de aquella nación, que estando cierta mañana de estas oyendo misa de once en San Ginés, seguía las diversas ceremonias en las páginas de su breviario, y cuando más adentrado y recogido estaba en su devoción, se le acercó muy colérica una vieja y arrebatándole el libro violentamente le dijo estas descompuestas palabras:

—A la iglesia, señor hereje, se viene a rezar, pero no a distraer la devoción dando mal ejemplo a los fieles con la lectura de libros obscenos.

Aquí es uso corriente el oírse diez o doce misas como si se bebieran un vaso de agua, pero sin que la verdadera devoción inquiete los espíritus, porque el pensamiento suelen tenerlo distraído a muchas leguas del amor de Jesucristo.

Muchas devotas hay que antes de que se abran los templos ya están esperando en la puerta; se pasan la mañana toda como espectadoras, que no como forzadas de verdadero misticismo, en tanto que el cuidado y gobierno de su hacienda anda, como dicen, manga por hombro.

La iglesia suele ser pretexto para el pecado, sin que el solo dueño de ella se escandalice ni enfade porque en su misma casa vengan los mortales a tomar pasaporte autorizado para el infierno.

Sin duda que Su Divina Majestad dice echando mano a la socarronería castellana:

—Dejadlos a su natural inclinación, que estas misas han de dárselas al cabo de su vida.

La ignorancia del dogma y la ridiculez de los prejuicios beatos es otra de las facetas de la devoción en esta tierra.

Las más de las gentes, y aún más si son de la clase humilde, no tienen la más pequeña noción religiosa. No saben a qué obedece el sacrificio de la misa, ni sacan sustancia de los pocos sermones que se predican con sentido común; en cambio aquellos otros, llenos de barbarismos y blasfemias simples y graciosas que predican los curas de misa y olla y los frailes adocenados, les llegan a lo vivo y les hacen llorar como chiquillos; y tengo

observado que, cuanto más latines mezcle un predicador en su discurso, aunque no entienden palabra, les deja más satisfechos, y, sobre todo, pasmados de la ciencia de aquel pico de oro, que ha de ser fiel eco de la sabiduría del Espíritu Santo.

Otrosí: El tiempo de Cuaresma se presta más que otro alguno para pecar, poniendo la devoción por pantalla.

Dice mi esposo que no es por acá cosa que escandalice grandemente el salir una dama de caridad acompañada de *su dueña*, con pretexto de asistir a los oficios de la Semana Santa, y en tanto que la vieja (si no es que de antemano está convenida con su señora) pasa y repasa el mugriento rosario entre los sarmentosos dedos, escurrirse ella hasta cierta casa cercana donde su amante la está esperando, y en tanto que el incienso y las Preces suben hasta el Trono del Altísimo, sube su merced hasta las mismas puertas de la Gloria en los apretados brazos de su bien amado, sin licencia de la Santa Madre Iglesia.

De que todo se ha consumido y no quedan fuerzas para nuevas devociones al amor profano, torna a rebujarse muy bien en el amplio manto y corre al templo en donde quedó la dueña tan entretenida o tan aleccionada.

Si por acaso fue lo primero, la riñe y zahiere por el poco cuidado con que cumple su menester, puesto que ha tenido que dar mil vueltas buscándola por toda la iglesia.

Manda que en aquel mismo instante dé el rezo por acabado, y haciendo que la sirviente le siga muy de cerca, busca la vuelta de su casa, en donde ya el inocente marido suele estar esperándola muy confiado, creyendo que la compañera que escogió en los altares por palabras de presente es una buena sierva de Dios, que se gana a pulso los codiciados escalones de la eterna gloria, donde entre la angélica cohorte de arcángeles y serafines asisten los bienaventurados y limpios de corazón.

Pero no se entienda que la religiosidad es privilegio exclusivo de las mujeres, que también los hombres acontecen llevarla en las puntas de los dedos y no saben vivir sin darle exacto cumplimiento.

A este fin, aquel mismo marido que dejó a su mujer en la perniciosa compañía de su dueña, pensando en que no más que con Dios iba a comunicarse, se puede enterar de la verdad del caso, y entonces, como un caballero español no puede vivir sin honra, determina tomar sangrienta venganza del agravio, mas como al mismo tiempo que caballero también es cristiano, no puede hacerlo como se usa entre herejes.

Coge, pues, a la infiel, le echa en cara su culpa, y acto seguido la sentencia a morir, pero no ha de ser sin prepararle cristianamente la jornada para la otra vida; la lleva a la parroquia y la obliga a confesarse. El mismo, como ejecutor de la justicia que ha de tomarse por su mano, se arrodilla muy contrito ante el tribunal de la penitencia, y pide absolución del asesinato que va a cometer de allí a poco.

Se la concede el sacerdote en nombre de Jesucristo, y como escuchó *aquello* bajo secreto de confesión, no da parte a la justicia, con lo que se hace cómplice fanático de un horrible crimen.

El marido que *limpió* su honra y el ministro del Señor quedan muy tranquilos de su conciencia porque ambos han cumplido como buenos cristianos merecedores de la vida eterna.

***

En punto a devoción, quiero dejarme en el tintero, por no hacer muy prolijos estos hilillos de mi vida, procesiones particulares que cada día celebran las infinitas parroquias de esta corte, los *rosarios* de barriadas, en los que andan a farolazos los vecinos (que de aquí viene el dicho popular de acabar como el rosario de la aurora) y los sermones públicos.

Estos suelen pronunciarse por frailes zafios y romos en las plazas.

Tienen fama los de la Puerta del Sol, cuyo púlpito portátil se guarda en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, los de la Red de San Luis y Puerta de Moros.

Ello da lugar a infinitos incidentes grotescos e irreverentes, que dicen muy poco en beneficio del dogma.

Los días pasados estaba el frailazo de turno en la Puerta del Sol, predicando la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, cuando acertó a pasar un tirolés que traía un mono disfrazado de Polichinela y al cual hacía bailar al compás de un desafinado organillo.

Todo el auditorio, que estaba pendiente de la elocuente oratoria de su reverencia, se fue tras el inesperado y bullicioso espectáculo; el misionero, que advirtió la desbandada, miró por el fuero de su prestigio, y en su afán de recoger las descarriadas ovejas, alzó el crucifijo que llevara en el cíngulo y comenzó a gritar:

—Mirad aquí, herejes; este es el verdadero polichinela...

Pues oírles decir en tiempos de Cuaresma, predicando la vida de Jesús, pongo por disparate:

—Pensaréis, mujeres, que cuando el Arcángel Gabriel fue a decirle a la Santísima Virgen que debía ser Madre de Dios estaba, como vosotras acostumbráis, rajando con las vecinas y despellejando al prójimo, mientras la olla se socarraba y estaban los pingos sin coser, pues no estaba sino, y de ello tomad ejemplo, ¡alabado sea Dios!, rezando con mucha devoción el santo *Rosario*.

O aquello otro:

«Y cuando Jesús vio a los mercaderes, haciendo lonja de contratación en el mismo atrio del templo, se metió hecho un demonio, y tomando unas cuerdas que habían sobrado del monumento de Semana Santa, fue tras ellos, diciendo:

—Pues de la casa de mi padre venís a hacer escarnio, andad de aquí, hijos de...».

Y el buen padre soltaba las cuatro letras del agravio, rollizas como su oronda humanidad, y claras como el agua de la *mariblanca*.

La plaga de los criados y la madre de los pobres

Como voy haciendo inventario de las cosas y costumbres de la corte que llegan hasta la atalaya de mi curiosidad, no he de dejarme por señalar el capítulo que atañe a los criados.

Habiendo vivido en una corte tan fastuosa y disipadora como la de Francia, no pude menos que quedar maravillada ante la profusión de que se usa y abusa en esta de España.

El mal comienza en el mismo Palacio de la monarquía y prosigue como contagiosa lepra en todas las casas de la grandeza; hace estragos en la clase media y aun tiene salpicaduras para la gente pobre, pues no hay quien lo sea tanto que no disponga de algún infeliz que le sirva. El ciego que no se vale de un lazarillo no le falta un gozquezuelo.

Los mercaderes de la limosna (y hay plaga de ellos en esta bendita tierra) tienen dependientes que les llevan la industria, en tanto que ellos están muy patitendidos al sol, o refocilándose entre naipes y vino en las innumerables tabernas que tiene Madrid, que estoy por decir que son más que iglesias, conventos, ermitas y beateríos.

Solo en el Alcázar pasa la servidumbre baja de mil quinientas plazas. Y como si aún fuese poco, todavía hay gente de fuera que se mantiene de la despensa del Rey, no siendo de los que menos abusan de este absurdo privilegio los Embajadores y aun muchos grandes de España.

En los almacenes de la despensa palatina van a buscar los favorecidos las provisiones a las que cada uno tiene derecho, según la categoría de su empleo.

Aves, caza, pescado, hortalizas, legumbres, chocolate, frutas, aceite, pan, vino, velas, de todo pueden proveerse allí las polillas de Su Majestad.

Tal abuso suele traer a la zaga otro más vergonzoso, que redunda en doble beneficio de los aprovechados, y es el de vender sus raciones gratuitas en las lonjas y abacerías de la Villa; tal negocio llega a producirles muy grandes rendimientos y en el que no exponen más que la vergüenza propia, y la pasividad incomprensible de unos gobernantes, que a fuerza de que a ellos les consientan robar a todo su talante y satisfacción, pasan porque toda España sea Sierra Morena.

***

En casa de la Duquesa de Alba vi tal enjambre de dueñas, azafatas, mozas, escuderos, rodrigones, lacayos, pajes y motiles que obstruían aposentos y corredores hasta el punto de hacer difícil el paso de las visitas.

Llevada por mi femenil curiosidad, di en preguntar a la Duquesa cuántas mujeres había para su asistencia y menester, y me respondió en tono de humildad, como quien se duele de pobreza, que nada más que trescientas, porque los tiempos que corrían eran muy apurados; y la forzaban a hacer economías; pero en los años anteriores, que eran más bonancibles, llegó a tener arriba de quinientas.

Por más de que cada cual está autorizado por las leyes del reino para mantener los criados que quiera, en la calle no pueden traerse más que dos lacayos y un escudero. Solamente a los Embajadores y extranjeros de calidad les es consentida la compañía de tres o cuatro pajes.

Muchos señores se permiten el lujo de tener esclavos negros, que traen de las Indias y del moro. Los tratan como a cosa propia, aunque ya se ha acabado el privilegio de tener derecho de vida y muerte sobre ellos.

Pocas son las casas principales en las que no hay lacayos de color para los caballeros, y alguna gentil mulatica para las damas, la cual suele ir desnuda de medio cuerpo arriba, sin que haya forma de hacerles entender que tal ligereza en el vestido no es por aquí uso decente.

He podido observar con cierta satisfacción que mis paisanos son gentes poco a propósito para doblegarse a la servidumbre, porque de suyo son altaneros y poco sufridos. Casi es necesario pedir las cosas por favor, y después de conseguidas, con el tiempo que ellos hayan querido tomarse, dar muy cumplidas gracias. De suerte que aquí los más de los criados son franceses e italianos, que saben doblegarse a la voluntad ajena como se lo paguen bien.

Aun a los pobres de solemnidad no se les puede despachar con mal gesto ni palabras desabridas, porque tienen creído que harta merced nos hacen con humillarse a pedirnos limosna.

Hará pocos días, el Conde de Saldaña, que es hombre de notable humor, tuvo el capricho de publicar que daría un premio de cincuenta ducados al vago más vago que hubiese en toda la Villa.

Apenas soltó la especie por amigos y criados, comenzó a llenarse el portal de su casa de gente tumbona que, como dignísimos pretendientes a un puesto de honra en la república, hacían presentación de sus servicios y credenciales.

Con haberlos muy notables y divertidos, que cada uno de ellos era un alto elogio de la briba y la desvergüenza, ninguno, a juicio del tribunal que formó el Conde con otros dos camaradas, reunía suficientes méritos para optar a la codiciada recompensa.

Alegaban unos el no haber trabajado durante todos los días de su vida; otro, no comer más que cuajada por no dar quehacer a las mandíbulas, y hacerse de su persona con las bragas atacadas por no tomarse tanto trabajo como el de soltarse la pretina; tal decía que por cabalgar de gracia toda la semana, ofrecía las espaldas a la penca del verdugo, mas ninguno de ellos parecía bien a los examinadores.

Anda por Madrid un apóstol de la vagancia, ya entrado en años, a quien dicen los muchachos San Alejo, porque siempre se le topan reposando al sol debajo de las gradas, o a la sombra de los porches de la *Platería*, según como sea tiempo de invierno o de estío.

Así como el hombre tuvo conocimiento del extravagante capricho del de Saldaña, se fue muy poco a poco (tanto, que hay quien dice que tardó en el viaje más de medio día) hacia la casa de Su Excelencia y así en cuanto llegó se tendió cuan largo es en el mismo umbral.

Se le acercó el portero y le mandó que no estorbase el paso; pero el bellaco ni siquiera se dignó responder, y eso que no fue advertido con mucha blandura.

Entendió el criado de Su Excelencia que quizá fuese un enfermo, que por la fuerza del mal no pudiera proseguir su camino y comenzaba a pedir a los curiosos que le ayudasen a llevarle al hospital, cuando apareció el Conde.

—Pues, ¿qué pasa? —preguntó.

—Señor —respondió el fámulo—. Este hombre que, sin duda, se duele de algún mal.

Volvió entonces la cara el vago, y dijo:

—No duelo, señor, no duelo, que más sano estoy que una manzana, y pluguiera a Dios que este achaque me dure mil años.

—Pues entonces, ¿por qué os habéis tendido en esta puerta? —dijo el cerbero.

Y replicó el vago:

—Si he venido aquí no ha sido por mi propia voluntad, sino llamado por la excelsa caridad del Conde, mi amo, aquí presente, que bien le tengo conocido, pues muchas veces he gustado la miel de su limosna.

—¿Que yo os he llamado? —protestó el Conde—. ¿No hizo vuecelencia correr la especie —prosiguió el bigardo— de que daría cincuenta escudos de premio al vago más vago de toda la Villa y aun de sus contornos? Pues si es así, aquí me tiene por suyo, mi señor y dueño, pero no me canse en hablar tanto.

—¿Luego tú eres opositor al puesto de primer vago de la república? —continuó el Conde.

—Soy, señor, soy —replicó *San Alejo,* como de mala gana—, y con más méritos que cuantos se hayan presentado ni puedan presentarse.

¿Y por qué, como han hecho los demás, no escribiste tu memorial y le entregaste a mi mayordomo?

—Por no cansarme en dictarle a un memorialista, pues pensar en que yo le escribiera es pensar que ahora es de noche, siendo día con sol.

—Pues, ¿cómo así?

—Porque no sé escribir, señor, que el meterse a aprender tal niñería es dar trabajo a la inteligencia.

—Eso ya es un mérito para tu pretensión. Sígueme.

—¿Adónde, señor?

—A mi cámara; allí expondrás las demás razones de peso que tengas para luchar en este magno y famoso torneo.

—Pues, ¿se piensa, señor, que por sola la miseria de cincuenta ducados, voy yo a dejar este rato de sosiego y esta lengüetada de sol que da la vida? Váyase luego, y no me obligue a decir una sola palabra más, que ya estoy muerto.

Se rio el de Saldaña para un año, mirando ante sí tan acrisolado ejemplo de la nadería, y dándole los cincuenta ducados del premio ofrecido, le dijo por vía de alto panegírico que todos los presentes (y no eran pocos) escucharon con el regocijo que mandaban las circunstancias.

—¡Oh varón insigne y prudente! ¡Gloria y prez del hampa castellana, que un día os contara entre sus más venerables bienaventurados, tomad y andad, o, para que sea mejor dicho, dormid con Dios y con el ángel sacratísimo de vuestra guarda, que no habrá en el mundo entero quien os pueda roer los zancajos; ni Diógenes mismo, llevando, no ya un candil en la mano, sino un farol en cada dedo, topara con otro hombre como vos!...

Dicho que hubo esto el prócer divertido, embocó zaguán adelante sin poder casi dar paso por la fuerza de la alborotada risa que le regocijaba el cuerpo. .

Cuando Su Excelencia se hubo perdido en la primera revuelta de la amplia escalera, se alzó muy despaciosamente el bellaco de *San Alejo*, y aun necesitó ayuda, porque llevaba camino de tener labor para un buen espacio.

Cuando estuvo en pie y agarrada a su báculo, exclamó:

—No hay para qué espantarse de este particular mío, ni menos pensar que pueda dañarme en la salud, que yo soy hombre que aguanto mucho echado...

***

No es mucho que por aquí se dan tales ejemplos, pues tal es la indolencia de los hijos de esta hidalga tierra, que bien pudieran llamarla el país de *Ya lo haré mañana*.

Todos los españoles se reconocen este defecto, y sabiendo que les trae pocos quebrantos, no hacen propósito por corregirse.

A tal punto llevan la sátira de sí mismo, que el más grande milagro del patrón de su Villa y Corte, que es San Isidro, lo basan sobre un capítulo de intensa vagancia, y es aquel en que dicen que solía dejar a una parte las yuntas y la esteva y se ponía a rezar. Entonces bajaban los ángeles del Señor y hacían su oficio, y esto acaso lo hicieran los celestiales mozos de labor, porque a Dios le movería más a lástima el tiempo que perdía aquel hombre que las oraciones que le dedicaba.

Los días pasados refería mi marido este portento a cierto hidalgo inglés que por vez primera visitaba España, y el hombre exclamó por vía de comentario, no sé si maravillado por el prodigio en sí o por lo que pudiéramos llamar sello de fábrica:

—¡Oh, qué milagro tan español!

Las oficinas de Dios en la tierra.

La gente de por acá, como todo lo fía en la otra vida, tiene muy bien organizados, con el permiso de Roma, los negocios temporales, y así con esta salvaguardia se peca sin temor de ninguna especie, porque desde el mismo instante en que se agravia a Dios, se tiene contado con las miras que al terminar la vida han de redimirnos de nuestras mundanas culpas, de suerte que esto de los sufragios es una de las más caudalosas fuentes de riqueza que tiene la curia eclesiástica en esta hidalga tierra.

La devoción a las benditas almas del Purgatorio es de las más favorecidas.

El primer capítulo que se tiene en cuenta en todo testamento es el que atañe a la salvación del alma, y llegado el caso de ponerse en vigor la postrera voluntad de un individuo, el

primer dinero que sale de las arcas de la testamentaría es el que tiene de ir a manos de los señores curas para que le encomienden a Dios.

Muchas veces se ha dado el caso de morir un hombre de calidad, lleno de trampas, que con todo cuanto deja no tiene ni para empezar a cumplir sus compromisos, y antes faltó para estos que para hacer decir quince mil misas, y no haya cuidado de que nadie se alce en son de protesta, porque es ley admitida el no contar con obligación alguna hasta que no esté satisfecho este devotísimo capítulo.

Felipe IV, que era de aquellos que encienden una vela a San Miguel y otra al demonio, parece que al morir dejó encomendadas cien mil misas para bien de su alma, advirtiendo de manera muy formal, como si fuese cosa de llevarse por teneduría de libros, que cuando los sufragios llegasen a un número que se conociese que su ánima no necesitaba de más, porque ya tuviese la dicha de estar gozando de la bienaventuranza a la diestra de Dios Padre, se emplearan los que sobrasen en beneficio de sus augustos progenitores, y si estos hubiesen logrado igualmente su bienestar en la eterna vida, se aplicaran por el descanso de los soldados fenecidos en las guerras que por el entonces sostenía España.

A este tiempo me acuerdo de una donosa especie que corre, atribuida al ingenioso y maldiciente Conde de Villamediana, de quien ya me parece que llevo hecha más de una referencia en el curso de estas mal aliñadas páginas, que sin llegar a ser memorias son apuntes y retazos de una parte de mi vida.

Parece que estando el alcurniado ingenio oyendo misa en el monasterio de los padres de Atocha, se acercó el lego que va entre los feligreses pidiendo para las ánimas del Purgatorio, y poniendo la bandeja delante de Su Excelencia hizo la petición acostumbrada.

El Conde sacó un ducado, le colocó en la bruñida batea y preguntó al religioso:

—Diga, hermano, ¿las ánimas que correspondan a la intención de esta limosna estarán ya a este tiempo gozando de la presencia de Nuestro Señor y cantando loores en el coro de arcángeles y serafines?

—Así será, señor —respondió el limosnero—, y bendecirán a vuecelencia, que se ha dignado librarlas de tan horroroso padecer.

A lo que replicó el taimado don Juan de Tassis retirando la dádiva:

—Pues si ya están fuera de todo riesgo, para nada necesitan mi limosna, y buenas tontas serán si se dejan llevar otra vez.

La madeja política enredada en el pueblo

En medio de la bulla un tanto desusada durante los tristes días de este reinado, en el que parecían perseguidos el buen humor y el donaire, que tanto triunfaron en tiempos del otro Rey, aunque, como siempre, a costa de los sudores del pueblo, rueda con mucho garbo la manzana de la intriga por las estancias de Palacio y las covachuelas que asientan en las Losas, que, como es sabido, es bolsa de contratación para los pulpos y sanguijuelas de lo que llaman cosa pública.

Desde la muerte del señor Don Juan de Austria está España sin primer ministro efectivo, pues que el secretario, don Jerónimo de Eguía, ocupa el puesto interinamente.

El monarca, alucinado con la novedad del casorio, las gracias de su esposa, el divertimiento constante en las cacerías de *El Pardo* y las fiestas de toros en la Plaza Mayor, no se ocupaba de nada práctico, y así las gentes hacían mil pronósticos acerca de quién pudiera ser de hecho el Secretario del Despacho Universal.

Eran de los más favorecidos por la opinión el Duque de Medinaceli y el Condestable de Castilla.

El primero tenía en su favor el cariño del Rey; el segundo había conquistado la influencia de la Reina madre.

Medinaceli contaba con la simpatía de las clases populares, por la dulzura y suavidad de su carácter, y entre los grandes, por el prestigio de su alcurnia, que es de la primera nobleza de España. Desempeñaba la presidencia del Consejo de Indias y era sumiller de Corps.

El Condestable, decano del Consejo de Estado, no disfrutaba de tanta popularidad; era hombre integérrimo, pero de carácter adusto y seco. Era fama que Don Juan de Austria, por más halagos y promesas con que procuró conquistarle, no consiguió traerle a su partido.

La corte andaba dividida en estos dos bandos y cada uno ponía en juego todos los resortes de los que podía disponer.

El ministro interino, como en el triunfo de cualquiera de los dos pretendientes veía deshacérsele su ventura como la sal en el agua, no dejaba de asestar golpes de muerte a las dos banderías.

Al fin, después de mucha labor de zapa a la que tuvo que rendirse el ministro interino, inclinándose a los deseos del pueblo y de la nobleza, el 22 de febrero de 1680 se publicó el Real decreto nombrando primer ministro al Duque de Medinaceli. Y porque se vea cuán despreciable y hedionda es la intriga en las altas esferas, el encargado de hacerle saber el nombramiento fue su más enconado enemigo, el P. Reluz, confesor del Rey.

En vano se esperó nada de Medinaceli, que no era más que buena persona en el terreno particular, pero sin condiciones de gobernante.

Como el Conde-Duque era amigo de la política de Juntas, y así su primer acto ministerial fue la creación de una de hacienda, que se llamó *magna*, y estaba formada de los presidentes de los Consejos de Castilla y Hacienda, del Condestable, el Almirante, el Marqués de Aytona y tres teólogos que eran el ya mencionado confesor de Su Majestad, el Obispo de Ávila, fray Juan Asensio y el P. Cornejo.

Mala era la ocasión en que la tal Junta se disponía a entrar en funciones, pues que el pueblo, angustiado por las cargas y gabelas, y viendo que las rentas de Indias acumuladas durante el año anterior se habían consumido en las fiestas de las bodas reales, no estaba muy dispuesto a sufrir nuevos tributos.

Así iban las cosas cuando de pronto, según suele acaecer en toda calamidad, surgió un redentor, que, como el que quiso salvar a la Humanidad, fue sacrificado.

El héroe popular surge siempre en todo revuelo público. En todas partes se da esta especie, pero entiendo que en España con más abundancia que en ninguna otra.

Unas veces es el egoísta ansioso de encumbramiento, y otras, el hombre honrado que desde la clase humilde levanta su voz y hace valer sus energías frente a las injusticias y los desmanes de los poderosos y logreros.

Cuando el *redentor* es de la pasta de aquel Marianello que en Nápoles alzó la revolución contra el gobierno de España, o de la de ese otro Clarís, que en Cataluña, tomando el pretexto del mal gobierno de Felipe IV, lanzó las hordas de segadores contra la soberanía nacional, muere a manos de sus mismas huestes o huye despreciado acabando sus días lejos de su patria y maldecido por aquellos mismos que pensaron hallar en él un salvador y solo encontraron un miserable; pero cuando el caudillo es de la sangre noble y altas miras que este de quien voy a hacer honroso comentario, queda como mártir en los altares del pueblo.

***

Es muy frecuente en la fauna pintoresca de estos reinos el tipo del arbitrista; tantos hay, que forman verdadera plaga. De continuo asedian a ministros y consejeros con memoriales en los que ofrecen la infalible solución de todos los problemas que afectan al país.

Cuál entiende en los asuntos de Hacienda de manera que con leer dos renglones del arbitrio que tiene compuesto con muchos años de estudio, pudiera sacarse tan a flote la nave del tesoro que no navegara con más garbo la mismísima Arca de Noé.

Otro tiene tan en las puntas de los dedos los negocios militares, que para que acabasen de una vez las campañas en que andamos enredados, no haría falta si no escucharle media docena de consejos, y se nos vendrían las victorias tan a la mano, que ya enojaran en fuerza de ser tantas.

En estos apuros que traigo entre la pluma, no dejó de aparecer un componedor, pero el tal, como no era loco a modo de los que dan en su manía, sino cuerdo y hombre de buena voluntad que por su buena posición no hacía pensar que le guiase algún ansia de medro, no dejó de ser atendido en sus proposiciones.

Era comerciante y se llamaba Marcos Díaz. Presentó un memorial al primer ministro proponiéndole ciertos arbitrios que él tenía por eficacísimos para aumentar el tesoro real, sin ser gravoso a los pueblos, antes bien, de ello debían sacar provecho labradores y menestrales.

Le recibió el Duque y le oyó con mucha atención, ya que el hombre no era nada lerdo ni charlatán, puesto que lo que ofrecía dicen que era llano como la palma y de fácil resolución.

Otras proposiciones parece que hizo, todas para la mejor administración del reino, y aun cuando le parecieron muy bien a Su Excelencia, le despidió sin resolver nada.

Como de seguirse y ponerse en práctica los tales proyectos, a mucha gente de copete que traficaba con los apuros del pueblo, se le quebraba el negocio, no faltó quien de allí a pocos días le enviara un echadizo anónimo que cuando el hombre salía del despacho del ministro se le acercase muy subido de embozo y le dijese:

—Señor Marcos Díaz, óigame aparte dos palabras, que pueden serle de mucho provecho.

El mercader, que tampoco era nada tímido, hizo como le decían y así que estuvo a la par del desconocido, y a este tiempo llegaban a la calle Mayor, por donde está el sitio que llaman *Camarín de la Virgen*, le dijo:

—Quítese de esos pleitos que trae con el Duque, y puesto que tiene mujer, hijos y buena hacienda con que sustentarlos, no se meta donde no le llaman y deje a cada uno que viva como pueda. Vuestra merced está solo en esta lucha y por más que se empeñe no habrá de volver a España como si fuese una media.

—Y, ¿quién sois vos, para dar consejos a quien no os los pide? —exclamó Díaz echando un paso atrás y poniendo mano a la espada, la cual parece que esgrimía en caso de apuro tan bien como la vara de medir detrás del mostrador de su lonja.

A lo que replicó el otro con mucho descaro.

—Deje, señor, la espadilla, que fuera de no ser hora ni este sitio a propósito para jarana, vengo en son de paz y como hombre que os quiere bien. Hágame caso, mire que le va la vida. Y no digo más; vos veréis lo que os esté mejor.

Y aprovechando un rebullicio de gente que se agolpaba para ver a los reyes, que venían del monasterio de Atocha, despareció el misterioso embozado sin que el mercader lograse saber quién era.

Al fin, con el espectáculo gratuito que se le ofrecía de ver la corte, que como día de sábado venía de la Salve, se unió a los curiosos y unió su voz a los del pueblo, que olvidando el hambre y la miseria gritaba como si fuera completamente feliz:

—¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina guapa!

***

No más de dos días habían pasado de esta fecha.

El bueno de Marcos Díaz tenía hacienda y negocios en Alcalá de Henares, y acostumbraba ir allá con mucha frecuencia. Si no era muy riguroso el frío o muy apretado el calor, era cosa segura el hacer un viaje por semana.

Como la distancia no era muy larga, no solía llevar más que un espolique, y por la sencillez y bondad de su carácter, más que como amo y criado iban juntos como dos amigos.

Se quedaba un día en la docta ciudad, y poco antes de ser noche, a fin de no faltar al día siguiente en su tienda, emprendía el retorno hacia la corte.

Bien ajeno estaba su merced de que en aquel viaje emprendía su postrera jornada por los caminos del mundo.

Muy alegre vio desparecer tras el cerro de Alcalá las altas torres y los morunos terrados de la sabia metrópoli; el apacible sol de un día abrileño se había hundido tras de los altos picachos y la primera brisa de la noche acariciaba los rostros con cierto resabio invernal.

Llegaban a un puente que hay sobre el Jarama, cuando de entre las espesuras de unos árboles se les echaron encima unos enmascarados.

Por pronto que se quisieron rehacer no tuvieron lugar a ponerse en guardia.

Cerraron contra los desprevenidos con tal saña que el criado quedó muerto y el amo muy malherido.

A cada golpe que recibía el infeliz Marcos le decía uno de los bandidos en cuya voz creía reconocer la del individuo que le paró junto al *Camarín de la Virgen*, que exclamaba:

—A cuenta de vuestros arbitrios, tomad estas cuchilladas, y caminad a ofrecerle vuestros servicios al diablo.

A la mañana siguiente le encontraron moribundo unos arrieros, le cargaron sobre una de las caballerías con intención de llevarle a curar a San Fernando, y antes de entrar en el pueblo expiró sin poder decir a quién debía su martirio, pero sí que era por su aquel de haberse metido a redentor de los humildes.

***

Cuando se supo en Madrid la muerte del buen Marcos, el pueblo, que sabía la campaña que traía entre manos y esperaba aliviar con ellas su miseria, se amotinó furiosamente y se desparramó por calles y plazas, gritando que habían sacrificado a un bienhechor de la patria, y pidiendo castigo para los criminales.

Algunos grupos de *golillas*, que quisieron acallar el tumulto, fueron recibidos con tanto denuedo y brío, que si quisieron salvar la piel, tuvieron que confiar el asunto a la ligereza de los pies.

A este tiempo acertó a pasar el Rey en su carroza, y un instante fue rodeado por las turbas, pero no en ademán agresivo, sino para pedirle que hiciera justicia.

Los gritos de ¡Mueran los verdugos! ¡Abajo los traidores! ¡Pena de horca al ladrón! Se trocaron por los de ¡Viva el Rey! ¡Muera el mal gobierno! ¡Viva la Reina joven!

Mas este buen monarca, que como niño grande que es (y nunca podrá ser otra cosa, aunque alcance la fabulosa edad de Matusalén) cobró miedo del alboroto, y mandando al caballerizo que avivara el paso de la comitiva lo más que pudiese, se zafó de los halagos del pueblo, que más le sonaban a preludios de muerte, y se metió en Palacio, de donde no salió en más de quince días.

Al cabo todo quedó lo mismo que estaba; no se encontró a los matadores del infeliz Marcos Díaz. Medinaceli no tomó ninguna de aquellas providencias de que el buen ciudadano le hablara, y el pueblo, castigado, a la vez que por los malos gobiernos, por la cólera de Dios, que no dejaba de enviarle terremotos, epidemias y hambres, acabó por ir reduciendo los bríos y lloró en voz baja como los niños que tienen miedo...

***

De tal suerte se había acobardado la gente, que poco después de aquel tumulto se quedó un día Madrid sin pan, por la codicia de los tahoneros, que lo querían vender a más precio de como se les tenía mandado, y nadie protestó.

Solamente la energía de un Alcalde de Corte se puso frente a un expendedor que, queriéndose valer de la ocasión, vendía cada pan a tres reales, le trincó Su Excelencia, y después de hacerle dar más de doscientos azotes le echó a galeras. Surtió efecto el castigo en los demás y abrieron sus tiendas vendiendo la mercancía al precio de tasa.

Al siguiente día de esto, que era el 1. ° de mayo de 1680, se alzaron más de cuatrocientos zapateros en la plaza de Santa Catalina de los Donados, donde vivía el nuevo Presidente de Castilla, para protestar de una pragmática razonable y justa, que mandaba vender el calzado a un precio prudencial.

Su Excelencia cobró miedo y accedió a todo cuanto quisieron los amotinados, sin que el pueblo tampoco hiciese nada contra los explotadores; yo creo que está tonto como el monarca que le gobierna.

El triunfo de la Cruz Verde

Yo, hasta este tiempo, y en buena hora lo dijera, aunque mucho había oído hablar en Francia de los autos de fe, que con mucha frecuencia celebraba la Inquisición española, no había visto ninguno, y, a la verdad, tenía algún anhelo de satisfacer mi curiosidad.

Como si los hados que guían mi destino quisieran halagarme, fue uno de los primeros espectáculos que me ofrecieron al volver a mi patria.

El Inquisidor general, que lo era a la sazón don Diego Sarmiento Valladares, Obispo de Plasencia, creyó que el mejor festejo que podría ofrecer al cristianísimo corazón de Su Majestad era un auto de fe, y tomando por pretexto que en las cárceles inquisitoriales de la corte, Toledo, Segovia y Ávila había muchos reos cuyas causas estaban substanciadas, debía darse cumplimiento a la sentencias, ¿qué mejor que hacerlo en honra de Su Majestad, ya que con ello podía alcanzar tan altos méritos a los ojos del Altísimo?

Se regocijó el Rey con el proyecto y prometió no hacer menos que habían hecho sus padres y abuelos, esto es, asistir rodeado de toda la corte y de los nobles de la primera grandeza.

El 30 de mayo, día de San Fernando, la voz del pregonero resonó de esta suerte en las principales calles de la Villa:

«Sepan todos los vecinos y moradores de esta Villa de Madrid, Corte de Su Majestad, estantes y habitantes en ella, cómo el Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad y reino de Toledo celebrará auto público de la fe en la plaza Mayor de esta corte el domingo 30 de junio de este presente año y que se les concede las gracias e indulgencias por los sumos pontífices dadas a todos los que acompañasen y ayudasen a dicho auto. Se manda publicar para que venga a noticia de todos».

Este pregón se repitió en ocho lugares distintos de la capital del reino, que fueron: la plazuela de Palacio, desde cuyos balcones le oyeron Sus Majestades; el segundo enfrente

del Alcázar, el tercero frente a la mansión de la Reina madre, que está al cabo de la calle Real de Santa María; el cuarto en la Puerta de Guadalajara, el quinto en la Puerta del Sol, el sexto en la plaza de Antón Martín (no faltando quien hiciera sátira de que al sexto viniera a corresponder precisamente donde está el hospital de las bubas), el séptimo en la plaza Mayor y el octavo y último en la plazuela de Santo Domingo.

Desde aquel día Madrid todo y los pueblos del contorno no sosegaban pensando en el festival que tan inesperadamente se les venía a la mano. Con esto parecía que sentían con menor saña los rigores del hambre, y así todo era hablar del auto por doquier.

En Palacio no era otro el tema de todas las conversaciones.

Con decir que hasta parecía que el intrigar se había olvidado, tanto era así, que la condesa de Terranova y el P. Reluz se acordaron apenas de remover el cotarro político en cuyo manejo de zapa eran tan hábiles.

La Grandeza andaba tan entusiasmada con los preparativos de la gran fiesta de la Fe, como si fuese a conquistar no ya el Portugal o los Países Bajos, sino la Europa entera, y con ella todos los prestigios de la cristiandad.

Como se había promulgado un edicto por el cual se concedían innumerables indulgencias a cuantos para este acto reparador se alistaran como familiares y alguaciles del Santo Oficio, la espumilla de la Corte se apresuró a incluirse en las luctuosas huestes del temible tribunal.

No había casa de calidad en que no se anduviese con este trabajo y hasta se hacían levas como si fuese cosa de ir a arrancar del dominio de los infieles algún florón de la corona de España.

Recuerdo que fueron de los primeros en alistarse los Duques de Abrantes, de Alburquerque, de Béjar, de Híjar, de Linares, de Medinaceli, de Medina Sidonia, de Montalto, de Osuna, de Pastrana, de Sessa, de Uceda, de Medina de las Torres y del Infantado.

Los Marqueses de Castel-Rodrigo, de Mondéjar, de Agropoli, de Ayamonte, de Algecilla, de Valero, de Flores Dávila, de Cogolludo de Castromonte, de Cuéllar, de Estepa, de Fuente el Sol, de Guevara, de Mortara y de Palacios.

Los Condes de Aguilar y Frigiliana, de Altamira, de Benavente, de Lemos, de Monterrey, de Oropesa, de los Arcos, de Baños, de Cabra, de la Calzada, de Casa-Palma, de Fernán Núñez, de Humanes, del Montijo, de Orgaz, de la Ribera, de Tendilla, de Torres-Vedras y de Villaverde.

Mi ama y señora, que nunca fue muy afecta a las costumbres españolas, no miraba con buenos ojos estos preparativos, pero asediada de continuo por el espionaje de su adusta suegra y la tutoría de la Condesa de Terranova, no se atrevía a opinar, limitándose a sufrir el papel de mi primera espectadora.

En Palacio estábamos muy bien enterados por el organizador material de la cruelísima fiesta, un ayudante de la furriera llamado José del Olmo, que era la criatura más aborrecible que he visto en todos los días de mi vida, y pienso que en la hora de mi muerte le tendré a la cabecera de la cama como procurador del diablo.

Tenía la facha más innoble de que puede darse idea; alto, todo huesos, la cara larga y sacristanesca, aparecía detrás de unas descomunales antiparras verdes. Era adulador, hipócrita y más falso que el alma de Judas; en el Alcázar nadie le quería bien y todos le temían, porque era el corredor de oreja de la casa.

Haciendo la labor rastrera del topo había conseguido medrar a su satisfacción, hasta el punto de ser alcaide y familiar de la Suprema. Tanto pasó todo por sus manos que después pudo hacer la crónica de la espantosa fiesta.

***

El 28 de junio por la tarde, la compañía de soldados de la Fe, compuesta de 250 hombres al mando del capitán don Francisco de Salcedo, y fundada para el caso, trajo a Palacio el haz de leña que Su Majestad habría de enviar al brasero. Después de que el Rey le vio muy bien aderezado con cintas de seda y galones de oro, sobre la rodela del jefe de la fuerza le pasó este al cuarto de la Reina y desde allí fue llevado solemnemente a su destino.

El 30 de junio todo Madrid estaba en la plaza Mayor y sus alrededores desde el amanecer.

La corte fue casi la primera en presentarse, y todos cuantos dependíamos del servicio de Sus Majestades ocupamos los balcones del primer piso de la casa Panadería.

Allá estuvimos hasta las nueve de la noche en que a los infelices condenados a muerte los llevaron a la hoguera, y a los demás a los calabozos de la Inquisición.

Los había de todas clases y edades, y así hombres como mujeres, sin que ni los privilegios de la edad ni la galantería debida a uno de los dos sexos fuesen bastantes prendas para conmover a los que se entronizaban en jueces de sus conciencias. Eran entre todos, 118 víctimas, de las cuales 19 fueron condenadas a la hoguera; entre estos desdichados había tres hermosísimas mujeres, que entiendo yo que solo por la gala de su belleza eran merecedoras de indulto. Y alguien me dijo muy a la par del oído, por que el aire no pudiese tomar el eco de la voz, que precisamente era su extrema bizarría quien las llevaba a tan mal fin...

Partía el alma más dura el verlos encorozados y recluidos en unas jaulas como si fuesen bestias dañinas, oyendo los preliminares de su muerte.

Los que no pudieron ser hallados en persona estaban representados por unas groseras estatuas de yeso, y de aquellos que ya habían dado cuenta a Dios de sus actos, allí estaban sus huesos o sus momias en las mismas cajas en que fueron enterrados.

Digo que era el espectáculo más lúgubre, espantoso y repugnante que he visto ni pienso ver en todos los días de mi vida.

La religión de Cristo, que fue creada para consolar al triste y dar amparo al desvalido, era quien con más saña y encarnizamiento los zahería. De esta infamia se encargó fray Tomás Navarro, predicador de Su Majestad, que en lugar de levantar aquellos espíritus muertos antes de dar la vida, y la mayoría de los cuales, como cristianos, creían en las delicias de la gloria y en las penas del infierno, los despedía con tan inhumanas y desoladoras razones:

«Ya no puede el Santo Tribunal tolerar por más tiempo vuestra obstinación, y así os ha de entregar hoy al fuego, volviendo por la causa de Dios».

«Hoy es día de gloria para el Santo Tribunal de la Fe, reconciliando a los que conocen sus yerros, y a otros por pertinaces condenándoles al fuego, donde, perdiendo la vida corporal, irán sus almas obstinadas inmediatamente a arder en el infierno, con que quedará Dios vengado de sus mayores enemigos...».

***

Siendo las nueve de la noche se llevaron los reos al suplicio, y el Rey, epiléptico de fanatismo, aún preguntaba si había más por lo que esperar, y de su gusto hubiera presenciado el martirio de aquellos infelices, que dicen que había muchos que de puro desesperados, viendo que la misericordia divina no tenía poder con las infamias de la Tierra, se arrojaban ellos mismos a las hogueras blasfemando de Dios y de todas las potencias del cielo...

Los jardines de la intriga

Mientras que las empresas de España iban por fuera de mal en peor, pues parecía haberse debilitado ya aquel espíritu bélico que tuvo en los reinados anteriores, la corte de Madrid, como si las luchas que traíamos fuesen cosa de juego, andaba empleada en pleitos ruines de conveniencias particulares.

La Reina María Luisa, que desde que pisó esta tierra venía sufriendo las intrusiones y tutorías de su camarera mayor, la rancia Duquesa de Terranova, llegó un día en que no pudo más, pues no daba paso, por íntimo que fuera, que no fiscalizara la indigesta señora, y pidió al Rey que la retirara de su servicio.

Como tal caso parecía no haberse registrado en los anales de la monarquía, pues el cargo de camarera mayor duraba en la persona que lo recibía al principio tanto como la vida de la Reina, si antes no era Dios servido de llevarse a la favorecida, se hacía difícil de solucionar con la energía y presteza que deseaba Su Majestad.

Mi ama y señora, en su afán de salvarse de las impertinencias de la camarista y hacerla sentir su desvío, comenzó a mirar con buenos ojos a las Duquesas de Alburquerque y del Infantado y a la Marquesa de Aytona.

Ciertamente que eran de ver los esfuerzos y amaños de la Terranova, viendo su puesto en peligro para mantenerse en él.

No perdía ocasión de hablar mal a la Reina de aquellas que veía que iban minándole el terreno para hacerla dar de bruces en la dimisión; pero Su Majestad, o la dejaba hablar sin responderla palabra, o le decía secamente:

—Los chismorreos están bien entre las gentes de las cocinas y los lavaderos de Palacio, pero no en nuestra cámara.

Y tornando la espalda la dejaba con la palabra en la boca y a punto de morir de despecho.

A veces, como su maestría para la intriga era mucha y bien aprendida en tantos años, conseguía dejar indecisa a la señora, ponderando el genio imperioso y altanero de la de Alburquerque, la impertinencia y falta de instrucción de la del Infantado, y el horror de la de Aytona a todo lo originario de Francia, así personas como costumbres e indumentarias.

Pero la empalagosa intrigante no contaba con que su peor enemiga era la Reina madre, quien no la perdonaba que hubiese sido del partido de Don Juan de Austria, y así, cuando topaba con su nuera le disipaba las nubes que en torno de su confusión se hubiesen acumulado.

En estas contiendas de faldas, abandonando los problemas de Estado intervenían el secretario Eguía, el confesor del Rey, P. Reluz, y el Duque de Medinaceli, primer ministro; los dos primeros abogaban por la Terranova, procurando a su vez la caída del Privado, quien a su vez no perdonaba ocasión de aconsejar al monarca la separación de la camarista.

No hay para qué decir que las pocas damas que habíamos venido de Francia con la Reina gozábamos de la más enconada antipatía de la Duquesa. En verdad que si yo no hubiese tenido tan arraigado el afecto de Su Majestad habría presentado la renuncia de mi cargo por no sufrir a cada momento las impertinentes admoniciones de la enfadosa aristócrata.

Quienes habían alcanzado los tiempos del otro Rey, en su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbón, decían que la Terranova ansiaba ejercer con la esposa de Carlos II la misma tutoría que la Condesa de Olivares tuvo con aquella soberana, pero en su ansia de medro sin duda que no se acordaba de que aquel despótico valimiento le hizo perder el cargo tan pronto como su marido cayó de la gracia del Rey.

Tan hábilmente y con más diplomacia que sus enemigos supo conducirse Medinaceli, que consiguió que el Rey apartara de su lado al padre confesor, bien que dorándole la píldora con nombrarle Obispo de Ávila, pero él, que no estaba por renunciar a la corte radicalmente, prefirió una plaza en el Consejo de la Suprema. Ocupó su puesto anterior el P. Bayona, fraile dominico y profesor de la Universidad complutense.

No tardó mucho Terranova en seguir el mismo camino del P. Reluz, aunque, como ya dije antes, no era costumbre separar a las damas del servicio en vida de la soberana.

Fue día de indescriptible regocijo para todo el cuarto de la soberana aquel en que Su Excelencia recibió la orden de dejar el servicio, poniendo como causa sus muchos años y la pertinacia de sus achaques. A fe que no olvidaré el paso de la tragedia ridículo que hizo la mala acondicionada vieja, cuando un paje le entregó el aviso al tiempo que se disponía a entrar de guardia en la cámara real.

—De orden del Rey —le dijo el muchacho entregándole un pliego sellado. Con mucha parsimonia y empaque tomó el papel, y después de sacara del *ridículo* unas descomunales antiparras, de aquellas que tan en boga estaban para fingir autoridad y sabiduría, lo desdobló y comenzó a leer para sí.

A cada palabra en la que ponía los ojos se le mudaba tanto el rostro que en menos de dos minutos reflejó todos los colores del arcoíris.

Se irguió, nos miró a todas con los ojos provocadores y entró a despedirse de la soberana; esta la recibió fríamente y sin demostrarle el menor pesar le tendió la diestra, que la Duquesa besó, aunque de mejor gana la hubiese mordido.

Cuando salió de la regia estancia no pudieron dar más de sí sus nervios, ni sosegarse por más espacio el rencor y despecho que se enroscaban en su alma.

Encarándose con todas y echando fuego por los ojos, exclamó:

—Me voy a mi casa, a gozar de reposo, que bien lo necesito, y no pienso volver jamás a Palacio ni acordarme de él.

Y como si el primoroso abanico de concha y encajes que llevaba tuviera la culpa de su infortunio, lo hizo añicos, lo arrojó en el suelo y lo pisoteó…

Desde aquel mismo día ocupó su puesto la Duquesa de Alburquerque, señora de buen ingenio y de gran cultura, y muy afecta de la reina Doña Mariana.

***

Como si Medinaceli no hubiera esperado otra cosa que la caída de sus mortales enemigos la camarista y el padre confesor, no tardó en dejar el ministerio con gran contento del pueblo, que en la caída de cada ministro cree que se han de mudar las tornas en su favor.

Las reformas de Oropesa.

Al Duque de Medinaceli sucedió el Conde de Oropesa, que era hombre de más disposiciones y energías políticas.

***

A los pocos días de haber ocupado su empleo el nuevo ministro, le plugo a la Reina pasear por los magníficos jardines que llaman *Campo del Moro* y allá se fue seguida de la cohorte de sus habituales camaristas.

Buscamos un lugar frondoso y retirado de que Su Majestad tenía preferencia y a poco de estar allí, cansada de oír las habladurías y patrañas de Palacio, quiso distraerse en alguna lectura de su gusto y me mandó que fuese a buscar en su librería las comedias de *Molière* a las que era muy aficionada.

Salí a cumplir el mandato, y cuando iba a entrar en cierta vereda que cortaba mucho el camino oí rumor de voces; me pareció que una de ellas era la del Rey.

La curiosidad es compañera inseparable de la mujer.

Pensé que acaso pudiese penetrar en alguna flaqueza galante Su Majestad, y ocultándome entre la espesa vegetación me dispuse a darle gusto al oído.

Pronto se me desvaneció el gozo como la sal en el agua. Quien acompañaba al monarca no era ninguna mujer, sino su nuevo ministro. Iba a retirarme desesperanzada, cuando las palabras que escuché de labios del soberano me convidaron a escuchar.

—Oropesa —decía—, es necesario poner coto a este desbarajuste, pues de seguir así no será mucho que tengáis que pedir de puerta en puerta para mantenerme, como dicen que acaeció en tiempos de mi abuelo, el tercer Felipo.

—Todo se arreglará, Señor, que para algo he merecido vuestra augusta confianza —decía el Conde.

Y proseguía el Rey:

—Jamás he visto más deudas y menos dinero para enjugarlas; de no haber remedio inmediato, me veré obligado a dar audiencia a los acreedores.

—No se dará lugar a ese extremo, Señor —atajaba el privado.

—Y ¿cuál es tu arbitrio? —preguntaba Don Carlos.

—Oídlo, Señor, que para ello os he rogado que viniéramos a este lugar, que está más libre de testigos que vuestra misma cámara; los tapices de palacio si bien son lujo de las estancias, son grandes semilleros de chinches y de orejas.

Esta afirmación del ministro estuvo a punto de descubrirme, pues la risa asomó a mis labios pensando que entre los árboles se creía más libre de espías.

—Yo he comenzado el remedio por la Hacienda, disminuyendo todo lo posible los gastos y los impuestos públicos. He borrado del presupuesto de guerra muchos empleos militares que consumían grandísimo caudal y son inútiles de todo punto. He quitado muchas plazas en los Tribunales y Secretarías, que eran un abundante y continuo manantial de millones, a los individuos que restan les he aumentado las horas de trabajo y les he rebajado el sueldo, bien que asegurándoles la puntual cobranza del que les queda, cosa que desde hace muchísimos años no ha ocurrido hasta ahora. Las pensiones, pluses y gabelas desaparecerán a la mayor brevedad, aunque sé que esta medida ha de levantarme una nube de enemigos entre los interesados, pero poco se me importa de esto; lo primero para mí es el buen servicio de Su Majestad.

—Digo que me parece de perlas —aprobó el Rey— y que si los que te antecedieron en el puesto que ocupas hubieran seguido esta política, no hubiésemos llegado a esta miseria que nos corroe. Sigue, Conde, y cuenta conmigo para cuanto se te ocurra por ese orden benéfico.

—Gracias, Señor. Ahora me permito advertir a Vuestra Majestad que para que se gobiernen bien los órganos de un cuerpo ha de estar la cabeza en perfecto equilibrio.

Carlos hizo un movimiento como extrañado de aquel principio médico-filosófico y pregunto:

—¿Qué quieres decir, Conde?

A lo que este replicó:

—Quiero decir, Señor, que la primera enmienda, para dar ejemplo, ha de darla Vuestra Majestad, poniendo coto a los gastos de Palacio; ellos solos se llevan casi el mayor pellizco del Tesoro público. La mayor parte, Señor, dicho sea con todo respeto y con la más sincera lealtad como cumple a un servidor fiel, no son solamente superfluos sino

escandalosos. Como ya tengo hecho en la milicia, los tribunales y en las pensiones, es preciso reducir el gasto de la servidumbre, del plato de Vuestras Majestades, de fiestas religiosas, de cacerías, de privilegios y pagos de servicios y empleos legendarios que ya no existen. No es necesaria tanta milicia palaciega para escoltar a Vuestra Majestad; tenemos las guardias Española, Tudesca, de la Lancilla y *Chamberga*, además de los arqueros y los *Monteros de Espinosa*, yo pienso que con una sola buena es bastante. Pues si nos metemos en el censo de la despensa de Palacio, de la que casi se mantiene medio Madrid, tales economías pueden hacerse, que casi se estén a punto de enjugar los déficits que ahora nos conturban.

Hubo un breve silencio, porque el monarca no hizo comentario alguno a las prudentes palabras del privado, el cual, como vio que no le atajaban, prosiguió en su *secreto* discurso:

—¿Le parece a Vuestra Majestad que es buena ley de Dios y salud del Tesoro que hasta los Embajadores de las naciones extranjeras y muchos Grandes de España saquen sus raciones de la cocina de Palacio y haya ocasiones en que se pase gran apuro para servir la mesa de Vuestras Majestades? En tanto, las damas de las reinas, tienen los días de carne veinticuatro platos de vianda, que se componen de cuarenta libras de carnero, sesenta de ternera y cabrito seis de manteca, ocho de tocino y catorce gallinas, todo lo cual monta un coste de dos millones trescientos tres mil novecientos diez maravedíes al año. En fin, no quiero ser pesado a Vuestra Majestad, y por no enfadarle le hago gracia de lo que monta lo que sacan las personas ajenas al real servicio, los cuales no se mantienen con este privilegio, sino que hacen industria de él, vendiendo a los mesones y posadas lo que paga el pueblo para vuestra sustentación y la de vuestra real familia.

—En eso, Conde —atajó a este punto el monarca—, me parece que no va a ser posible poner remedio; es cosa que siempre se ha visto en Palacio, desde antes de mis abuelos, y no he de ser yo quien lo quite; ¡Dios le libre a un rey de la mala opinión de los cortesanos! Ya ves que yo no tengo culpa directa; poco gasto es el que puedo hacer con la olla que me pone mi cocinera y de la que no salgo sino los días de vigilia. Mira si están por otro lado las ventajas y si no Dios proveerá, que como es misericordioso no habrá de dejarnos de su mano.

Y como si le pareciese que la conferencia había sido muy prolija, se alzó de su asiento y echó a andar hacia Palacio; el Conde, sin hablar más palabra, fue tras él.

Y yo, apartándome cautelosamente por otro camino, fui a buscar las comedias que la Reina me había mandado para entretenerla con las ingeniosidades y chocarrerías de M. Juan Bautista Poquelín, más conocido por *Molière* en toda la Francia y fuera de ella.

Principio del fin

María Luisa de Orleans se consumía en la austera corte de Madrid como una flor exótica arrancada de la tierra en que se abrió a la vida. Si el cielo de España es alegre y lleno de luz, el carácter sombrío y taciturno que ha extendido la religión hace que la fuerza del sol se quiebre al pasar por entre las cruces, las imágenes y los palios de las continuas procesiones.

Aquí no se hace cosa sin invocar el nombre y la voluntad del Altísimo.

A mi ama y señora le acometió una pasión de ánimo tan intensa que no mostraba buen ánimo sino cuando recibía correo de Francia. El Rey, su esposo, no hacía cosa de su parte para sacarla de aquel estado, ni, lo que era peor, para ponerla en otro de que se hubiera holgado tanto como ella el pueblo español, pues que viera asegurada la sucesión al trono.

En cualquier achaque de los que padecía la nieta de Luis XIII veían los confiados españoles una esperanza de maternidad, pero cuando al cabo desparecía la ilusión camino de Francia, les acometía una triste indignación y prorrumpían en sátiras y vejámenes contra la inocente soberana.

Aparecían pasquines y hojas clandestinas, consiguiendo muchos de ellos pasar los zaguanes del Alcázar y aun llegar a las habitaciones particulares de Sus Majestades, y corriendo como cosa secreta desde los galopines de las cocinas y los pícaros de las caballerizas hasta las damas y los gentileshombres de servicio.

La Reina sabía esto y se agravaba más en su pasión de ánimo. En todas las diatribas solía ser más enconada la intención que florido el ingenio.

Recuerdo que una mañana entró Luisillo, el bufón del Rey, que, como todos los de su oficio, es cínico y desvergonzado, trayendo un papel en la mano, y acercándose a la Reina haciendo muchos patimanes y bojigangas le dijo:

—Hermana Luisa, ¿pares o... nones?

Su Majestad, que si de algo pecaba era de bienintencionada, pensando que se trataba de algún jueguecillo de la sabandija (que así se dice por acá a esta clase de gentes) le respondió:

—Nones.

—Pues, entonces, hija —continuó e1 desvergonzado—, no te queda mas recurso que liar tus bártulos y marcharte con tu abuelo. Aquí tienes el pasaporte.

Y, haciendo una grotesca reverencia le puso en el regazo un papel y salió antes de que la señora lo desdoblara.

Lo hizo así, y apenas pasó la vista sobre lo escrito lo arrojó al suelo y salió de la estancia diciendo entre sollozos.

—¡Infames! ¡Groseros! ¡Vaya si me iré! Y antes de lo que pensáis.

Cuando salimos todas detrás de Su Majestad alcé el papel del suelo y vi que tenía por alma este desdichadísimo retruécano.

Parid, bella flor de lis,
y en aflicción tan extraña,
si parís, parís a España,
si no parís, a París...

Desde aquel día comenzó a decaer con más fuerza la salud de la soberana, y cada fecha que transcurría era un avanzado paso hacia la muerte.

La muerte de la Reina

Cuando vi por primera vez al Rey y su Corte en Quintanapalla y días más tarde a Doña Mariana con toda su comparsa sacristanesca de clérigos, frailes e inquisidores, pensé que la bella flor de lis que traíamos de Francia iba a marchitarse entre tantas sombras.

Las hogueras del Santo Oficio es la única luz que ha despedido el reinado de este pobre monarca, que por lo que pienso no ha de tardar mucho en seguir los pasos de su mujer, camino de la otra vida, en la que ya está a este tiempo y sin duda alguna y gozando de la presencia de Dios.

Los desprecios familiares, las diatribas del pueblo y la corrupción del ambiente, en el que flotan epidemias de todas suertes, minaron su salud, y como Su Majestad era voluntariosa y antojadiza por todo extremo, han finado con dar con ella en la sepultura.

Le habían acometido unas viruelas, no con la fuerza que suele esta mala enfermedad, sino de las que llaman locas, porque no llegan al grado infecto que suele esta asquerosa epidemia, y aunque la dolencia fue floja quedó Su Majestad muy debilitad.

El médico de cámara, que por lo que recuerdo era el licenciad Laurencio Franchini Florentín, docta eminencia en el arte de curar, le recomendó que se abstuviera en absoluto de comer otra cosa que no fuesen carnes y pescados blancos y de ninguna manera tomase frutas ni bebidas frías.

La reina, haciendo honor a su carácter, se curó poco de tan sanas advertencias, pero si las hubiese atendido y observado al pie de la letra fuera curarse en salud.

Aunque todas las damas se lo advertíamos, y el mismo maestresala, no hacía caso y comía de todo aquello que era más en su contra.

Como el protocolo palaciego no autoriza contravenir los caprichos de los reyes, si no son cosa contraria al ritual cortesano, no teníamos más remedio que obedecer, aunque mucho recelábamos que con la obediencia le dábamos la muerte.

El día 7 de febrero de 1689, para más señas recuerdo que era lunes, estuvo la Reina en el Real Sitio de *El Pardo*, donde cazó durante toda la tarde, aunque el tiempo era muy propio de la estación. Al día siguiente fue a *El Buen Retiro*, de donde tornó indispuesta a causa del susto que recibió por habérsele desbocado el caballo que montaba, con lo que estuvo su vida muy en peligro.

No quiso abstenerse en la comida, sino que comió lo que más podía perjudicarle: tomó frutas indigestas y por cabo bebió agua helada, de la que gustaba en todo el tiempo, aun en los más desapacibles y crudos días de invierno.

Dos días más tarde tenía realmente extendido el pasaporte para el viaje que no tiene vuelta.

Conoció la gravedad de la dolencia, y ella misma pidió los sacramentos, que con toda solemnidad y asistencia de toda la servidumbre palatina recibió en la noche del 11 de febrero. Reposó luego un poco, entiendo que más que por buscar descanso al fatigado cuerpo, por dar algún recogimiento al espíritu, que tan preparado estaba ya para salir de

entre la cárcel de los huesos y ligaduras de la carne, y llamó luego junto a sí a cuantas damas, azafatas y meninas estábamos a su servicio.

De todas se despidió con mucha entereza, y tuvo para cada una maternales consejos que nos arrancaron sinceras lágrimas de dolor.

Solamente el Rey y la Reina no asistieron a estas patéticas escenas.

Su Majestad, desde su oratorio, asistido por su confesor, el P. Reluz, rogaba a Dios que diese a la enferma lo que más le conviniese; Doña Mariana, apartada en su retiro del Alcázar de Toledo, a donde la llevaron más que su fanatismo exagerado, sus aficiones a la intriga y la conspiración, tengo para mí que si por algo levantó su espíritu al Altísimo fue para que acabara antes y con antes la vida de quien le había arrebatado en parte la voluntad de su hijo.

Tras una larga y cruel agonía feneció en la mañana del 12 de febrero, no dejando pena alguna si no en quien estuvimos casi constantemente a su lado.

Al día siguiente fue el traslado de su cuerpo al regio panteón de *El Escorial*, y en el mismo instante en que el cadáver salía de Palacio cesó mi vida cortesana.

***

Aunque los médicos de cámara atribuyeron la muerte de María Luisa de Orleans a los descuidos y excesos que cometieron, casi sé de buena tinta que no feneció Su Majestad por obra y desgracia de aquel susto de *El Buen Retiro*, ni de aquellas apetitosas frutas, ni de aquel agua fría, sino que anduvieron en ello la intriga o la política, con un veneno que se coció en las cocinas de Palacio…; pero no puedo decir más, porque entre las tinieblas de este reinado andan duendes que todo lo atisban y todos los leen, y el que anda en este negocio, según me decía hace poco el Marqués de Louville, tiene su asiento nada menos que en el Consejo de Estado.

Pero allá ellos con su culpa y con Dios, que es quien tiene de juzgar infaliblemente, sin apelación alguna, las causas de los hombres.

Con esto da fin mi intervención directa en el servicio de Su Majestad la nieta de Luis XIII, pero por parecerme curioso para el que hallare estos papeles, si, como, yo, es aficionado a las cominerías históricas, inserto algunos capítulos sueltos de este reinado sombrío, en que España, si no arroja de sí las tocas monjiles, camina a su inmediata deshonra e irreparable perdición.

Carta curiosa que se halló entre los papeles de la Reina difunta

Aunque así como recibimos los lutos por Su Majestad (q. s. g. h.), ninguna de sus damas quedamos en Palacio; yo, que había cobrado afición a la vida palaciega, no dejé de interesarme por los sucesos que allí ocurrían gracias a que mi esposo seguía empleado como capitán de la guardia que llamaban de la *Lancilla*.

Apenas pasaron los días reglamentarios se abrió el testamento de la difunta soberana y asimismo cuantos muebles había en su cámara.

Del testamento nada he de decir, puesto que es cosa que pertenece de lleno a la historia de estos reinos, pero de lo que sí quiero hacerme eco es de cierta carta de su tío el Rey de Francia, hallada entre los papeles secretos, por el que se ve que aquel matrimonio fue un negocio en el que Amor no tuvo la más pequeña participación.

Luis XIII (hablando en términos mercantiles) se muestra buen tendero y utiliza a su sobrina como intermediaria del negocio.

Después de adiestrarla en cómo tenía que sacar provecho del apocado temperamento y pazguatas costumbres de su esposo, le dice, entre otras cosas dignas de copiarse, las siguientes:

«Entiendo con mucho placer mío que ya en ese palacio se hallan bien establecidos los estilos y bien recibidas las modas francesas. De esto os deberá la Francia eterna gratitud, pues por solo complaceros han abrazado anticipadamente los españoles (depuesta ya su obstinación antigua) en nuestro traje y en nuestro idioma los principios de nuestra dominación.

Con la Reina madre conviene mantener una correspondencia independiente entre los dos extremos de queja y confianza; en uno y en otro no deja de haber peligro.

Del Conde de Oropesa servíos, pero no os fieis...

Al confesor del Rey tratadle con estimación, pues por su estado religioso se le debe... Valeos de él para afianzar la mejor satisfacción de vuestro esposo, condoliéndoos de sus descuidos y para disponer vuestra virtud en lo que hubieseis insinuado y viereis que se dilata».

Se extiende en pormenores de política secreta y de alta intriga y acaba con recomendarla que no pierda ripio de cuanto se habla en la cámara regia y cierra al fin con este último párrafo:

«Retirad este papel a vuestro más sellado secreto. Vivid para vos y para vuestra querida Francia; mirad que en España no os aman y no os temen; que en los corazones flacos se meten con facilidades las sospechas y que no son necesarias fuerzas para una crueldad».

Cuantos de secreto conocemos este papel no cesamos de preguntarnos si serán ciertas las hablillas de que la Reina más ha muerto de veneno que de indigesta.

Lo que yo digo es que de las gentes que por allá conocí que enredan y enmarañan la cosa pública, todo puede recelarse.

¡Pobre señora! Dios la tenga consigo, que a fe que no lo merecía si, como dicen, acabó de mala muerte.

No había más causa, y ya era bastante a la sazón para no hacerse muchas ilusiones de llegar a viejo si se habitaba e la revuelta república del Alcázar, que no logró entrar en la simpatía de su augusta suegra.

Quien ordenó aquella muerte secreta del secretario Malladas, amigo de Don Juan de Austria, bien podía hacer que en las cocinas de Palacio no faltara un galopín que levantase la cobertera de la vianda de Su Majestad, y por vía de aderezo echase algunos polvos que fuesen seguro pasaporte para la otra vida…

¡El Señor nos libre!

LAUS DEO

EPÍLOGO DEL RECOPILADOR DE ESTAS MEMORIAS

No había más papeles en aquel legajo abandonado en la sombrerera de mi modernísima amiguita.

Un poco defraudada quedó mi curiosidad, porque, aunque es cierto que el manuscrito contiene al gunas noticias curiosas acerca de aquel reinado tan lleno de sombras, en el que no había otras luces que los amarillentos resplandores que despedían los cirios del Santo Oficio, yo buscaba que la abuela Amelia hubiese contado su vida, que tengo para mí que debió de ser interesante, siquiera hubiese por fondo un paisaje tan triste como fueron las postrimerías de la dinastía austríaca en el Gobierno y Monarquía de España.

A buen seguro puede tenerse que en la vida de aquella mujer tuvo capítulos muy emocionales para componer una novela, pero ella no le dio importancia; quiso asistir en la corte de Madrid como curiosa espectadora, callando lo suyo que era tan doloroso o tan vulgar que no tuvo por conveniente que trascendiese de los recovecos de su corazón, ni de las paredes de su estancia.

Un espíritu amplio y culto como el de su merced, aderezado por una gran conciencia observadora, que vio reflejados en sus ojos el azul de otros cielos, cosa no acostumbrada en las damas de entonces, y vivió en otra sociedad tan distinta de la española como la francesa, no podía ser feliz junto a un hidalgo castellano de aquellos que tan cerrado concepto tenían de la libertad femenina.

En verdad que yo no perdonaré medio, y en cuanto esté de mi parte he de hacer por averiguarlo, en descubrir cómo vivió y murió aquella azafata de la reina María Luisa.

Cómo fue y qué fue de aquel don Fernando de Pimentel, su marido, del que apenas nos habla en el transcurso de su historial cortesano, a veces un poco difuso y farragoso; pero siempre lleno de una femenil curiosidad.

En tu obsequio, hermano lector, ya que tanto te debo, pues que tu indulgencia me anima para escribir, yo revolveré cuantos papeles viejos halle en casa de mi amiga, pues sé que aún le quedan muchos que peligran en ir al horno de las monjitas confiteras, y no desconfío de llegar a toparme con datos para reconstruir el vivir íntimo de aquella dama.

Dice su linda descendiente (por lo que ella tiene oído contar a un tío suyo), que lleva en la punta de los dedos, como quien dice, el balance de la familia, que esta señora alcanzó larga vida: conoció tres reyes y medio más, Felipe V, Luis I (que es el medio rey) y Fernando VI, y acabó su vida en el monasterio de las Baronesas, que estaba en la calle de Alcalá, haciendo esquina a la de los *Siete Jardines*.

Yo averiguaré lo que haya escrito sobre el caso, y tan pronto como tenga bien sujetos todos los cabos acudiré a ofrecértelos en un librillo que titularé *La Dama Duende*, ya que doña Amelia quiso llamarse así algunas veces, en memoria del clérigo insigne que la casó...

DIEGO SAN JOSÉ